

# IMÁGENES Y REALIDADES DEL CONDUCTISMO

Jean BÉLANGER

Traducción: Esteve FREIXA I BAQUÉ  
Universidad de Picardie

Revisión técnica: José M. GARCÍA MONTES  
Universidad de Oviedo

Este trabajo fue publicado, con el título original: IMAGES ET RÉALITÉS DU BEHAVIORISME, en la revista *Philosophiques*, 5, 3–110, 1978.

Se reedita ahora por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo con autorización expresa de su autor y de la revista *Philosophiques*.

## **ÍNDICE**

---

<b>1. LA NOCIÓN DE CONDUCTISMO</b> .....	Página 3
1.1. AMBIGÜEDAD DE LA NOCIÓN .....	Página 3
1.2. ENUNCIADO DE LA POSICIÓN CONDUCTISTA .....	Página 3
1.3. DEFINICIÓN DE LAS NOCIONES DE CONDUCTA, SITUACIÓN Y ORGANISMO .....	Página 11
<b>2. LA EXPLICACIÓN TEÓRICA EN LOS CONDUCTISTAS</b> .....	Página 14
2.1. AMBIVALENCIA FRENTE A LA NOCIÓN DE EXPLICACIÓN TEÓRICA. ....	Página 14
2.2. TIPOS DE EXPLICACIÓN .....	Página 15
2.3. EL ESTATUS ONTOLÓGICO DE LA ENTIDAD TEÓRICA .....	Página 16
2.4. EL DILEMA DEL TEÓRICO .....	Página 22
<b>3. CONDUCTISMO Y FILOSOFÍA</b> .....	Página 24
3.1. CONDUCTISMO Y PSICOLOGÍA FILOSÓFICA .....	Página 24
3.2. CONDUCTISMO Y FILOSOFÍA DE LA CIENCIA .....	Página 30
3.3. INTERACCIÓN ENTRE LA FILOSOFÍA Y EL CONDUCTISMO.....	Página 35
3.4. CONCLUSIONES .....	Página 45
<b>4. EXAMEN DE CIERTAS CRÍTICAS AL CONDUCTISMO</b> .....	Página 46
4.1. CRÍTICAS PUNTUALES .....	Página 46
4.2. CRÍTICAS SISTEMÁTICAS.....	Página 56
<b>5. CONCLUSIÓN</b> .....	Página 58
<b>6. NOTAS</b> Página 60	
<b>7. REFERENCIAS</b> .....	Página 70

## ***PRÓLOGO***

Imágenes y realidades del conductismo. El conductismo está cubierto de imágenes erróneas que la gente tiene de él y, sin embargo, constituye una de las realidades más importantes de la historia de la psicología durante el Siglo XX. El presente libro se propone aclarar la naturaleza del conductismo frente a esa plaga de imágenes y sobre la base de sus realidades.

La primera imagen a aclarar es la noticia de su fallecimiento, sin duda, notablemente exagerada. En efecto, la declaración de que el conductismo está finado parece tan errónea como exagerada le debió de parecer a Mark Twain la noticia de su propia muerte cuando la leyó en el periódico. La realidad del conductismo no sólo tiene la constatación histórica de ser la corriente dominante en la psicología durante cincuenta años, hasta los años sesenta, sino que ha seguido teniendo una constante vigencia en tiempos del cognitivismo. Irónicamente, la cuestión ya no es que el conductismo hubiera desaparecido sino que, en la actualidad del año 2000, después de tanta revolución cognitiva, lo que hay es toda una variedad de conductismos.

En principio, esta variedad pudiera sugerir falta de unidad, pero lo que es seguro que significa es una realidad o, dicho a lo Steiner, presencias reales. Un manual de conductismo (O'Donohue y Kitchener (1999) presenta catorce variedades, unas dadas ya en su época hegemónica y otras desarrolladas en pleno cognitivismo, y no son todas, pues el etnocentrismo de los autores parece que les ha impedido ir más allá del continente estadounidense. Las variedades incluidas en dicho manual son: el conductismo de watsoniano, el interconductismo de Kantor, el conductismo propositivo de Tolman, el conductismo hulliano, el conductismo radical de Skinner, el conductismo empírico de Bijou, el conductismo teleológico de Rachlin, el conductismo teórico de Staddon, el conductismo biológico de Timberlake, el contextualismo funcional de Hayes y, dentro de la versión filosófica, el conductismo de Wittgenstein, el conductismo de Ryle, el conductismo lógico y el conductismo de Quine. Entre otras variantes que se podrían añadir, además de citar a H. J. Eysenck siquiera a propósito del conductismo hulliano, figurarían el conductismo pionero de H. Pieron, el conductismo psicológico de A. W. Staats, la teoría de la conducta de E. Ribes y el conductismo social de H. G. Mead (inmerecidamente propagado como interaccionismo simbólico).

Aparte quedarían la multitud de programas de investigación, tanto del análisis experimental como del análisis aplicado de la conducta, una muestra de los cuales, por dar solo una referencia, sería la obra editada por Leslie y Blackman (1999). Así mismo, se citarían como realidades vigentes del conductismo la psicología del aprendizaje que no ha degenerado en el cognitivismo, como la dada, por ejemplo, en el texto de Pierce y Epling (1995) y la terapia de conducta, sin duda, la más efectiva de las que se conoce (Giles, 1993).

Por lo demás, esta carencia de unidad quizá haya que verla, antes que nada, más que como falta, como la diversidad que caracteriza a toda la psicología. El caso es que semejante diversidad pone en juego las competencias de las diversas psicologías y, a este respecto, habría que reconocer que el conductismo ha subido el nivel de la psicología, tanto por sus aportaciones positivas como por las críticas a los otros sistemas psicológicos. Asimismo, la diversidad de conductismos obliga a sus detractores a precisar sus objeciones, no vaya a ser que lo que reprochan, aun siendo pertinente para una variante de conductismo, carezca de

sentido para otras. Permítase decir que muchos detractores del conductismo, además del prejuicio de las imágenes erróneas que tienen, disfrutaban del perjuicio debido en este caso a la ignorancia de las realidades conductistas.

Ahora bien, las circunstancias que hacían necesario hace veinte años un trabajo como el que se prologa, siguen vigentes en la actualidad y aun se diría que acrecentadas. Efectivamente, todo parece indicar que las realidades del conductismo siguen recubiertas de imágenes erróneas y, por su lado, la diversidad señalada no deja de revelar la ambigüedad de la posición conductista.

Por anticipar imágenes que todavía siguen siendo prejuicio se citarían dos más (aparte de la precipitada noticia de la defunción). Una es la suposición de que el conductismo estaba sustentado por cierta filosofía de la ciencia, en particular, por el positivismo lógico, de manera que, con la decadencia de éste, se dijo, se vendría abajo también aquél. Como muestra Bélanger y ha demostrado por extenso Smith (1986/1994), nada más erróneo que ver la suerte del conductismo a la par de la del positivismo. Otra imagen es el reproche al conductismo de adoptar una noción de sujeto pasivo. Tal reproche resulta irónico, sabido que quienes lo hacen sitúan la actividad en la presunta interioridad del sujeto. Aun cuando hablan de interacción e, incluso, de interaccionismo recíproco, a la postre el mundo se les interioriza de tal manera que se lo comen como postre. La ironía completa es que el sujeto activo es, propiamente, un sujeto operatorio (no una estatua pensante), donde la actividad se toma antes que nada por su carácter operante.

Por lo que respecta a la ambigüedad, Bélanger ofrece cuatro enunciados (relativos al objeto, objetivo, método y tesis) sobre los que establecer la posición conductista. De esta manera, se percibe la lógica que sustenta las distintas variantes, por decirlo así, el tronco bajo las ramas. Con este planteamiento, los prejuiciados contra el conductismo y los perjudicados por la ignorancia de su realidad, si es que no son los mismos, no tendrían por qué seguir andando por las ramas.

Permítase anticipar, también, que Bélanger se mantiene en una postura meta-teórica, estableciendo el marco en el cual se desarrolla y debe desarrollarse toda teoría que se precie de ser conductista. Forma parte de este marco meta-teórico la tesis según la cual la conducta se explica (predice y controla) sobre la base de tres términos o categorías: la situación, la respuesta y el organismo, no importando, tal como sostiene Bélanger, el contenido que tomen. La cuestión es que este marco está vacío y podría, entonces, desarrollarse de múltiples maneras, como así parece ser en vista de los distintos conductismos existentes.

Pues bien, puesto que han pasado veinte años desde la publicación original del texto de Bélanger, cabe reparar en el relleno empírico y conceptual que ha tomado el marco conductista en sus últimos tiempos. En este sentido, se puede hacer la siguiente consideración, en la que no es seguro que Bélanger estuviera de acuerdo. La consideración que se haría es que el contenido con el que mayormente se ha ido desarrollando el proyecto conductista (desde 1978 en que escribe Bélanger hasta 1999 en que se escribe este prólogo), es en la línea del análisis experimental y aplicado de la conducta, esto es, dentro del lineamiento del conductismo radical de Skinner. Como aval de esto, valgan tres referencias en las que, por lo demás, son notables las aportaciones de autores europeos (Lowe, Richelle, Blackman y Bradshaw, 1985; Blackman y Lejeune, 1990; Leslie y Blackman, 1999).

Dentro del esquema de Bélanger, se diría que la investigación ha sido próspera por lo que respecta a la situación (discriminación condicional, control contextual) y a la respuesta (incluyendo programas y teorías del reforzamiento). Sin embargo, donde el conductismo sigue cojeando, y de hecho no ha dado un paso firme desde entonces, es en relación con el organismo, donde Bélanger distingue, con buen criterio, su condición b (biológica) y p (personal biográfica). En efecto, sigue faltando una concepción de la persona o del sujeto, no dada en términos conductistas pero pedida por los términos en los que se establece el conductismo.

En este mismo sentido, si se repara en el manual editado por O'Donohue y Kitchener (1999), aun cuando Skinner está a título de un autor más, pues los editores se rigen por la alineación cronológica en vez de por la delineación lógica, habría que reconocer también que los nuevos conductismos (el empírico, el teleológico, el teórico, el biológico y el contextual) son de paternidad skinneriana, aunque de filiación edípica (pues sus autores se vuelven, a menudo, contra el padre). Por ejemplo, el contextualismo funcional (Functional contextualism: a pragmatic philosophy for behavioral science, encabezado por S. C. Hayes), seguramente, la variedad conductista más relevante, tiene un tronco skinneriano, sin perjuicio de las contribuciones que incorpora. Sin embargo, es el caso que sus autores, al igual que los autores de otras ramificaciones, parecen resaltar más su pretensión de que están contra Skinner que el hecho cierto de que están a su sombra. Quizá ello se deba al mercado de la investigación científica y la implantación tecnológica, ciertamente, no exenta de la lógica del marketing. A propósito, puesto que no deja de ser cierto que la gente reacciona con prejuicio y evitación ante el estímulo 'conductismo' y ya no se diga si se añade 'radical', una alternativa que no desdice de su lógica conceptual y puede que se avenga mejor con la lógica mercantil quizá sea, precisamente, la que viene dada por el término 'contextual' y sus derivados y afines.

Una segunda, y última consideración, en la que seguramente Bélanger estaría en desacuerdo, apuntaría a su exención del conductismo como filosofía, siquiera como filosofía de la psicología. El punto es que esta exención filosófica y su concepción únicamente como meta-teoría vacía de contenido (en el sentido señalado), lleva, en efecto, a que el conductismo sea compatible con doctrinas filosóficas casi de cualquier tipo (materialistas de varias especies, paralelistas, epifenomenalistas). Sin embargo, frente a Bélanger en este aspecto, se defendería que el conductismo no sólo sería ya una filosofía, el conductismo como filosofía (Fuentes Ortega, 1986), sino que implicaría toda una ontología, el conductismo ontológico que viene desarrollando este autor (Fuentes Ortega, 1994).

Puesto que el prólogo se queda corto respecto de lo que apunta y ya que también Bélanger reconocía que el lector se vería obligado a buscar en otra parte, permítase dar unas cuantas referencias, complementarias a las ofrecidas por el autor en la nota 43. En relación con contribuciones ejemplares del análisis experimental y aplicado, se insistiría en los textos ya citados de Lowe y col. (1985), Blackman y Lejeune (1990) y Leslie y Blackman (1999). Para una reconstrucción conceptual tratando de establecer la lógica del conductismo, se citaría el libro de Zuriff (1985). Para aquellos que quieran superar la concepción heredada sobre las relaciones del conductismo con el positivismo necesitan el libro de Smith (1986/1994). La mejor base y la mayor altura para ver el conductismo como filosofía es el trabajo de Fuentes Ortega (1986). Una exposición en la que el conductismo se pone más allá

de si mismo se encuentra en Lee (1988). Si uno es de aquellos cuya noticia del conductismo es Walden Dos y el título 'Más allá de la libertad y la dignidad', quizá porque esto es todo lo que le 'enseñaron' en el colegio, le vendrá bien el libro de Prieto (1989). En caso de querer apreciar las dimensiones teóricas, aplicadas y sociales de Skinner, su libro es el editado por Gil, Luciano y Pérez (1992). Si lo que quiere es una puesta en referencia de las contribuciones de Skinner con las principales tradiciones de la psicología europea, el libro es el de Richelle (1993). Una excelente presentación de la filosofía y la ciencia del conductismo radical se encuentra en el libro de Chiesa (1994). En fin, se recuerda de nuevo el manual de O'Donohue y Kitchener (1999).

En definitiva, el paso del tiempo sigue haciendo necesario un libro como el presente. En este sentido, se trata de un libro propedéutico, para preparar al estudiante cara a enfrentar con limpieza el conductismo, e higiénico, para aquéllos que, por lo que sea, se formaron contra el conductismo. Se ha de añadir, finalmente, que esta gran artículo de Bélanger termina como libro gracias a la traducción y sobre todo a la denodada conducta de Esteve Freixa i Baqué que, aun siendo conductista, es catedrático de psicología en Francia.

#### Referencias

- Blackman, D. E. y Lejeune, H., eds., (1990). *Behaviour analysis in theory and practice*. LEA
- Chiesa, M. (1994). *Radical behaviorism: the philosophy and the science*. Authors Cooperative
- Fuentes Ortega, J. B. (1986). El conductismo como filosofía. *Revista Mexicana de Análisis de la Conducta*, 12, 3, 189-315.
- Fuentes Ortega, J. B. (1994). Introducción del concepto de 'conflicto de normas irresuelto personalmente' como figura antropológica (específica) del campo psicológico. *Psicothema*, 6, 3, 421-446.
- Gil, J., Luciano, M. C. y Pérez, M. (1992). *Vigencia de la obra de Skinner*. Publicaciones de la Universidad de Granada
- Giles, T. R., ed., (1993). *Handbook of effective psychotherapy*. Plenum Press
- Lee, V. L. (1988). *Beyond behaviorism*. LEA
- Leslie, J. C. y Blackman, D. H., eds., (1999). *Issues in experimental and applied analysis of human behavior*. Context Press
- Lowe, C. F., Richelle, M., Blackman, D. E. y Bradshaw, K. M., eds., (1985). *Behaviour analysis and contemporary psychology*. LEA
- O'Donohue, W. y Kitchener, R., eds., (1999). *Handbook of behaviorism*. Academic Press
- Pierce, W. D. y Epling, W. F. (1995). *Behavior analysis and learning*. Prentice Hall

Prieto, J. L. (1989). *La utopía skinneriana*. Mondadori

Richelle, M. (1993). *B. F. Skinner. A Reappraisal*. LEA

Smith, L. D. (1986/1994). *Conductismo y positivismo lógico*. DDB

Marino Pérez Álvarez.  
Catedrático de Psicología. Universidad de Oviedo.

## 1. LA NOCIÓN DE CONDUCTISMO

### 1.1. AMBIGÜEDAD DE LA NOCIÓN

1.1.1. ¿Qué es el conductismo? A esta pregunta, se ofrecen a menudo respuestas diversas, que no siendo necesariamente falsas (aunque a veces lo sean), son bien distintas. Esta ambigüedad respecto a la naturaleza del conductismo se debe a varios factores.

En primer lugar, debe tenerse en cuenta que existen diversas posturas, asociadas a diversos teóricos. Ninguno de ellos ha sido verdaderamente el "creador" del conductismo, en el sentido en que Freud lo ha sido del psicoanálisis. De hecho, desde los orígenes del movimiento, hubo varios candidatos al título de "primer conductista" (Watson, Meyer, Weiss, Pieron<sup>1</sup> etc); y esta diversidad ha permanecido constante desde entonces. No es, pues, de extrañar que se haya calificado al conductismo como <<la postura más subjetiva de la psicología>>, puesto que varía según el teórico<sup>2</sup> del que se trate.

Esta ambigüedad de la noción de "conductismo" obedece también a la falsa representación que se ha ofrecido de él, a veces incluso por parte de los mismos conductistas. Por ende, se ha tendido a menudo a identificarlo con su versión americana, especialmente con las teorías del aprendizaje de Watson, Hull, Guthrie o Skinner<sup>3</sup> o, aun, con ciertas supuestas características de estas teorías (v.g., asociacionismo, empirismo, ambientalismo, etc.).

Una última fuente de ambigüedad reside en la existencia de posturas próximas al conductismo sin ser por ello conductistas. En psicología, tal es el caso del funcionalismo. En filosofía, se ha confundido a menudo las filosofías "conductistas" (v.g., Ryle, Wittgenstein, etc.) con la psicología conductista. Además, ciertos teóricos (Calkins, Reisser) se han calificado como conductistas sin serlo y sin que nadie les haya reconocido como tales.

1.1.2. Sin embargo, los psicólogos suelen ponerse de acuerdo a la hora de identificar una teoría o un teórico como conductista o no, incluso cuando no son capaces de precisar en todos los casos las características esenciales del conductismo.

En la primera parte de este texto, vamos a intentar definir estas características esenciales (necesarias y suficientes). Su utilización nos debería permitir calificar de conductistas a todos aquéllos que son reconocidos como tales por la comunidad de los psicólogos, sean o no conductistas. Pero estas mismas características deberían permitirnos excluir a todo psicólogo no reconocido (por sí mismo o por otros) como tal. Finalmente, dichas características deberían hacernos posible entender por qué los conductistas pueden adoptar posturas tan variadas e incluso contradictorias.

En una segunda parte, veremos cómo diferentes conductistas han abordado la explicación de la conducta y qué posturas han adoptado respecto a la noción de "conceptos" o "entidades teóricas".

Con o sin razón, el conductismo ha sido a menudo asociado, e incluso identificado, con diversas posturas o doctrinas filosóficas. La tercera parte de este texto presentará un resumen de sus relaciones con la filosofía.

Finalmente, en un cuarto y último apartado, analizaremos algunas de las críticas que se le han formulado, aquéllas que le atribuyen una incoherencia o una insuficiencia teórica fundamental.

### 1.2. ENUNCIADO DE LA POSICIÓN CONDUCTISTA



### 1.2.1. Objeto, objetivo, método y tesis.

1.2.1.1. Se puede caracterizar a los conductistas diciendo que aceptan de manera explícita o implícita cuatro enunciados. Por un lado, los tres primeros definen el objeto, el objetivo y el método de su psicología. El cuarto formula una tesis acerca de la naturaleza de los fenómenos implicados en la explicación de la conducta. Para ser conductista, es necesario y suficiente aceptar estos cuatro enunciados<sup>4</sup>. Su rechazo, total o parcial, basta para que una postura teórica no sea conductista.

Vamos ahora a presentar rápidamente estos cuatro enunciados y, seguidamente, efectuaremos un análisis más detallado de cada uno de ellos.

objeto: el objeto de estudio de la psicología conductista es la conducta, animal y humana.

objetivo: su objetivo es describir, predecir y manipular ("*to control*") dicha conducta.

método: su metodología no es especial, sino la misma que la de todas las ciencias de la naturaleza, físicas o biológicas.

tesis: para explicar la conducta, una teoría conductista no se apoya más que en tres categorías de fenómenos: La situación, la respuesta y el organismo.

Analicemos con más detalle estos enunciados.

1.2.1.2. Objeto. El primer enunciado afirma que el objeto de estudio del conductismo es la conducta animal y humana. No intentaremos precisar en este apartado la noción conductista de conducta. Sin embargo, sí procuraremos mostrar de qué manera este objeto impide la aplicación del calificativo "conductista" a otras posturas. Es evidente que todas las psicologías mentalistas tradicionales no son conductistas. Su objeto no es la conducta, sino la mente o la conciencia -James, Wundt o Titchener-, o, incluso, la experiencia vivida -fenomenología-. Existen otras psicologías que no son mentalistas en el sentido tradicional de la palabra y que estudian la conducta. Pero en estas psicologías -v.g., cognitivistas o psicodinámicas- la conducta no es más que un índice, un síntoma; no es realmente el objeto de estas psicologías, sino un medio (a veces el único) para conocer la naturaleza de las estructuras o procesos situados más allá de la conducta. Así, p. ej., Chomsky considera que la conducta es poco interesante en sí misma. Pero para el conductista, la conducta es un objeto de estudio en sí, es estudiada por sí misma. El que se postulen estructuras o procesos internos o teóricos no es más que, a lo sumo, un medio para comprender la conducta. Éste, y no otro, es el valor que hay que conceder a dicho supuesto<sup>5</sup>.

1.2.1.3. Objetivo. Para los psicólogos conductistas, el objetivo de la psicología es describir, predecir y controlar la conducta. Exploremos la significación de estos términos, señalando, de momento, que la noción de "explicación" no se encuentra directamente en el enunciado.

La necesidad de describir la conducta está a menudo implícita, pero no por ello es menos real. En el proceso de definición conductual de objetivos pedagógicos o en la evaluación conductual en terapia, la descripción de la conducta reviste una gran importancia. En el laboratorio, la descripción es menos importante puesto que, a menudo, la conducta estudiada es definida *a priori* (a pesar de los riesgos que ello supone).

Lo que caracteriza también al conductismo, en relación con las psicologías mentalistas que le son inmediatamente anteriores, es su insistencia en considerar a la psicología como una ciencia práctica, aplicada, concreta, hecha de predicción y de manipulación. En ello se opone al estructuralismo de Wundt y Titchener. Ciertamente, los conductistas no son los únicos que pretenden desarrollar una psicología práctica. Es ésta una característica de toda la psicología americana; de hecho, el mismo Wundt la llamaba "*ganz amerikanisch*". El funcionalismo, que precede y prepara la llegada del conductismo, se presenta también como una psicología aplicada, práctica, como la mayoría de las posturas psicológicas de hoy en día. Pudiera, pues, parecer que este enunciado no es propio ni exclusivo del conductismo. En efecto, muy bien se puede imaginar una psicología conductista que no tuviese ninguna preocupación práctica, que se viera como una ciencia pura. Pero el enunciado se justifica, de hecho, por dos tipos de consideraciones.

En primer lugar, la mayoría de los grandes conductistas han consagrado una parte de su carrera a trabajos de carácter práctico. Es el caso de Watson, Pieron, Broadbent, Skinner, etc. Y los autores conductistas han mostrado, a menudo, pretensiones revolucionarias o utópicas. El conductista no es por lo general un sujeto contemplativo, sino más bien uno activo (operativo). La segunda consideración se basa en que las otras psicologías, incluso las más prácticas o aplicadas, no pretenden directamente predecir o controlar las conductas; sino predecir, cambiar o explicar estados, estructuras o procesos no conductuales pero que gobiernan las conductas. Frecuentemente, dichas psicologías pueden considerar la predicción o el control como ilusorios e imposibles (pensemos en las críticas dirigidas al sistema de definición conductual de los objetivos pedagógicos, en la distinción de Chomsky entre ejecución y competencia, en el recurso al argumento de la libertad humana en psicología humanista, etc.); peligrosos (pensemos en el argumento de la substitución de síntoma empleado por ciertos psicoanalistas); o inmorales y antidemocráticos (crítica corriente hoy en día). Así, probablemente resulta justificado conservar el enunciado del objetivo de la psicología conductista como uno necesario para su definición.

1.2.1.4. Método. Un enunciado corriente entre los conductistas es que el método (o los métodos) de su psicología es científico. Tal enunciado puede parecer extraño, e incluso insultante para otras psicologías cuyos métodos son tan científicos<sup>6</sup> (incluso más, según ciertos autores como Chomsky o Koestler) como el conductismo.

Pero para entender la "razón" del enunciado, es preciso situarlo con respecto a otros dos tipos de afirmaciones. El primer tipo de afirmación, típico de ciertos psicólogos mentalistas, es el de Wundt, autor para quien la psicología es una ciencia "inmediata" con respecto a la física o a la química que son ciencias "mediatas". En esta perspectiva, el psicólogo alcanza directamente el objeto de su estudio, a saber, la mente; mientras que el físico no entra en contacto directo con las entidades materiales, puesto que debe contar con la mediación de los sentidos y con que éstos pueden engañarle. Este tipo de afirmación<sup>7</sup> es, pues, característica de un cierto tipo de psicología mentalista. Aparece también, bajo otra forma, entre los fenomenólogos. El segundo tipo de afirmación es el de ciertos especialistas de ciencias "humanas" o "sociales", quienes sostienen que para estudiar al hombre hay que emplear necesariamente un método basado en la introspección, la empatía, la intuición o el juicio clínico.

Cuando el psicólogo conductista afirma que su método es científico, está rechazando ambas afirmaciones. En el estudio de la conducta, el psicólogo no posee, según la opinión conductista, ninguna ventaja o poder inaccesibles por definición al físico, al químico o al biólogo. No existen dos tipos de método científico, el de las ciencias de la naturaleza y el de

las ciencias de la conducta. Ésta es, en parte, la razón por la que el conductista rechaza la introspección, la intuición o la empatía como método de verificación o de prueba: No tanto por considerar que la introspección, la intuición o la empatía no existen o no pueden, acertadamente o no, conducirnos a considerar ciertas proposiciones como "verdaderas"; sino porque la lógica sobre el que se basan estos supuestos métodos no se corresponde con la lógica conductista. Si la mente o los procesos mentales existen, y existen tal como tradicionalmente se les considera, no hay duda que la utilización de tales métodos se halla justificada, que son necesarios y específicos de una psicología mentalista. Concuerdan con el objeto y la tesis mentalista. Pero la lógica de estos métodos no concuerda con la postura conductista.

La característica propia de la metodología conductista no es tanto el hecho de ser científica sino el de afirmar que no existen métodos que sean a la vez exclusivos y necesarios para la psicología. No es que el psicólogo, sea o no conductista, no utilice técnicas especiales, que le son propias y que no se encuentran en otras ciencias como la física o la biología. De hecho, dispone de tales técnicas o métodos, v.g., la psicometría. Pero la psicología conductista no posee un método que le sea específico (v.g., la introspección) a causa de la especificidad de su objeto.

Es esta conjunción de especificidad y de necesidad esencial lo que caracteriza la metodología de ciertas psicologías no conductistas, v.g., la introspección para Wundt<sup>8</sup> y Titchener, el análisis del consciente para los fenomenólogos, la interpretación analítica para los psicoanalistas, etc.. Quitemos estos métodos a estas psicologías y, desde su punto de vista, la psicología se vuelve imposible. Esta es la razón por la que su metodología les es necesaria. Además, estos métodos difieren radicalmente, a su modo de ver, de los métodos de las ciencias de la naturaleza, ya que no responden a los mismos criterios de evaluación (validez, fiabilidad, etc.); sino que se basan, de manera radicalmente distinta, en el juicio intuitivo del investigador como instrumento de medida y de prueba. Es en este sentido en el que debe ser interpretada la noción de "inmediatez" de la introspección, según Wundt. A través de estos métodos, los psicólogos entran en contacto directamente con su objeto de estudio, mientras que el físico o el biólogo no pueden alcanzarlo de este modo. Las nociones de incorregibilidad y de "inmediatez" de los fenómenos mentales son exclusivas de estos fenómenos. En cambio, el contacto con la materia es el fruto mediato de una construcción. A la materia no se la aprehende de manera directa; mientras que sí tenemos un contacto directo o inmediato con la mente y sus fenómenos. Ello no implica que el psicólogo, según nos diría un mentalista, no pueda cometer errores; puede equivocarse, pero dichos errores aparecen la mayor parte del tiempo como errores aprendidos de juicio. En fenomenología, es preciso retornar a la percepción ingenua, pura. La postura psicoanalítica es más compleja. Según Freud, el hombre no puede conocer sus procesos mentales a causa de sus defensas, de sus conflictos inconscientes. Pero estas defensas y estos complejos son, una vez más, adquiridos. Para Rogers, la ausencia de congruencia entre la experiencia y el organismo es también aprendida. La postura de ciertos psicólogos cognitivistas sea todavía más compleja. En efecto, Chomsky no supone que el hombre, incluso en condiciones ideales, es capaz de conocer directamente, de manera inmediata e incorregible, sus procesos psicológicos. Pero la intuición de gramaticabilidad (con respecto a la aceptabilidad) es inmediata e incorregible (*i.e.*, no puede ser falsa). (Sin embargo, el individuo que posee esta intuición no puede explicar ni el por qué de ella ni el cómo, tal tarea incumbe al psicolingüista). La postura de los cognitivistas del procesamiento de la información es mucho más ambigua. Las verbalizaciones del sujeto son, a veces, utilizadas como indicadores de los procesos mentales subyacentes y, a veces, consideradas como simples conductas verbales. Ciertos teóricos del

procesamiento de la información parecen oscilar entre una postura conductista y una postura mentalista (véase el análisis que efectúa Gundersen (1971) de la ambivalencia de Newell y Simon frente al conductismo y al mentalismo). Los únicos psicólogos cognitivistas no conductistas que no utilizan un criterio de "inmediatez" parecen ser los piagetianos.

1.2.1.5. Tesis. La tesis conductista afirma que, para explicar, predecir o controlar la conducta, una teoría conductista no ha de apoyarse más que en tres categorías de fenómenos: la situación, la respuesta y el organismo. Definiremos estos términos más adelante. Por de pronto, hay que señalar que esta tesis puede revestir dos formas, una débil y una fuerte. El enunciado anterior corresponde a la forma débil. La forma fuerte afirma que estas tres categorías de conceptos o de fenómenos son necesarias y suficientes para explicar, predecir o controlar la conducta. La forma débil no afirma que son suficientes, afirma sólo que una teoría conductista no puede apoyarse más que en tres categorías de fenómenos. Ello deja abierta la posibilidad de que una teoría conductista pueda no ser más que una explicación parcial o incompleta de la conducta. La tesis fuerte niega esta posibilidad.

Es importante subrayar que la tesis conductista no constituye, en sí misma, una teoría explicativa de la conducta —es demasiado general para ello—, sino que indica el marco en el cual una teoría conductista debe desarrollarse. Este marco está vacío; puede llenarse de múltiples maneras. Así, una teoría conductista puede, indistintamente ser innatista o ambientalista, asociacionista, cognitivista, fisiológica, etc. Esto explica la diversidad de las teorías conductistas y por qué pueden resultar contradictorias entre sí.

Probablemente, la mejor manera de ver la tesis es considerarla como un programa de investigaciones teóricas y empíricas, programa que puede ser ejecutado de distintas formas<sup>9</sup>.

La validez de la tesis fuerte es indemostrable actualmente, y quizás lo sea siempre. Sin embargo, la tesis débil constituye el enunciado de un programa perfectamente defendible, incluso si su éxito no está garantizado.

1.2.1.6. Recapitulación. El conductismo es un programa de investigaciones cuyo objeto es la conducta. Su objetivo es describirla, predecirla y manipularla mejor. El estudio de la conducta no supone la necesidad de una metodología especial, específica para la psicología (o para las ciencias del hombre) y radicalmente diferente de la metodología de las ciencias de la naturaleza. La construcción teórica se efectúa en torno a tres categorías de fenómenos: Los de la situación, la conducta y el organismo.

He aquí lo esencial de la postura conductista: Cualquier teórico o investigador cuyo trabajo se halle en acuerdo con estos cuatro enunciados puede ser considerado conductista, sean cuales fueren sus otras posturas teóricas (siempre y cuando, evidentemente, estas otras posturas no se encuentren en contradicción con los cuatro enunciados).

Puede parecer sorprendente que la postura conductista se resuma en estos cuatro únicos enunciados. Sin embargo, así es. Es cierto que diversos teóricos conductistas adoptan otros enunciados teóricos, pero ninguno de estos otros enunciados parece ser aceptado por todos los conductistas. Y, a menudo, dos teóricos conductistas pueden tomar actitudes opuestas respecto a estos otros enunciados (v.g., el papel de la herencia, el asociacionismo, etc.).

1.2.2. Ello no obstante, uno puede preguntarse si el conductismo implica una concepción, una filosofía del hombre. Y también, cuál es la relación entre el conductismo - radical- y el conductismo metodológico.

1.2.1.1. ¿Implica el conductismo una concepción del hombre? No es fácil responder a esta pregunta. Los teóricos prácticamente no han tomado en consideración este problema. Por otro lado, cuando han propuesto una respuesta, ésta ha estado más bien en función de distintas posturas filosóficas externas al conductismo. Por ende, las tesis débiles y fuertes (vid. 1.2.1.5.) no implican las mismas posturas filosóficas o ideológicas.

Pero, suponiendo la adopción de una tesis fuerte, y arriesgando una interpretación (me parece dudoso que todos los conductistas que aceptan la tesis fuerte aceptasen también esta interpretación), podría decirse lo siguiente:

El hombre es un animal que vive en un entorno. Reacciona frente a este entorno y actúa sobre él a través de sus conductas. De hecho, el hombre es una parte del entorno: El de los otros, en el caso del entorno social; y el suyo propio, puesto que el hombre es parte integrante de la naturaleza. Sólo se puede comprender al hombre situándolo en su entorno y viéndolo actuar en este entorno.

En la psicología tradicional o mentalista, el entorno, a menudo, no es más que un objeto de contemplación, y, a veces, tan poco importante que su realidad se pone en tela de juicio (idealismo). El hombre se halla encerrado en sí mismo y es considerado como un espíritu aislado jugando a sus solitarios jueguecitos mentales. A menudo se ha acusado al conductismo de considerar al hombre como un ser pasivo. Tal acusación es irónica, puesto que los que la lanzan sitúan la actividad más en la mente del individuo que en su interacción con el entorno externo. Y cuando las posturas mentalistas toman en cuenta el entorno, se trata de un entorno fenomenológico, interiorizado. La percepción del entorno, en esta óptica, es más importante que la acción sobre él. Casi se podría pensar que tales psicologías sienten nostalgia del espíritu puro.

La aversión del conductismo respecto a este tipo de interiorización aparece en la acusación que Guthrie lanzaba contra Tolman. A saber, que sus ratas estaban "*buried in thoughts*". Este reproche, equivocadamente atribuido a una influencia operacionista, positivista (círculo de Viena) e incluso ryleana (filosofía conductista analítica inglesa), me parece emanar más bien de esta concepción implícita del hombre que el conductista tendría.

1.2.2.2. Conductismo -radical-\* versus conductismo metodológico.

Los filósofos muestran a menudo la tendencia de identificar el conductismo de los psicólogos con su versión metodológica, o, incluso, a no reconocer otra versión más que ésta, en detrimento de las demás opciones. Por lo tanto, es necesario precisar la relación entre el conductismo -radical- y el metodológico.

El conductismo metodológico consiste en el estudio, dentro de un marco conductista, de las cuestiones y problemas de la psicología tradicional o mentalista. Sostiene que, para ser científica, la psicología debe utilizar un enfoque conductual, debe pasar por la observación de las conductas en el estudio de las sensaciones, de las emociones, de la inteligencia, etc.

---

\* Aunque el autor no utiliza este descriptor, se ha introducido con el fin de señalar su diferencia con el conductismo metodológico, que sí se encuentra adjetivado en el texto original.

El conductismo -radical- es, a la vez, menos y más que el conductismo metodológico. Es menos en el sentido de que no supone *a priori* el uso de los conceptos tradicionales de la psicología, es decir, no establece la necesidad de conservar las tareas y problemas tradicionalmente atribuidos a la psicología. Es más en el sentido de que afirma el valor intrínseco del estudio de la conducta como un objetivo en sí, independientemente de su pertinencia para la psicología tradicional. Para ésta última, existen ciertas conductas o actos "nobles", privilegiados, más característicos de la "naturaleza humana" que otros. Tal preocupación exclusiva, cuyo origen es a menudo filosófico o teológico, no aparece en el conductismo, para quien no existen, *a priori*, conductas privilegiadas.

Hay que reconocer, no obstante, que el conductismo -radical- y el conductismo metodológico no son, ni mucho menos, incompatibles. De hecho, el conductismo metodológico es una de las vías de posible desarrollo del conductismo, o, para repetir una analogía anterior, una forma de rellenar el marco trazado por la postura conductista. Desgraciadamente, la mayoría de los conductistas han sido, históricamente, conductistas metodológicos: Han utilizado los conceptos y problemas tradicionales de la psicología como base de partida y guía de sus investigaciones y teorías.

Esta orientación es peligrosa en un triple sentido. En primer lugar porque orienta la investigación y la teoría hacia una dirección ajena al conductismo y restringe el desarrollo de conceptos y ámbitos de investigación nuevos y quizás mejor adaptados a la nueva definición de la psicología. Así, resulta paradójico que los conductistas hayan estudiado tan escasamente los entornos naturales. Hubiesen podido, al igual que los etólogos partir desde cero, es decir, observar las conductas en su medio natural. Al no hacerlo, crearon en el laboratorio situaciones que permitieran un estudio conductual de los problemas psicológicos tradicionales. Es curioso que ello no haya constituido la orientación preferida, dado que Pieron y Watson efectuaron, al principio de sus respectivas carreras, observaciones de estilo etológico. Además, en vez de realizar un análisis o reducción conductista de los conceptos mentalistas, se hubiera podido estudiar la utilización ordinaria de tales conceptos, como se hace hoy en día en los trabajos sobre la atribución, la formación de impresiones, las teorías implícitas de la personalidad, etc.

En segundo lugar, dicha orientación es peligrosa a causa de un fenómeno de "*squatter's right*" o "derecho del primer ocupante". Efectivamente, la primera teoría que define y explora un ámbito de investigación goza de una gran ventaja respecto a sus ulteriores competidoras, por el simple hecho de encontrarse ya instalada y establecida. En cierto sentido, "conoce" mejor el ámbito, puesto que lo ha explorado, atravesado y cartografiado desde hace más tiempo. Dispone de una colección impresionante de informaciones acerca del ámbito en cuestión. Y si la exploración ha podido modificar, adaptar la teoría, la teoría a su vez ha guiado la exploración, indicando dónde debía mirarse y dónde no, qué debía ser anotado y qué no debía serlo. La teoría tiende a describir el ámbito a su imagen y semejanza; define sus características, sus problemas, sus dificultades y los tipos de soluciones aceptables. Y dichas definiciones concuerdan evidentemente con sus posturas fundamentales. Hasta tal punto que, para una teoría bien establecida, la teoría y el ámbito son indisociables.

Para el profano, el ámbito parece bien definido y su mapa relativamente claro y completo. El mapa es tal vez falso, el repertorio quizás incompleto; pero son los únicos (o los "mejores") con que cuenta. (¡Los cromos se han vuelto con el tiempo tan hermosos!). La formulación resulta familiar, aceptada por todos. Y se tiende a juzgar cualquier nueva afirmación a partir de ella.

Es difícil atacar a una teoría rival en su propio ámbito. El contestatario aparece como un intruso, como un bárbaro, como un grosero. Para penetrar en el ámbito, para guiarse en su

interior, para comunicarse con los demás, deberá utilizar el mapa de la teoría establecida y, en consecuencia, partir con un *handicap*. Si se pide una reinterpretación de varios fenómenos bien conocidos, si propone concepciones que van en contra de "lo que todo el mundo sabe que es cierto", se expone a encontrarse en contradicción con el mapa, o sea, consigo mismo, puesto que ha aceptado el mapa para penetrar en el ámbito y comunicar su teoría.

Si, por el contrario, rechaza totalmente el mapa establecido, se sitúa fuera de ámbito, como no pertinente. Si propone un nuevo mapa, debe afrontar un nuevo problema: Dada la identificación de la teoría establecida con el ámbito en cuestión, los "hechos" ya conocidos, incluso si concuerdan con su nueva postura, parecen, por simple familiaridad, integrarse mucho mejor con la tarea de su rival. ¿Aporta nuevos "hechos", anteriormente desconocidos? En tal caso, dichas novedades aparecen minúsculas comparadas con todos los datos que la teoría reinante ha acumulado anteriormente. ¿Proporciona resultados en contradicción con ella? No es ninguna novedad, existían también antes, y los investigadores del ámbito trabajan en vistas a encontrar una solución. Además, según ellos, el intruso ignora groseramente los matices y las sutilezas (¿artificios?) que constituyen las delicias del "verdadero" especialista.

Es más, el intruso, si es conductista en un ámbito "mentalista", se enfrenta a una geografía de lo imaginario. La "crítica por la geografía de lo imaginario" consiste en criticar una teoría por el hecho de no corresponder a su propia teoría o por no tener en cuenta las entidades postuladas en su propia teoría. Este tipo de crítica es dirigida frecuentemente contra el conductismo. Pero no se puede criticar un mapa por el solo hecho de que no se corresponda con el del rival. La función de las teorías no es incluir en ellas o "explicar" los conceptos de una teoría rival.

Parece ser que Whithhead consideraba que los veinticinco siglos de filosofía occidental no constituyen más que anotaciones (*footnotes*) del pensamiento platónico. Esta consideración es pertinente, en el caso de la psicología, a causa de la interpretación mentalista a la que tan fácilmente se presta la concepción platónica del alma y del conocimiento (contrariamente a la concepción de Aristóteles). Pero Platón no sólo ha creado mitos en psicología.

En *El Timeo* y *El Critias*, Platón señala la existencia de una tierra lejana, la Atlántida. No la busque usted en ningún mapa geográfico moderno, los geógrafos no han constatado nunca su existencia. No obstante, la búsqueda de su emplazamiento fue larga. Y aún hoy en día algunos afirman su presencia a pesar de que la ciencia moderna la ignora. Sin embargo, nadie impugna ni rechaza la geografía contemporánea por no dar cuenta de la Atlántida.

Ahora bien, en psicología, si usted ignora el mundo de la Mente, la maldición de Platón le perseguirá (debería calificarse de maldición de los faraones, puesto que parece ser que fue un sacerdote egipcio quien señaló la existencia del primer mundo imaginario, la Atlántida). No se ha descubierto nunca este territorio fabuloso de la Mente a pesar de que todo el mundo parece obligado a conocer su existencia. (Parece ser que no dispone de ubicación física aunque, curiosamente, se supone que nuestras ideas lo "atraviesan" a veces). La tarea de la psicología sería, pues, describir sus características, su topografía. Así pues, el conductismo, que se desentiende completamente de tal mundo, como de la geografía de la Atlántida, se ve condenado, contrariamente a lo que le ocurre a la moderna geografía, por los herederos de Platón. El mito de la Mente es más resistente que el de la Atlántida. Quizás sería ya hora de abandonarlo a los amantes de leyendas exóticas y que se dejara de criticar a las teorías psicológicas que no lo incluyen en sus mapas justamente a causa de no encontrarlo presente.

Y ello nos lleva a indicar la última razón por la que el conductismo metodológico es peligroso. Es peligroso porque deja entender que un enfoque conductista puede resolver los

problemas de la psicología mentalista. Supone, *a priori*, que las cuestiones, problemas y conceptos mentalistas se reducen a (o pueden ser estudiados por) cuestiones, problemas y conceptos de conducta. El error del conductismo metodológico (y del conductismo filosófico, su hermano gemelo) es creer que una teoría conductista puede hacer esto en el interior mismo de la psicología mentalista, y de manera satisfactoria para los mentalistas. Pero en las contradicciones entre las conductas y los conceptos mentalistas, el mentalista no puede sino preferir la evidencia de sus conceptos y afirmar con razón -desde su punto de vista- la insuficiencia del conductismo. Es importante comprender que la tarea del conductismo no consiste en satisfacer las exigencias o responder a los criterios de una psicología mentalista. Criticar al conductismo porque el "pensamiento" no es una conducta o una relación S-O-R, porque la "conciencia" no es un tipo de respuesta, de estado fisiológico o de relación con el entorno, es como criticar a la geografía porque no sitúa ni describe la Atlántida. Puede que la Atlántida haya existido en otro sitio además de en la imaginación (¿los textos?) de Platón. Es posible también que el pensamiento y la conciencia existan, tal y como los describe la psicología mentalista tradicional; pero su descripción no es ni tarea de la geografía ni de la psicología conductista. Y toda crítica del conductismo fundada en tales argumentos no puede más que dejar indiferente al conductista.

A pesar de todo, sin embargo, los trabajos de los conductistas metodológicos (o filosóficos) no habrán sido quizás totalmente inútiles en el plano teórico puesto que, paradójicamente, podrían demostrar que la psicología mentalista se halla apartada del mundo de las conductas y que quizás sea incompatible con él. Ahora bien, los mentalistas, antiguos o nuevos, v.g., Chomsky, no han pretendido nunca verdaderamente predecir o controlar la conducta, sino solamente "explicarla". Así pues, esta "demostración" es útil puesto que, por un lado, no se toma a menudo conciencia de la separación que existe entre el mundo de las conductas y el de las entidades o conceptos mentales, y que, por otro, los mentalistas pretenden "explicar" la conducta, siendo ésta "causada" por las entidades mentales o explicada (en el sentido de "razones") por los conceptos mentales. Quizás hubiese sido preferible para la psicología mentalista que el conductismo metodológico o filosófico hubiese triunfado. Este éxito hubiese, en cierto sentido, sostenido la pretensión del mentalismo de una validez empírica o conductual. El fracaso, al contrario, lo condena quizás a no ser más que la ciencia de los espíritus (¿un nuevo espiritismo?).

El conductismo metodológico, a causa de su popularidad<sup>10</sup> no ha favorecido la construcción de una teoría conductista autónoma, de una teoría de la conducta. El reproche que podría entonces lanzársele sería el de no haber sido suficientemente radical.

### 1.3. DEFINICIÓN DE LAS NOCIONES DE CONDUCTA, SITUACIÓN Y ORGANISMO

Acabamos de ver que el objeto de la psicología conductista es la conducta, y que ésta, según la tesis enunciada, debe ser explicada en términos de conducta,<sup>11</sup> de situaciones y de organismo. Definamos ahora estos tres términos:

#### 1.3.1. Conducta: R

¿Qué es la conducta? A fin de facilitar la comprensión de la noción de conducta, debemos, primero, distinguir diferentes niveles de análisis de la conducta.

##### 1.3.1.1. Condiciones necesarias

La conducta es un fenómeno biológico. Es un cambio del estado biológico (o, a veces, el estado mismo, v.g., el sueño) de un organismo. Este cambio o estado biológico implica



indistintamente la musculatura, secreciones glandulares, fenómenos electroquímicos, etc. Así, el ritmo cardíaco, el ritmo electroencefálico, pueden, según el contexto, ser considerados como conductas.

Consecuentemente, la conducta es un fenómeno biológico; pero este fenómeno, en tanto que conducta, no es únicamente biológico; debe inscribirse igualmente en una serie de interacciones entre el organismo y su entorno externo. Es la presencia de la interacción la que distingue la psicología de la conducta de la biología de la conducta. El psicólogo de la conducta, en tanto que psicólogo, se interesa sobre todo por la interacción (su naturaleza, sus exigencias, sus leyes, etc.). El biólogo, en tanto que biólogo, se interesa sobre todo por los mecanismos fisiológicos implicados en la interacción. La noción de conducta supone, pues, dos condiciones fundamentales y necesarias para la aparición de una conducta: 1) un estado o cambio fisiológico; 2) una relación entre este estado o cambio y el entorno exterior del organismo.<sup>12</sup>

Así pues, estas dos condiciones son necesarias, pero no siempre suficientes. Ciertos conductistas afirman la necesidad de otras condiciones. Así, para Tolman, la conducta debe ser, además, propositiva. Para Weiss, la situación debe ser social. Sin embargo, no hay acuerdo entre los distintos conductistas acerca de la necesidad, o la naturaleza, de las otras condiciones. La exigencia de otras condiciones, así como su naturaleza, parece ser función, a su vez, del ámbito de investigación y de la teoría empleada por aquéllos que postulan tales condiciones. Por otro lado parece dudoso que los citados autores negasen la existencia de conductas que no satisficieran más que a las dos condiciones fundamentales. Probablemente se limitarían a afirmar que se trata de conductas, pero que dichas conductas no son interesantes o no parecen relevantes desde un punto de vista teórico.

#### 1.3.1.2. Distinción molar–molecular

Como se ha visto, tenemos cambios o estados biológicos que pueden ser o no ser, según como se los analice, conductas. El psicólogo puede interesarse por los detalles biológicos de la conducta y considerar la naturaleza de estos detalles como marcadores de diferentes conductas. Así, diferentes movimientos musculares constituyen otras tantas diferentes conductas. Se habla, pues, de conductas moleculares cuando las conductas son diferenciadas según sus detalles biológicos o musculares. Guthrie, por ejemplo, define las conductas a nivel muscular. Los etólogos diferencian también ciertas conductas en función de la naturaleza de los movimientos musculares.

No obstante, la mayoría de conductistas se interesa más en la interacción en cuanto tal que en su mecanismo fisiológico o que en la estructura molecular de la conducta. Se hablará, entonces, de conducta molar o de aspecto molar de la conducta. Hay que señalar, sin embargo, que cualquier conducta es molar y molecular a la vez. Pero la descripción que se hace de ella puede tender hacia el uno o el otro de los polos en la dimensión molaridad-molecularidad. Igualmente existen diferentes grados de molaridad o de molecularidad. Una conducta descrita en términos fisiológicos (v.g., contracción de tales o cuales músculos) puede ser calificada de molecular<sup>1</sup>. Si la misma conducta es descrita en términos físicos espacio-temporales, se puede hablar de molecularidad<sup>2</sup>.

Pero cuando se olvida el aspecto molecular de la conducta para insistir en la interacción con el entorno -para colocar la conducta en un marco situacional-, entonces se está hablando de molaridad.

Diferentes conductas moleculares pueden corresponder a una misma descripción molar. En la descripción molar, no es frecuente especificar el detalle molecular de la

conducta, que se considera irrelevante. Y una misma descripción molecular puede, según la situación, ser colocada bajo diferentes categorías molares.

Existen diferentes grados de molaridad. El más simple (molar1), es el que puede ser definido por un efecto o una modificación del entorno, de la situación física o social: abrir una puerta, apretar una palanca, subir una escalera son ejemplos de conductas molares1. El detalle fisiológico o físico no se halla incluido en la descripción molar de dichas conductas. Pertenecen, pues, a la misma clase de conductas todas las conductas moleculares que provocan el mismo efecto. De hecho, la conducta es, a menudo, directamente medida por la aparición del efecto o la modificación del entorno.

Se habla igualmente de "conducta" molar (molar2) para designar interacciones complejas entre conductas, una situación o tarea y un organismo. (Debiórase, quizás, hablar de estructura, de relación o de contexto molar más que de conducta). La definición de la conducta molar2 supone una teoría de la relación entre los tres términos, y su medida válida y fiable es imposible en ausencia de dicha teoría. Las "goal oriented behaviors" de Tolman o la "interbehavior" de Kantor constituyen buenos ejemplos de este último tipo de molaridad. La conducta se convierte, entonces, en una entidad o concepto teórico por construir más que un simple fenómeno empírico por medir. Los teóricos conductistas como Tolman, que llevan la noción de molaridad a tal nivel de análisis, utilizan generalmente un vocabulario con connotaciones mentalistas (actividades intelectuales, expectativas, etc.). Pero su problema principal consiste en la dificultad para precisar estas interrelaciones conducta - situación - organismo.

### 1.3.2. Estímulo o Situación: S

Se ha dirigido contra la noción de estímulo o de situación el mismo reproche de ambigüedad que a la noción de conducta, y por los mismos motivos: Los psicólogos han utilizado la palabra con sentidos diversos. Probablemente el mejor análisis de la noción de estímulo ha sido realizado por Gibson (1960). En su sentido más simple, el estímulo es todo suceso físico manipulado por un experimentador y presentado a un sujeto. En esta acepción, el estímulo es una variable independiente. Este estímulo puede ser externo al organismo (v.g., un sonido, una luz), o interno (v.g., una estimulación eléctrica del cortex). Cuando es externo, puede ser definido como proximal (en términos de energía que actúa sobre las células estimuladas) o distal (en términos de objeto o de suceso en el entorno). Por otro lado, el estímulo puede ser considerado de manera "atómica", como una serie de sucesos físicos estimulantes, o como el conjunto de estos sucesos. Este conjunto puede ser simultáneo o sucesivo. Puede tratarse de un cambio (suceso) o de un estado estable. Puede hallarse estructurado o no estructurado. Puede contener o no contener información.

Así pues, existen varias maneras de definir un estímulo manipulado por un experimentador. Las maneras (o niveles de análisis del estímulo) no son contradictorias, aun siendo diferentes. El problema del análisis del estímulo es todavía más complejo cuando el estímulo no es manipulado o provocado por el experimentador. En una investigación, el protocolo nos indica, aunque sea parcialmente, cuáles son los aspectos pertinentes del estímulo o de la situación. Pero en el medio natural, se hace muy difícil determinar la naturaleza del estímulo. Se habla entonces de situación<sup>13</sup>, sin ser capaz de precisar los estímulos o aspectos pertinentes.

En consecuencia, hay tantos niveles de análisis y de descripción de los estímulos como los hay para las respuestas. Ello dificulta su presentación teórica. Ciertos autores consideran que dichos análisis deben preceder a toda edificación teórica. Pero esto quizás sea un error. Parece igualmente plausible que la edificación teórica sea anterior a tales análisis, es

decir, que el objetivo de la teoría sea justamente conocer la naturaleza del estímulo y la naturaleza de la respuesta y establecer la relación entre las dos.

### 1.3.3. Organismo: O

El último concepto sobre el que se asienta la psicología conductista es el de organismo. No se trata aquí de personalidad o de *psique*. Un organismo es un individuo biológico. Esta noción de individuo biológico comprende dos aspectos.

1.3.3.1. El primer aspecto (Op) concierne a la noción de individuo e implica tanto la idea de diferencias inter-individuales (el hecho de que diferentes organismos emitirán, por ejemplo, diferentes respuestas frente a un mismo estímulo) como a la noción de unidad individual (el hecho de que un individuo presente un conjunto de conductas, una jerarquía organizada de conductas que pueden caracterizarle). Tales diferencias inter-individuales y tal unidad u organización intra-individual de las conductas deben ser explicadas en función del entorno de los individuos, de su historia anterior y de su naturaleza biológica. El individuo psicológico o la persona (Op), tal como la estudian las teorías de la personalidad, es una pura construcción teórica. Esta construcción es elaborada a partir de las nociones más "fundamentales" de conductas, entorno y organismo biológico (Ob).

1.3.3.2. Y con ello llegamos al segundo aspecto del organismo (Ob). El segundo aspecto se refiere a la noción de funcionamiento biológico. El organismo es un organismo biológico, con una anatomía y una fisiología, estructuras y procesos internos (i.e., biológicos). Y este organismo biológico es el del biólogo, el del bioquímico, el del biofísico, el del farmacólogo. Mientras que el cambio fisiológico, en tanto que conducta, pertenece tanto al ámbito psicólogo como al biológico; el organismo, en tanto que biológico, es totalmente contenido del biólogo. Es su definición del funcionamiento biológico la que el psicólogo debe aceptar en última instancia.

1.3.4. Los tres conceptos: conducta, estímulo y organismo, son los ejes centrales de la psicología conductista. Su tarea consiste en precisar las relaciones entre estos tres tipos de conceptos para ver la manera de poder predecir y controlar la conducta. La paradoja es que si estos tres conceptos constituyen el punto de partida de la psicología conductista, son igualmente su punto de llegada, puesto que tal psicología, una vez completada, debería permitir una mejor definición de tales conceptos, actualmente algo vagos, y poner en evidencia sus inter-relaciones. Dichos conceptos, de hecho, son tan teóricos como empíricos.

## 2. LA EXPLICACIÓN TEÓRICA EN LOS CONDUCTISTAS

### 2.1. AMBIVALENCIA FRENTE A LA NOCIÓN DE EXPLICACIÓN TEÓRICA.

Hemos dicho anteriormente que el objetivo principal de la psicología conductista es predecir y controlar la conducta. Todos los conductistas admiten la necesidad de describirla, predecirla y controlarla; pero no todos admiten la necesidad de explicarla. Esta afirmación, por curiosa que resulte, no deja de ser verdadera. Si ciertos conductistas, como Hull o Tolman, han concedido una gran importancia a la construcción teórica, otros, el más conocido de los cuales es Skinner, han negado la utilidad de la explicación teórica. Un primer factor a tener en cuenta es que, para algunos, la "verdadera" explicación teórica de la conducta es biológica; Skinner afirma que una teoría de un fenómeno hace intervenir fenómenos de orden o nivel distinto, v.g., mental o biológico, al del fenómeno que debe ser

explicado, *i.e.*, las conductas. Un segundo factor reside en la ambigüedad de la noción de “explicación”. Los filósofos, más que nadie, han puesto en evidencia la ambigüedad de las nociones de explicación o de causalidad.

Esta ambivalencia frente a la explicación teórica puede parecer sorprendente. Y ello porque, para buena parte de psicólogos, lo que cuenta no es tanto la conducta como los mecanismos o procesos que la gobiernan, ya que la conducta no es más que un efecto, siendo tales mecanismos o procesos su causa. ¿Y quién, en la ciencia, se interesa más en los efectos que en las causas? Podría responderse: los tecnólogos. Y sería una manera de recalcar una característica importante de ciertos conductistas refractarios a las teorías. Pero tal pregunta se encuentra parcialmente sesgada contra el conductismo, puesto que a menudo se formula dentro de una óptica mentalista, en la que se supone que los efectos son la conducta y la mente la causa.

Así pues, en este capítulo exploraremos diferentes aspectos de la explicación teórica. El primero se refiere al papel de la explicación teórica. El segundo concierne el estatus ontológico de las entidades teóricas.

## 2.2. TIPOS DE EXPLICACIÓN

La noción de explicación teórica es compleja y existen distintos usos o sentidos de la palabra “explicación”. Únicamente nos interesaremos por algunos de ellos. Cuando los conductistas, como muchos otros, hablan de la explicación de un fenómeno, se refieren a menudo a la identificación de su causa.

2.2.1. La explicación es, en este caso, causal y manipulativa. Un acontecimiento dado, observado y a veces provocado, produce otro acontecimiento. La pelota golpea el cristal y lo rompe. ¿Por qué se ha roto el cristal? Porque la pelota lo ha golpeado. Es claro que el primer acontecimiento surge, el segundo le sigue; constatamos que si se interviene de tal modo, tal resultado aparece. Los niños que reciben una educación familiar desarrollan una determinada personalidad; la respuesta reforzada aumenta su probabilidad. Nótese que esta explicación es empírica y probabilística. Empírica, puesto que los acontecimientos son definidos de manera bastante concreta y no abstracta. Probabilista, puesto que la relación causal se considera más probable que necesaria: No todas las pelotas que golpean un cristal lo rompen; no todas las respuestas reforzadas aumentan su frecuencia. Se admiten, pues, posibles explicaciones, pero se las reconoce de manera empírica y no se sabe por qué existen ciertas excepciones. Cuando se intentan explicar las excepciones, se inicia un proceso teórico, ya sea refinando las leyes, ya sea apelando a otros acontecimientos. Este tipo de causalidad es cercano al de la causalidad experimental en la que la introducción de la variable independiente provoca un cambio en la variable dependiente. Es probablemente el tipo más primitivo de explicación: La explicación es causal, pero no teórica.

2.2.2. Un segundo tipo de explicación consiste en la explicación teórica integrativa; pudiendo distinguirse dos sub-niveles de la explicación integrativa: El nivel descriptivo y el nivel deductivo o sistemático. En el nivel descriptivo, la explicación se hace en términos de ley, se explica los fenómenos describiendo sus inter-relaciones bajo la forma de leyes matemáticas. Tales leyes aparecen en psicofísica (ley de Weber, de Fechner, de la potencia, del nivel de adaptación), en psicología del aprendizaje (*v.g.*, modelos estocásticos, teoría informacional de Rescorla). Es en este sub-nivel en el que se sitúan la mayor parte de las leyes descritas por Spence (1948) y Berlyne (1968). Se puede, entonces, empezar a hablar de

explicación teórica, puesto que existe una tentativa de organización de los fenómenos. Sin embargo, se pierde el aspecto intuitivo de la noción de causalidad (el de que la aparición de un acontecimiento provoca la aparición de otro acontecimiento). Pero se retorna rápidamente a esta noción intuitiva tan pronto como se aplica la ley en circunstancias concretas, y se dispone, además, de la posibilidad de efectuar nuevas predicciones, posibilidad que no existe en el simple nivel causal manipulativo. No obstante, en el sub-nivel integrativo descriptivo, si se dispone de leyes, dichas leyes constituyen una colección más bien que un conjunto sistemático y coherente. En cambio, en el sub-nivel deductivo o sistemático, se intenta tomar una serie de leyes y confeccionar con ellas un sistema formal deductivo, coherente, que ponga en evidencia las inter-relaciones entre las leyes y que reordene ciertas leyes bajo leyes más generales. Exceptuando ciertos modelos matemáticos o cognitivos, se dispone de muy pocas de estas teorías formales y abstractas en psicología. Las black-box y las variables intermedias pertenecen al tipo integrativo de explicación. Piaget (1963) intenta situar su explicación del desarrollo cognitivo, en términos de operaciones lógicas, en el nivel deductivo o sistemático que él califica de abstracto. En este nivel se dispone de explicaciones deductivas, formales o matemáticas, pero que no implican un substrato de entidades teóricas actuantes.

2.2.3. Un tercer tipo de explicación teórica corresponde a la explicación causal reductiva (*réductive*); se recurre a entidades teóricas, a menudo inobservadas e inferidas, que sostienen o "explican" los fenómenos observados. Se habla en este caso de "mente", de "proceso cognitivo", de "mediación", de "construcciones hipotéticas", de "procesos neurológicos de excitación e inhibición", etc. Es entonces cuando aparece de nuevo el aspecto intuitivo de la causalidad, en términos de entidades actuando sobre otras entidades.

Hay que señalar que estos tipos de causalidad no son mutuamente excluyentes y que, en diferentes partes de una misma teoría, pueden aparecer los distintos tipos reseñados. La división de la explicación en tipos no supone que un tipo sea intrínsecamente superior a otro. Es notable la ambivalencia de los conductistas frente a la explicación teórica causal reductiva (la que implica entidades distintas de los fenómenos que deben ser explicados), en comparación con la aceptación de las explicaciones teóricas integrativas, que no se basan en entidades de nivel distinto, pero que intentan explicar a través de leyes o de sistemas formales abstractos. La tabla 1 presenta estos tres tipos de explicaciones y sitúa a algunos conductista

ESTA AMBIVALENCIA FRENTE A LA EXPLICACIÓN TEÓRICA CAUSAL REDUCTIVA ES IMPORTANTE ENTRE LOS CONDUCTISTAS. CIERTO NUMERO DE FILÓSOFOS Y DE PSICÓLOGOS LA HAN PUESTO DE RELIEVE Y SE LA HAN REPROCHADO AL CONDUCTISMO. PARA ENTENDER LA NATURALEZA DEL CONDUCTISMO ES NECESARIO ENTENDER LOS MOTIVOS DE ESTA AMBIVALENCIA

		Tableau I I CAUSALE MANIPULATOIRE Skinner, Watson, Guthrie	
EXPLICATION	EMPIRIQUE	II INTÉGRATIVE (Black-box) (variable intermédiaire)	III CAUSALE RÉDUCTIVE (entités théoriques) (construit hypothétique)
	THÉORIQUE	A. DESCRIPTIVE Skinner Hull Watson Guthrie	Guthrie
		B. DÉDUCTIVE-SYSTÉMATIQUE (formel-abstraite) Hull Suppes	Hull Tolman

### 2.3.

### EL ESTATUS ONTOLÓGICO DE LA ENTIDAD TEÓRICA

Ciertos filósofos han acusado al conductismo del hecho de no querer invocar, para explicar la conducta, entidades teóricas, estructuras o procesos internos que no pueden ser reducidos a conducta. Fodor (1968) ha, incluso, definido el conductismo como una teoría que sólo acepta conceptos explicativos que pueden ser definidos en términos de conductas. Por su parte, Hempel (1965) ha presentado este aspecto del conductismo como un ejemplo del "dilema del teórico".

2.3.1. Es falso afirmar que el conductismo rechaza los conceptos teóricos que no pueden ser reducidos a conductas. Para explicar la conducta, Weiss utiliza conceptos teóricos físicos (partículas eléctricas cargadas positiva o negativamente atrayéndose o repeliéndose). El conductismo de Weiss, que se acompaña del materialismo monista más radical que ha conocido la psicología conductista, intenta construir un edificio teórico deductivo a partir de las nociones de la física atómica de su época. Seguramente no se puede demostrar que la noción de partícula atómica pueden ser reducida a conducta. Lo que Weiss intenta realizar es lo contrario: Demostrar que la conducta y sus leyes son reductibles a nociones física. Por otro lado, todos los conductistas han admitido que la conducta posee un substrato biológico y que una teoría completa de la conducta deberá implicar conceptos teóricos biológicos. Obviamente, tales conceptos no son reductibles a conducta y poseen un estatus ontológico independiente de ella.

Pero los conductistas se han mostrado ambivalentes frente a los conceptos teóricos biológicos. Watson, Tolman, Kantor y Hull afirman que la explicación de la conducta puede y debe ser efectuada desde una perspectiva no biológica. Tal aserción resulta de distintos factores. Así, Kantor (1947, 1971) acusa a las teorías neurobiológicas de ser dualistas y emplear conceptos que perpetúan el mentalismo tradicional. Para dicho autor, esta neurobiología es inadecuada para la explicación de la conducta. Es preciso crear teorías neurobiológicas no dualistas. Sólo estas nuevas teorías podrán ser utilizadas en la explicación de la conducta. Para los otros teóricos, lo que parece justificar la ambivalencia es la opinión implícita de que el uso de conceptos teóricos biológicos comportaría finalmente la desaparición de la psicología (este tipo de argumento es esgrimido a menudo por los antirreduccionistas). Ahora bien, para el conductista, la conducta es importante por sí misma, su estudio es un objetivo en sí y no un medio para alcanzar una realidad distinta, biológica o mental. Además existe un nivel de explicación de la conducta que es puramente psicológico (*i.e.*, en términos de interacción S—Op—R) y que no se apoya en conceptos biológicos (se trata de teorías integrativas). Ante los ojos de estos autores, la utilización de conceptos teóricos biológicos podría conllevar la negación de la importancia intrínseca de la conducta o el rechazo de teorías puramente integrativas en favor de teorías causales reductivas. La ambivalencia a la que se ha hecho referencia aparece claramente en Watson cuando afirma, simultáneamente, que la formación de los psicólogos debería comprender estudios de

biología y que una teoría de la conducta puede ser formulada sin recurrir a conceptos biológicos.

Esta ambivalencia parece basarse en el presupuesto de que las teorías integrativas y las teorías causales reductivas son incompatibles, como si una teoría formal o una axiomática (que equivaldría aproximativamente a lo que llamamos aquí teoría integrativa) fuese convertida en inútil por su modelo teórico interpretativo (que equivaldría a la teoría causal reductiva correspondiente). Dichos teóricos creen (de forma equivocada, a nuestro entender) que los conceptos químicos son "reducibles" a conceptos físicos, los conceptos biológicos a conceptos químicos o físicos, y los conductuales a biológicos, químicos o físicos. Consecuentemente los conceptos químicos deben desaparecer en pro de los conceptos físicos, los conceptos biológicos a favor de los químicos y los conductuales por los biológicos. Asimismo, extraen la consecuencia de que los fenómenos "reducidos" ya no presentarían ningún interés intrínseco, y la ciencia "reducida" desaparecería a favor de la ciencia "reductora". La ciencia "reducida" dejaría de existir: Sus conceptos, sus análisis y su objeto dejarían de ser válidos, deberían dejar de ser empleados, desarrollados o estudiados. La noción de reducción no es lo suficientemente clara como para justificar tal temor. Y la observación de otras ciencias como la química o la astronomía, que utilizan un buen número de conceptos teóricos puramente físicos, demuestra que la química y la astronomía todavía existen, que los que las practican no se encuentran en el paro, que se siguen formando estudiantes en estas disciplinas.

Así pues, esta ambivalencia frente a la explicación biológica, que constituiría una amenaza para el valor intrínseco de la noción de conducta o la validez de las teorías conductistas integrativas, parece injustificada. Sin embargo, puede ser entendida como una afirmación de la importancia intrínseca de la conducta respecto a los cambios biológicos, esto es, del aspecto molar respecto al aspecto molecular, del organismo—p respecto al organismo—b.

En parte, ello también explica por qué puede acusarse, sin razón, a los teóricos conductistas de rechazar los conceptos teóricos que no pueden ser reducidos a conductas.

No obstante, a pesar de esta ambivalencia, no cuesta demasiado encontrar en cualquier teórico conductista la afirmación de la importancia de los conceptos teóricos biológicos. Skinner, quizás el autor que menos ha utilizado tales conceptos, se niega a hacer teoría porque, para él, una teoría de la conducta es o bien mentalista o bien biológica (*i.e.*, causal reductiva). La primera es ilusoria. La segunda es legítima; pero considera que no es esa la tarea del psicólogo en tanto que tal psicólogo. Skinner parece considerar que la única explicación válida de la conducta para el psicólogo o bien es causal manipulativa ("*Schedules of reinforcement*") o integrativa ("*The behavior of organisms*").

Por otro lado, la teoría de Hebb es el ejemplo más evidente de una teoría conductista basada en entidades teóricas biológicas. Sus conjuntos celulares son postulados a partir de datos conductuales y no a partir de observaciones neurofisiológicas. De hecho, Hebb habla del "*conceptual nervous system*". Y su modelo ha sido examinado (y corregido) por Milner a través de simulaciones más que a través de observaciones neurofisiológicas. Otra teoría que implica entidades teóricas biológicas es la de Pavlov. Hasta tal punto esto es así que se ha calificado de pseudo-fisiológicas a las teorías de Hebb y de Pavlov. Por todo ello resulta equivocado concluir que los conductistas no utilizan entidades o conceptos teóricos que no pueden ser reducidos a conducta.

2.3.2. La principal razón por la que se acusa a los psicólogos conductistas de rechazar el uso de conceptos teóricos no reductibles a conducta reside en su determinación de

no utilizar entidades o conceptos teóricos mentalistas. Si la acusación es inexacta, su justificación, en este caso, es legítima: El psicólogo conductista no emplea en su teoría entidades explicativas o conceptos mentales. ¿Por qué?

2.3.2.1. Una primera razón de este rechazo reside en la tesis conductista que excluye este tipo de explicación por definición. Pero esta razón no es demasiado interesante.

2.3.2.2. *Ignotum per ignotius*

Una segunda razón consiste en el hecho de que los conceptos mentalistas resultan a menudo más oscuros que los fenómenos que se supone que deben explicar. Burt (1954), hablando del físico y químico Robert Boyle, afirma que, según éste, el recurso a entidades misteriosas no constituye una explicación satisfactoria. Explicar un fenómeno es deducirlo de otro fenómeno de la naturaleza mejor comprendido o conocido que el fenómeno que se trata de explicar. Burt cita a Boyle: "...*The phenomena I strive to explicate may be solved mechanically, that is by mechanical affections of matter, without recourse to nature's abhorrence of a vacuum, to substantial form, or to other incorporeal creatures.*" (Burt, 1954, p.179).

Consecuentemente, la actitud del conductista de rechazar, para explicar las conductas, la invocación de fenómenos cuya naturaleza es oscura y cuyo estatus es dudoso, no tiene nada de excéntrica. Si hay un punto en el que tiene razón, y la historia de la filosofía y de la psicología lo demuestra ampliamente, es el de poner de relieve la obscuridad de la noción de "entidades" o "procesos mentales". Y si bien es cierto que no se ha demostrado que tales entidades o procesos mentales no existan o no sean la causa de la conducta, no es menos cierto que la explicación causal reductiva no vale más que lo que vale la entidad explicativa; sólo es clara en la medida en que es clara la naturaleza (o las propiedades) de la entidad causal explicativa. Y aquí ha radicado siempre la gran debilidad de la explicación mentalista tradicional: La naturaleza y las propiedades de las entidades o procesos mentales han sido siempre oscuras.

2.3.2.3. Un argumento que suele invocarse para justificar la existencia de entidades mentales es el papel teórico de tales entidades. Así, en física y en biología, por ejemplo, para explicar ciertos fenómenos (o relaciones entre fenómenos) observados, los teóricos postulan la existencia de ciertas entidades, v.g., genes, partículas elementales, etc. Dichas entidades son calificadas de "teóricas" a causa de su papel de explicación causal en una teoría, y porque son inobservadas. (Pero son, en cierto modo, observables. En principio, su inaccesibilidad a la observación pública es de un orden distinto al de las entidades mentales, las cuales son o bien totalmente inobservables de forma pública o bien observables privadamente por su "propietario".) A estas entidades, se les concedería las propiedades o características necesarias para cumplir con su misión explicativa. Sin embargo, no existen criterios observacionales necesarios y suficientes para la definición de tales entidades, por lo que no pueden ser reducidas lógicamente o empíricamente a dichos criterios. El estatus ontológico de la entidad es, pues, independiente del de los fenómenos observados que trata de explicar o que le sirven de índices.

Según ciertos mentalistas<sup>14</sup>, las entidades mentales serían de ese tipo. Se hallan justificadas por su papel teórico y son defendibles en la medida en que la teoría en la que aparecen "explica" los fenómenos observados (no nos preguntaremos si la teoría mentalista explica realmente, ni qué fenómenos observados explica). La validez de la teoría garantiza la



validez de la entidad. Sussman (1975) ha dirigido una crítica a esta interpretación mentalista. Pero la crítica del conductista se sitúa en un plano diferente.

Cuando el físico o el biólogo postulan entidades teóricas, éstas poseen el mismo estatus ontológico (físico o biológico) que las entidades observadas. Son, a menudo, constituyentes o elementos de las entidades observadas. Pero cuando ciertos psicólogos mentalistas tradicionales hablan de entidades mentales, se refieren a sensaciones, sentimientos, mente, conciencia, ideas, etc. El estatus ontológico de estas entidades es radicalmente distinto del estatus de las entidades observadas que tratan de explicar o que les sirven de índices (v.g., las conductas). En el mentalismo tradicional la naturaleza, así como la existencia de la entidad mental, son esencialmente distintas de las de las entidades físicas, biológicas o conductuales. Establecido esto, es ya difícilmente admisible la analogía entre la entidad mental y la entidad teórica tal y como se practica en el ámbito de la ciencia. Y ello porque las entidades teóricas invocadas en el ámbito de la ciencia se sitúan sobre el mismo plano ontológico que los fenómenos que ellas explican (y de los que son a menudo, de hecho, constituyentes elementales). Pero la entidad mental tradicional no es un constituyente elemental de la conducta, ni un tipo de relación entre el organismo, sus conductas y su entorno. Se sitúa en un plano distinto, "superior", trascendente. Por lo tanto, la entidad teórica mental reviste, respecto de los fenómenos conductuales y fisiológicos que pretende explicar, un estatus ontológico diferente del que presenta la entidad teórica física respecto a los fenómenos físicos observados. Y es por ello que la observabilidad o la inobservabilidad de las entidades mentales difiere de la de las entidades teóricas físicas o biológicas.

2.3.2.4. Ahora bien, probablemente esta última objeción no sería aplicable a la postura de Fodor y de Putnam. Sólo es válida para el mentalista tradicional que supone la existencia de una substancia espiritual diferente de la materia. Y tal no es el postulado de Fodor y de Putnam.

Bajo la influencia de Chomsky, Fodor ha reformulado la postura mentalista. Hanson (1962) ha afirmado que la física contemporánea ha desmaterializado la materia; Fodor, por su parte, parece desmentalizar la mente. Ésta ya no sería, *a priori*, una substancia inmaterial; más bien sería un principio de funcionamiento biológico rigiendo las conductas. En cierto modo, esta postura no es novedosa, pues se acerca a la de Aristóteles, según el cual, el alma y el cuerpo no son substancias separadas. Difiere, sin embargo, del mentalismo dualista tradicional. Se podría entonces reprochar a Fodor o a Putnam la utilización de los vocablos "mente", "fenómenos", "estructuras" o "procesos mentales" en un sentido distinto del sentido usual de hoy en día. Pero tal reproche no puede ser formulado por un conductista, puesto que demasiados conductistas, empezando por Pieron, han utilizado un vocabulario mentalista rehusando su connotación dualista tradicional y reinterpretándolo funcionalmente, conductualmente o fisiológicamente.

El mentalismo de Fodor y de Putnam difiere igualmente del mentalismo tradicional por su justificación en términos teóricos (véase el capítulo anterior).

Pero la postura de Fodor y de Putnam, que podría calificarse de mentalismo materialista o de materialismo funcional, difiere igualmente del materialismo tradicional en el sentido de que los procesos mentales, aun siendo "materiales", no son reductibles o equivalentes a procesos fisiológicos. Fodor (1975) utiliza la analogía del *hardware* y del *software* en el ordenador. Los procesos lógicos del ordenador no son reductibles a los procesos electrónicos del mismo. Diferentes estructuras físicas pueden realizar las mismas operaciones lógicas. El argumento se parece al de la diferencia entre la estructura de un órgano y su función biológica. En diversas especies animales, órganos de anatomías y de

histologías distintas pueden desarrollar funciones idénticas, v.g., visión, respiración, circulación, digestión. Asimismo, un motor puede ser construido de diferentes modos, funcionar con electricidad, gasolina o vapor. Un reloj puede ser mecánico, electrónico, solar...

En consecuencia, la explicación de Fodor y de Putnam es funcional. Y, por lo tanto, aparece sujeta a las ambigüedades propias de las explicaciones funcionales (v.g., Nagel, 1961; Canfield, 1963; Becker, 1968). No es que la explicación funcional sea condenada por los conductistas; al contrario, muchos conceptos conductistas son funcionales. Pero el peligro de la explicación funcional reside en la posibilidad de caer en una concepción sustancialista de la función. Y tal es en lo que parecen haber caído Fodor y Putnam. La entidad mental funcional parece poseer una existencia propia y activa. Dado que los autores en cuestión le atribuyen un papel de explicación causal -como a la partícula elemental o a la molécula de ADN- en vez de considerarla un mero descriptor de la relación entre ciertos fenómenos implicados en la función, ¿no se sustancializa la función? (v.g., el Motor, el Reloj, la Inteligencia, la Digestión, la Emoción, etc.), ¿no se retrocede hacia las formas platónicas?

2.3.2.5. Lo que es mental para Fodor y Putnam son las funciones, procesos o estructuras. Y ellos gobiernan la conducta. Pero, ¿qué significa la palabra "gobiernan"? Esta pregunta es importante, puesto que es este "gobierno interno" de la conducta el que quieren estudiar los psicólogo cognitivistas, mentalistas o no. Y, contrariamente a las pretensiones de ciertos filósofos (Louch, 1969; Malcolm, 1971), la validez teórica de la psicología "cognitiva" es incontestable, incluso para el conductismo. Pero éste tiene derecho a preguntar cuál es la naturaleza de estas estructuras o procesos internos. La respuesta puede revestir, al menos, alguna de las formas siguientes:

a) El proceso interno es lo que sucede "realmente" en el organismo entre el "estímulo" y la "respuesta". (Hablaemos, en este caso, de PI1).

b) El proceso interno es el modelo teórico formal o abstracto que, para un organismo, dado el "estímulo", permite predecir la "respuesta", o, dada la "respuesta", permite inferir el "estímulo". (Hablaemos, en este caso, de PI2).

Para el conductista, en el primer caso (PI1), el proceso interno es biológico, posee una realidad "material", biológica y no "mental", independiente del estímulo y de la respuesta. Su estudio es biológico o psicobiológico.

En el segundo caso (PI2), el mecanismo, estructura o proceso interno no es estudiado realmente (en el sentido en que se estudia una célula biológica); sino que es construido para explicar e integrar datos empíricos. Afirmar que se estudia el (PI2) es una metáfora que significa que se construye, se analiza, se "examina" una teoría psicológica. El PI2 no indica nada, o muy poco, acerca de la naturaleza del PI1. En este sentido Fodor lo ha entendido perfectamente cuando critica el reduccionismo fisiológico de las "estructuras" o los "procesos" psicológicos.

El mecanismo interno (PI2) sólo tiene derecho a su existencia (y a nuestro interés) a través y en función de los datos conductuales empíricos que explica. Si tal PI2 no corresponde a dichos datos, debe ser rechazado. Sin embargo, no se puede hacer lo mismo con PI1. Aún en el caso en que no se vea ninguna relación entre PI1 y los datos conductuales, no se le puede rechazar, puesto que posee una "existencia" autónoma, independiente de los datos del psicólogo, cosa que no se cumple para PI2.

Cuando se habla de una estructura o de un proceso interno PI1, se tiene derecho a exigir que sea directamente observable. PI2 no tiene por qué responder a esta exigencia, pero debe responder a la exigencia de correspondencia respecto a los datos empíricos que explica o predice.

Puede buscarse una correspondencia entre PI1 y PI2. Idealmente, ello debería ser así. Pero la no-correspondencia es aceptable puesto que los dos tipos de procesos no poseen el mismo estatus "epistemológico" u ontológico: PI1 es un objeto "material" de estudio; PI2 es una construcción formal, abstracta. PI1 constituye el punto de partida de una ciencia (la biología); PI2 constituye el punto de llegada de otra ciencia (la psicología). El primero es algo dado; el segundo es construido. El primero está por explicar; el segundo constituye una explicación.

En este sentido, el conductista puede afirmar que la estructura de la mente (siendo ésta una teoría de la conducta) no es más que la estructura de la conducta. Nada más que esto. La mente, en tanto que mecanismo, estructura o proceso mental (PI2) explicativo sólo tiene existencia en la conducta o en la relación S—O—R. Sobre este particular Bourne (1969) insiste al afirmar que las estructuras o procesos mentales (PI2) no se hallan en el individuo (para hallarse en el individuo debería ser biológicos, *i.e.*, PI1), sino en la configuración de las conductas; esto es, en las relaciones entre estas conductas, el organismo y las situaciones.

A pesar de sus idiosincrasias, (*v.g.*, su postura respecto al reduccionismo fisiológico, que se parece a la de Kantor en su rechazo a trasladar al cerebro los poderes y el papel de la mente), el artículo de Bourne constituye una de las exposiciones más brillantes del conductismo cognitivista. Vale la pena leer la reacción de Newell consecutiva a este artículo. Newell, en su defensa de los procesos internos, confunde PI1 y PI2 por un lado, puesto que justifica PI2 a través de la presencia de PI1 (p.200), el cual no es nunca definido, observado y medido; mientras que ofrece inmediatamente después otra justificación, en términos de "*sufficiency analysis*", justificación sin embargo adecuada a PI2. Por otro lado, Newell, como otros participantes en la discusión general que se produce, parece substancializar PI2. Dicho PI2 es independiente de toda característica fisiológica, pero, sin embargo, existe "en el interior del organismo", siendo antecedente y causa de la conducta sin ser "reductible" a ella. Oponiéndose a esta substancialización de PI2, Louch (1969) y Malcolm (1971) tienen razón frente a una cierta psicología cognitiva; pero se equivocan cuando se oponen a toda posibilidad de psicología cognitiva no mentalista, *i.e.*, no identificando las operaciones formales o abstractas con entidades mentales substanciales. Esta identificación implícita, típica de buen número de teóricos del procesamiento de información, es una forma contemporánea de mentalismo. Newell la justifica por su carácter heurístico. La oposición entre Bourne y Newell caracteriza lo que Popper (1965) denomina "el dilema del teórico".

#### 2.4. EL DILEMA DEL TEÓRICO

El dilema del teórico (Popper, 1965; Tuomela, 1973) es particularmente interesante por distintas razones. En primer lugar, para presentarlo, Hempel cita a Hull y Skinner. De hecho, el "dilema del teórico" sirve, a estos autores, para afirmar la autonomía de la psicología conductista frente a la reducción mentalista o biológica, así como el valor intrínseco de la explicación integrativa respecto a la interpretación causal reductiva (capítulos 2.2.2 y 2.2.3). En segundo lugar, el "dilema" es interesante puesto que el análisis que de él realizan Hempel y Tuomela denota una incomprensión de la postura de Hull y de Skinner.

Pero expongamos primero la naturaleza del dilema:

- 1) El objetivo de los conceptos teóricos y de los principios generales de una teoría científica consiste en establecer relaciones determinadas entre los fenómenos observados.
- 2) Los conceptos teóricos cumplen o no cumplen con su misión.
- 3a) Si la cumplen, establecen relaciones entre los fenómenos observados.
- 3b) Pero, si la cumplen, son redundantes, puesto que las mismas relaciones pueden ser formuladas, sin recurso a tales conceptos teóricos, por leyes empíricas que relacionen directamente los fenómenos en cuestión.
- 3c) Así pues, los conceptos teóricos no son necesarios.
- 4) Si no la cumplen, es evidente que no son necesarios.
- 5) Luego los conceptos teóricos no son necesarios para el establecimiento de estas relaciones.

No discutiremos la validez del argumento (formalmente parece válido, aunque pueda impugnarse la primera premisa). Tampoco entraremos en la formulación del apartado 3b) a la luz del teorema de Craig o del principio de eliminabilidad de Ramsey. No discutamos tampoco la justificación que Hempel o Tuomela aportan de los conceptos teóricos. En efecto, nada de ello resulta pertinente en este contexto. El dilema del teórico nos interesa a causa de la luz que puede arrojar sobre el conductismo.

¿Por qué Hull y Skinner, tan opuestos, por otro lado, respecto del papel y la utilidad de las teorías, han formulado este dilema? Esta es la pregunta que nos interesa. Podría decirse que es porque son unos positivistas enfusados, unos empiristas "empedernidos" o unos fenomenalistas machianos. Pero tal explicación es insuficiente. El conductista más favorable al operacionalismo y al fenomenalismo machiano es Tolman; y, no obstante, no parece aceptar en ningún momento el valor del dilema.

Examinemos, en primer lugar, ciertos pre-supuestos del dilema. Un primer pre-supuesto es que existen teorías científicas adecuadas a la conducta. Pero ello resulta extremadamente discutible por lo que se refiere a las teorías actuales, y lo era aún más en la época en que Hull (1943) y Skinner (1949) señalaban el dilema. No se trata, pues, de que Skinner o Hull quisieran reafirmar su positivismo frente a una teoría rival. Un segundo pre-supuesto es que se puede, "empíricamente", afirmar lo mismo que afirma una teoría. Mas, ¿de qué teorías se trata? Las teorías a las que se hallan irreductiblemente enfrentados son teorías mentalistas. Pero parece dudoso que sostengan (o incluso que se interesen en) poder afirmar empíricamente aquello que pueden afirmar tales teorías. La diferencia entre sus propios enfoques y dichas teorías es demasiado grande como para atribuirles tal intención. (Sin embargo, esta postura es casi la de Tolman, quien, como hemos indicado, no otorga ningún valor al dilema).

Para entender por qué ciertos conductistas formularon el dilema del teórico hay que buscar las razones en otro lugar, en la posibilidad de formular una ciencia autónoma de la conducta.

¿Son las conductas explicables? ¿Tienen una causa, una razón? Si se responde negativamente a estas interrogaciones es difícil concebir la existencia de una ciencia que las

prediga y las controle. Ahora bien, casi todo el mundo acepta que las conductas son explicables, sea cual fuere la postura filosófica que se adopte.

Las conductas no son el fruto del azar. Existen relaciones entre ellas, el organismo que las emite y la situación. El hombre de la calle, al igual que el mentalista, lo admiten. Ambos poseen sus propias teorías de la conducta. Ahora bien, si se admite la posibilidad de teorías de la conducta, sean cuales fueren su validez y su naturaleza, se admite de hecho la existencia de tales relaciones. Y son justamente éstas las relaciones que nos importan. La primera justificación del dilema es que se reconoce la existencia de las relaciones (puesto que se admite la posibilidad de teorías). Sin esta existencia toda ciencia de la conducta resulta imposible por definición.

Pero ello no basta. En caso contrario, el argumento no iría más allá de la premisa 1. ¿Por qué persistir en rechazar al mismo tiempo la necesidad de conceptos teóricos? ¿Para invalidar las teorías mentalistas? Tal no es el efecto del argumento, puesto que no invalida una teoría; la convierte en innecesaria sin impugnar su validez. Es cierto que Hull y Skinner son contrarios a las teorías mentalistas, pero sus argumentos contra las teorías mentalistas presentan, en general, poca relación con el dilema (aunque Skinner habla de la inaccesibilidad de las "*mental way station*"). Parece mucho más probable que el dilema sea esgrimido contra un reduccionismo fisiológico radical; reduccionismo que comportaría efectos negativos para los conductistas. En primer lugar, provocaría la conversión de psicólogos en biólogos. En segundo lugar, y sobre todo, haría desaparecer la noción de conducta. Puesto que, recordémoslo, si la conducta es un fenómeno biológico, sólo es conducta en la medida en que este fenómeno es puesto en relación con el entorno del organismo. Y no existen en la actualidad modelos biológicos que puedan incluir los tipos de relación que interesan a los conductistas. Pero, en este caso, ¿por qué no convertirse en biólogo y desarrollar tales modelos? Es lo que van a intentar ciertos conductistas, como Lashley y Hebb. Ahora bien, Hull y Skinner rechazarán esta solución (totalmente legítima) para afirmar (lo cual es igualmente válido y más acorde con el conductismo) la existencia de un nivel de leyes puramente psicológicas y conductuales (la explicación teórica integrativa S-Op-R).

Completando el argumento, Skinner y Hull matan tres pájaros de un tiro: Admiten que la explicación causal reductiva (*i.e.*, biológica) de la conducta es posible; afirman luego la autonomía conceptual de una psicología conductista preservando la validez de este nivel de análisis; en fin, (y es aquí donde el análisis realizado por Hempel y Tuomela de su formulación del dilema parece "desconectar"), no consideran que las dos teorías, integrativa conductista y causal reductiva biológica, sean equivalentes, esto es, signifiquen lo mismo. (Recordemos que los conductistas han adoptado diferentes posturas con respecto a la relación entre biología y psicología y, especialmente, respecto a la naturaleza de la posible reducción).

### 3. CONDUCTISMO Y FILOSOFÍA

Durante mucho tiempo la psicología fue un sector de la filosofía. Por consiguiente, revistió los pre-supuestos metafísicos, epistemológicos, éticos o teológicos de la filosofía, sirviendo de soporte a tales pre-supuestos. Wundt quiso hacer de ella una ciencia independiente. Pero nadie, ni siquiera el mismo Wundt, se libró fácilmente de la influencia de su formación cultural. Así, en muchos conductistas se observan posturas filosóficas ajenas al conductismo. Y es importante, contra Skinner (1974), no confundir el conductismo con dichas posturas.

En esta tercera parte, examinaremos las relaciones entre el conductismo y ciertas posturas filosóficas. En primer lugar, situaremos el conductismo con respecto a ciertas

filosofías de la mente y, luego, con respecto a ciertas filosofías de la ciencia. Finalmente, concluiremos centrándonos en la interacción entre la filosofía y el conductismo.

### 3.1. CONDUCTISMO Y PSICOLOGÍA FILOSÓFICA

No se trata de realizar aquí una exposición exhaustiva y detallada de las diferentes teorías filosóficas<sup>15</sup> que existen respecto a la noción de mente o a la psicología.

Todo intento de clasificación es arbitrario y relativo a los criterios de clasificación. Por ello, pueden ser confundidas posturas que difieren sensiblemente respecto a otros puntos que no sean los criterios en cuestión. Así pues, repitémoslo, la siguiente presentación no constituye en modo alguno una exposición de la psicología filosófica; su único objetivo es facilitar una mejor comprensión del conductismo, y, si es posible, hacer desaparecer ciertas confusiones al respecto. Reagruparemos, por lo tanto, estas teorías en dos grandes categorías: Las que son compatibles con el conductismo y las que no lo son.

#### 3.1.1. Posturas compatibles

Existen, en psicología filosófica, varias posturas compatibles con el conductismo. Las podemos reagrupar en dos clases, según su reacción al problema tradicional del alma y el cuerpo: las monistas y las dualistas.

Existen varios tipos de monismos: el materialismo, el idealismo, las teorías del doble aspecto o de la persona y los monismos neutros.

Se pueden identificar numerosas variedades de materialismo, que pueden reagruparse, a su vez, en dos sub-categorías: eliminador o reductor. Ambas sub-categorías rechazan la existencia de entidades o fenómenos mentales "autónomos". Pero difieren en su postura respecto al vocabulario mentalista. Según el materialismo eliminador, tal vocabulario es inútil y puede ser eliminado a favor de un vocabulario no mentalista. Dicha eliminación no comporta ninguna pérdida (a no ser la de ilusiones o quimeras), puesto que el vocabulario no se refiere a ningún estado, entidad, fenómeno o propiedad, ya sea mental o de otro tipo. En el materialismo reductor, el vocabulario tiene referentes reales, designa algo específico, pero este algo no es mental.

El materialismo eliminador clásico, metafísico, es el que niega la existencia de cualquier otra entidad, propiedad, característica o fenómeno que no sean las entidades, propiedades, características o fenómenos materiales. Y es material todo lo que, por ejemplo, posee una extensión y una localización. El problema del materialismo clásico, el del siglo XVII en el ejemplo anterior, consiste en su definición de lo que es material. Uno puede preguntarse entonces si la física moderna tiene por objeto la materia. Pero tales definiciones tradicionales del objeto de las ciencias (como la vida, para la biología) participan de lo que hemos denominado anteriormente "geografía de lo imaginario" y constituyen una herencia histórica, hoy en día superada en buena medida en pro de nuevos materialismos metafísicos. No concederemos demasiada importancia a tales formas de materialismo, cuyas preocupaciones son mucho más metafísicas que psicológicas. Hay que recalcar que las preocupaciones del conductismo son únicamente psicológicas. Este último no tiene nada que decir respecto a la existencia o la no existencia de entidades inmateriales que podrían ser ángeles o demonios, habitar otro tipo de universo o ser Formas puras. Tales cuestiones no incumben a la psicología. Sin embargo, ello no ha impedido a ciertos psicólogos conductistas (v.g., Weis), adoptar un materialismo metafísico. Pero esta adopción es función de otros factores.

En el materialismo eliminador psicológico moderno, pueden distinguirse, por lo menos, tres posturas<sup>16</sup>. Estas tres posturas se hallan relacionadas con el desarrollo de la filosofía analítica: El conductismo analítico o fisicalista (Carnap, Neurath), el conductismo de Ryle y el conductismo criteriológico (Wittgenstein). Existen diferencias entre estas variedades de conductismo filosófico. Pero las tres admiten que el uso de un vocabulario mentalista "responde" a criterios físicos o conductuales. Es en este sentido en el que puede afirmarse que ciertos términos mentales no se refieren más que a conductas. No es que quien los usa los identifique con conductas, sino que su criterio de utilización es conductual o físico. Esto constituye una simplificación, quizás exagerada, de dichas posturas; pero admitamos, para los fines de la presente discusión, tal simplificación. En su forma más cruda, y errónea, dicha descripción del conductismo filosófico equivale a afirmar que el vocabulario mental "se refiere" a conductas. Fodor (1968) define el conductismo de la siguiente manera: A cada predicado mental empleado en una aplicación psicológica debe corresponder lógicamente, por lo menos, una descripción de conducta<sup>17</sup>.

Existen semejanzas entre el conductismo filosófico y el de los psicólogos. Los dos conceden una importancia fundamental a la conducta (aunque no la definan forzosamente de la misma manera). Además, ambos presentan una actitud crítica respecto a la psicología mentalista tradicional. La postura de Skinner implica un conductismo filosófico.

A pesar de todo, aparecen diferencias importantes entre las posturas filosófica y psicológica. Para un buen número de psicólogos conductistas, la explicación filosófica parece artificial, "armchair", demasiado especulativa y meramente verbal. El conductismo psicológico no requiere la inexistencia de entidades mentales, el conductismo filosófico sí.

Además, las variedades ryleana y criteriológica parecen ser refractarias a una explicación científica en psicología (por ejemplo, en su negación de la posibilidad de una psicología cognitiva). Por otro lado, las dos posturas anteriormente citadas se oponen al conductismo psicológico respecto a la importancia teórica que debe concederse al "lenguaje ordinario": Hacen de él un criterio fundamental y determinante de la explicación, mientras que el psicólogo lo considera insuficiente y, a menudo, erróneo.

Contrariamente al materialismo eliminador, el materialismo reductor reconoce que el vocabulario mentalista posee referentes reales, pero que no son mentales. En función de la naturaleza de dichos referentes, se obtiene por lo menos dos tipos de reducción. La primera es biológica (*identity theory, central state materialism*). Se trata de la postura sostenida por Feigl, Smart, Place y otros. Los estados, acontecimientos o procesos mentales son idénticos a estados fisiológicos o neurofisiológicos. Lashley y Hebb parecen adoptar esta postura en ciertas ocasiones. (Recordemos, sin embargo, que una identificación tal de lo mental y lo fisiológico es criticada por Kantor, quien la considera como una oculta reminiscencia del mentalismo). El segundo tipo de reducción es funcional. Ya hemos hablado de él cuando hemos expuesto la postura de Fodor y de Putnam. Estos estados funcionales son considerados como entidades teóricas. Y se prestan fácilmente a una reificación mentalista. Si se rechaza esta reificación, el reduccionismo funcional parece ser más o menos aceptado por Broadbent quien, no obstante, no identifica la descripción funcional con los procesos internos que la sostienen, siendo éstos de orden biológico (Broadbent, 1973).

Así pues, el materialismo, bajo sus diferentes variedades, es compatible con el conductismo. En cierto modo puede afirmarse de este último que constituye un materialismo. Y ello no por ser metafísico, eliminador o reductor; sino porque su objeto de estudio, así como los conceptos explicativos (S—O—R) que utiliza, son puramente "materiales". Ahora bien, este "material" no es el del filósofo, sino el del físico, el del químico y el del biólogo<sup>18</sup>. De hecho, sería posible, sin dejar de ser conductista, rechazar las nociones filosóficas clásicas

del materialismo del mismo modo que se rechaza el mentalismo; la antítesis material-espiritual, material-mental es fruto de otras épocas, en las que la materia era inerte, pasiva, reactiva, mientras que la Vida, la que debía estudiar el biólogo, era de esencia diferente a la de la "Materia". La identificación conductista con el materialismo consiste en un rechazo de estas distinciones o diferencias clásicas más que en la afirmación de un materialismo filosófico. Y si ciertos conductistas, por distintos motivos, pueden preconizar filosofías materialistas, el conductismo, de por sí, no las implica en absoluto.

La postura del conductismo respecto a los otros monismos es mucho más ambigua, a menudo a causa de la propia ambigüedad de dichos monismos. No parece que haya existido ningún psicólogo conductista que defendiese una teoría del doble aspecto o un monismo neutro.

Existen igualmente dualismos compatibles con el conductismo: El epifenomenalismo, el paralelismo y el ocasionalismo. Eysenck (1972) se declara epifenomenalista<sup>19</sup>. Suponer la existencia de un "mundo mental" paralelo al de las conductas no tiene por qué ser incongruente. Y podría admitirse una psicología mentalista.

Pero para el conductista, la existencia de dicho mundo o de dicha psicología mentalista no es pertinente para el estudio de la conducta. Toda postura mentalista que no sostenga que la explicación, la predicción o la modificación de la conducta implica postular o recurrir a entidades o procesos mentales resulta compatible con el conductismo. Es compatible por la sencilla razón de que no es pertinente para su tarea. Y, como corolario, el conductismo del psicólogo es compatible con estas posturas puesto que, de por sí, y contrariamente al conductismo del filósofo, no afirma nada respecto a la existencia y la naturaleza de los procesos, estados o fenómenos mentales que estas teorías dualistas implican.

El conductismo no afirma ni niega la existencia de un mundo mental o espiritual; no supone tampoco que este último pueda o deba ser "reducido" a conductas, procesos fisiológicos o descripciones funcionales. Su éxito o su fracaso no depende del éxito o del fracaso en explicar, eliminar o reducir los conceptos mentales sino, por el contrario, del que tengas a la hora de explicar, predecir y controlar las conductas. Y ello parece incomprensible o inadmisibles para mucha gente. Las cuestiones, problemas y métodos de esta psicología son distintos e independientes lógicamente de los de la psicología mentalista tradicional. Es por ello que tantas posturas filosóficas resultan compatibles con el conductismo, incluso si tales posturas han sido formuladas para resolver problemas o responder a cuestiones de la psicología mentalista y no de la psicología de la conducta. Se puede ser conductista sin ser materialista, paralelista, epifenomenalista, etc. Y se puede ser materialista, paralelista, epifenomenalista sin ser conductista.

### 3.1.2. Posturas incompatibles

Existen, sin embargo, posturas filosóficas incompatibles con el conductismo, en la medida en que dichas posturas afirman que la explicación de la conducta necesita recurrir a entidades o procesos mentales.

3.1.2.1. La primera tarea consiste en definir qué es lo que se entiende por mentalismo. El mentalismo no consiste en el uso, dentro de la explicación teórica, de "conceptos abstractos" (¿cómo podrían no ser abstractos los conceptos?) o conceptos muy alejados de la conducta o de la biología. Es posible, sin convertirse por ello en mentalista y permaneciendo en los postulados conductistas, edificar una estructura teórica formal y compleja, incluyendo conceptos que no se refieren directamente a conductas sino a otros



conceptos teóricos. Pero se deja de ser conductista si se substancializa dichos conceptos teóricos, sin hacerlos corresponder con conductas o procesos fisiológicos. Repitémoslo, los modelos de procesamiento de información, por ejemplo, no son incompatibles con el conductismo, pero lo serán si las funciones u operaciones son substancializadas y no se identifican con procesos fisiológicos reales o no se considera que no hacen más que expresar una mera descripción de las relaciones S—O—R.

El mentalismo tampoco es simplemente lo contrario del conductismo o del materialismo. En desacuerdo con Fodor (1968, p.55), quien afirma que todo aquél que no es conductista es forzosamente mentalista, pensamos que una psicología puede revestir formas distintas a las del conductismo y del mentalismo.

Para definir la psicología mentalista, emplearemos el mismo método utilizado para definir el conductismo, a saber, precisar su objeto, objetivo, método y tesis.

a) El objeto de estudio de la psicología mentalista es o bien la experiencia vivida, o bien el pensamiento. Dicha experiencia vivida y dicho pensamiento pueden ser completamente independientes de la conducta. La conducta no es más que, en el mejor de los casos, un indicador indirecto e infiel de tales procesos. La experiencia vivida es lo que uno siente. Se trata de sentimientos, percepciones, emociones, etc. El pensamiento corresponde a la inteligencia, a la razón. La primera es normalmente consciente, la segunda no. La distinción es arbitraria, pero corresponde, en la práctica, a una diferenciación de las psicologías mentalistas (fenomenológicas vs. cognitivistas). Los filósofos y psicólogos han atribuido distintas características a los fenómenos mentales: Inmaterialidad, acceso privilegiado, "inmediatez", incorregibilidad, intencionalidad, conciencia, perceptibilidad, etc.

b) Su objetivo consiste en explicar la experiencia vivida o el pensamiento gracias a estructuras o procesos internos. Además, para ciertas psicologías mentalistas, explicar significa comprender, captar intuitivamente, en el sentido de "*verstehen*", por ejemplo. Tal comprensión puede ir acompañada de un sentimiento de iluminación (el *eureka* del *insight*), de claridad intelectual y de certeza subjetiva de la validez del conocimiento.

c) El método de verificación y de prueba se ha basado clásicamente en la introspección, la intuición y la empatía. Así, según ciertos autores, para alcanzar los procesos o sucesos mentales, hay que mirar lo que ocurre en nuestro interior. El mentalista, a no ser que niegue toda eventualidad de conocimiento directo de sí mismo, supone la posibilidad de una percepción interna (introspección) más o menos directa y completa de dichos fenómenos, estructuras o procesos mentales. Supone, igualmente, la autenticidad y la validez del producto de este método. Lo que ve en él, en su interior, existe realmente. Lo que afirma empíricamente o intuitivamente es cierto<sup>20</sup>. Tal método puede resultar más o menos fácil, o bien exigir una "formación" especial (como en el caso del estructuralismo de Titchener, la fenomenología o el psicoanálisis); pero, en cualquier caso, es posible. Este aspecto es capital. Implica que un individuo puede conocerse a sí mismo mejor que a los demás y mejor que los demás pueden conocerle a él. Si el individuo no puede conocerse directamente a través de la introspección o la intuición y no se encuentra en mejor situación que los demás, o si no puede conocer directamente a los demás a través de la empatía, entonces debe recurrir al estudio de las conductas, con todas sus vicisitudes y azares, puesto que las conductas no son más que, en el mejor de los casos, indicadores o índices infieles.

d) la tesis mentalista afirma: 1) existen procesos, estados, estructuras o sucesos internos; 2) los cuales, si bien son directamente perceptibles, lo son únicamente para el propio sujeto; 3) no son reductibles a procesos o estados fisiológicos ni equivalentes a interacciones o relaciones entre dichos estados; 4) son distintos e irreductibles a conductas o a relaciones S—O—R; 5) y constituyen la causa o la explicación necesaria de las conductas.

Hay que señalar que el objeto de la psicología mentalista no es pertinente para el conductista, pero no carece necesariamente de validez para otro tipo de psicología. Lo mismo puede afirmarse del objetivo y del método cuando se basan en la introspección, la intuición y la empatía. Respecto a la tesis mentalista tal y como ha sido expuesta más arriba, el conductista bien acepta el punto 1) como algo válido (siempre y cuando los procesos o estructuras sean de orden biológico) o considera los puntos 1), 2), 3) y 4) como extremos no pertinentes. En todo caso, rechaza la conjunción de todos estos enunciados con el punto 5). El problema reside en la introducción de esta causalidad en el ámbito de las conductas. Si no fuese por el enunciado 5), el mentalismo sería compatible con el conductismo. En efecto, el conductismo, salvo si es materialista en el terreno filosófico, no se opone a los procesos mentales en sí; sino que, más bien, le son indiferentes. Justamente por esta razón los dualismos paralelistas o epifenomenalistas son compatibles con el conductismo psicológico.

Existen varias clases de mentalismo según, entre otros criterios, que se incluya o no a las conductas, directamente y al mismo nivel que los fenómenos mentales como objeto de tal psicología, y según que se considere o no que la metodología conductual constituye el único medio para conocer los fenómenos, procesos o estados mentales.

La oposición conductista a la psicología mentalista varía según la forma de mentalismo adoptada y se explica por varios factores. Pueden citarse, entre otros, la devaluación, por parte del mentalismo, de la importancia del entorno (que se interioriza) apreciándose, además, un rechazado de la interacción del organismo, a través de sus conductas, con el entorno. El hombre mental parece a menudo un autista, perdido, aislado en sus pensamientos, indiferente respecto al mundo externo concreto.

Otro factor consiste en la dificultad de realizar una psicología mentalista coherente de los animales y la depreciación concomitante de la psicología animal. El mentalismo va a menudo a la par con un cierto narcisismo, en el que todo aquello que parece "disminuir" al hombre (se habla entonces de deshumanización, o, empleando la expresión de Koestler, de "ratomorfismo") es condenado en nombre de principios religiosos, éticos o metafísicos. Es preciso que el hombre siga siendo la cima de la creación o el sentido del universo. Puede aceptarse, más o menos, que la biología coloque al hombre entre los animales, pero que lo haga la psicología, ¡no!; es demasiado sacrilego.

Un tercer factor, quizás el más importante de todos, reside en lo que anteriormente he denominado el materialismo del conductismo (que no debe ser confundido con el materialismo eliminador conductista). Podrían señalarse aún otros factores, pero el conflicto entre las tesis de estas dos psicologías basta por sí solo para justificar esta oposición.

Finalmente, antes de terminar esta discusión, es crucial precisar que no debe confundirse psicología mentalista con psicología cognitiva. Los vocablos "cognición" y "cognitivo" resultan ambiguos<sup>21</sup> y pueden prestarse a definiciones diferentes. E, incluso si ciertos conductistas han rechazado la noción de cognición o de cognitivo, el conductismo, en cuanto tal, no se opone en absoluto a la posibilidad o a la validez de una psicología cognitiva, puesto que esta última no debe ser forzosamente mentalista. Así, varios conductistas (Tolman, Bourne, Premack, Broadbent) pretenden realizar una psicología cognitiva.

3.1.2.2. La principal postura filosófica mentalista incompatible<sup>22</sup> con el conductismo es el dualismo interactivo, puesto que afirma la necesidad de recurrir a conceptos mentalistas para la explicación de la conducta (o incluso de ciertos cambios fisiológicos). Hay que precisar que no se trata aquí necesariamente de conceptos del lenguaje común, sino de conceptos del lenguaje filosófico.

La otra postura incompatible es el idealismo, pero por motivos diferentes. La palabra idealismo comporta distintos sentidos. La variedad que nos interesa aquí es la que afirma que todo cuanto existe se da solamente en cuanto idea mental. Tal idealismo se nos presenta como una postura irreconciliable con el conductismo, puesto que el estatus del organismo, de las conductas y del entorno se convierte en problemático. En este sentido, por motivos metafísicos, el conductismo sería una imposibilidad o un puro juego de la mente. Sin embargo, por paradójico que parezca, podría quizás suponerse que una psicología conductista sería admisible por un idealista, a condición que éste acepte la física, la química y la biología como ciencias, y que se tenga presente que el objeto de la psicología conductista es la conducta y no los estados mentales, el pensamiento o la mente. Consideremos que en la mente existen ideas de mesa, de silla, de animal, de movimientos físicos, de cambios fisiológicos. Su existencia no es más que meramente mental. Supongamos que tales ideas puedan ser ordenadas en un todo o sistema coherente, que existen relaciones entre ellas y que dichas relaciones corresponden a las que describen las ciencias de la naturaleza, que existen también ideas de diversas conductas, que una descripción conductista de las conductas de un organismo y de su relación con el entorno corresponde también exactamente con las relaciones entre las ideas. En este sentido, y si el idealismo concede un cierto estatus a las ciencias de la naturaleza (las cuales no tendrían por objeto fenómenos exteriores a la mente sino solamente ciertas ideas de ésta), no veo por qué el idealismo debería rechazar *a priori* una ciencia de la conducta. Esta proposición es curiosa. Y sea cual fuere la postura del idealismo respecto al conductismo, es más que probable que los conductistas, por su parte, rechazen el idealismo, puesto que tal concepción de la mente no tiene sentido alguno para ellos, y que se inclinen, más bien, del lado de los realistas, de los naturalistas y de los materialistas.

### 3.2. CONDUCTISMO Y FILOSOFÍA DE LA CIENCIA

A menudo se ha atribuido al conductismo una cierta concepción de la ciencia: Objetivista, observacionista, positivista u operacionalista. Las afirmaciones de ciertos psicólogos, v.g., Hull, Skinner o Tolman, se prestan fácilmente a esta interpretación. Y se ha deducido de ello que la aparición de dicha psicología no es más que el resultado de esta concepción de la ciencia. Sin embargo, tal deducción me parece revelar una incomprensión del conductismo. No se trata de negar aquí que ciertas concepciones de la ciencia han influido sobre la psicología (aunque, de forma recíproca, concepciones psicológicas han influido también sobre ciertas concepciones de la ciencia), o que ciertos psicólogos, con el fin de justificar sus posturas, hayan recurrido a ellas. Se trata más bien de impugnar la idea de que el conductismo no es más que el resultado de dichas concepciones, de manera que, si las demoliéramos, el conductismo se encontraría sin justificación o sin razón de existir.

3.2.1. Consideremos, en primer lugar, el caso del observacionismo (o inductivismo). Según Peters (1951), esta postura supone que el objetivo de la ciencia es la colecta minuciosa de datos empíricos, seguida de prudentes generalizaciones que no van más allá de los datos (aunque parece difícil imaginar cómo se puede generalizar sin ir más allá de los datos). El método del investigador consiste en observar los acontecimientos de la naturaleza, en medirlos de manera precisa y fiable, en establecer correlaciones o leyes entre dichas medidas y, finalmente, en relacionar tales leyes bajo la forma de teorías. Por ende, en esta concepción, una ciencia se define por un objeto particular, del que parte, más que por un problema que la guía. Es evidente que tal concepción coincide con los textos metodológicos del conductismo.

Pero es igualmente evidente que coincide con todas las ciencias. En toda ciencia pueden encontrarse actividades que correspondan a esta concepción. Los físicos, los químicos, los biólogos, los astrónomos, etc. colectan datos, intentan establecer medidas precisas, formular leyes (¿generalizaciones prudentes?). Poseen igualmente objetos particulares y estas actividades no se hallan forzosamente reagrupadas en torno a un mismo "problema", (a no ser que se formule el problema de una manera muy trivial, por ejemplo: ¿cuál es la relación entre la luz, la electricidad, el magnetismo y las partículas elementales?).

Tal concepción de la ciencia no es falsa, y, contrariamente a lo que deja entender Peters (y Popper), corresponde a lo que la ciencia es, a lo que los investigadores hacen y a lo que deben hacer. El problema de esta concepción no es su falsedad, sino el que pudiera aparecer como incompleta al dejar de lado otros aspectos igualmente importantes del método científico. ¿Es así o no? No es esto lo que aquí interesa. Lo que importa es comprender por qué los conductistas, entre otros, han insistido en esta concepción.

Hay que recordar que, en el momento en que los conductistas aparecen en escena, la psicología es mentalista, pero tiende ya a convertirse en conductual. En efecto, incluso los psicólogos mentalistas que pretenden realizar una psicología científica adoptan, cada vez más, un enfoque conductual (*i.e.*, basado sobre la observación y el estudio de las conductas) de los problemas mentalistas. Lo hacen porque una metodología científica puramente mentalista se revela difícil, ambigua o incluso imposible. Es verdad que, para ellos, la importancia de la conducta se halla aún subordinada a la de las entidades mentales, causas de la conducta; pero, por lo menos, estudian la conducta.

Y, estudiándola, los psicólogos científicos, ya sean conductistas o mentalistas, empiezan a constatar que las interpretaciones mentalistas tradicionales de la conducta no concuerdan con los datos conductuales observados (v.g., Thorndike respecto a la inteligencia animal, la disciplina mental; La Pierre, en sociología, respecto a las actitudes, etc.). ¿Qué hacen entonces? Si es mentalista, el psicólogo puede reorganizar sus conceptos o, como será a menudo el caso, considerar que los datos no son pertinentes. Si es conductista, dirá que hay que olvidar los conceptos y las hipótesis mentalistas, observar las conductas, estudiarlas por sí mismas (cosa que no se había hecho demasiado en el pasado), sacar a la luz las interrelaciones con el entorno, y formular, a partir de ellas, leyes propias de la conducta (y no unas relacionadas con las cuestiones y problemas mentalistas). El fracaso de muchos conductistas proviene, justamente, de no haber rechazado de forma radical los conceptos mentalistas. Así, efectuaron una recolección de conductas en el marco de la psicología mentalista que en principio rechazaban. Además conservaban sus mismas divisiones (sensación, percepción, inteligencia, emoción, etc.); y, lo que es más curioso si se tiene en cuenta su supuesto ambientalismo, continuaban trabajando en los laboratorios creados por los mentalistas.

Habiéndose convertido, contrariamente a lo que sostenían, en conductistas metodológicos, no es de extrañar que Peters (1951) pueda afirmar de las obras de estos primeros conductistas que no consisten más que en una copia insatisfactoria de la psicología que rechazaban. Y no es suficientes con argüir, en contra de esta afirmación, que dichos autores proponían un enfoque observacionalista, puesto que este enfoque no lo llegaron a adoptar de hecho. Además el observacionalismo, sea o no sea una teoría adecuada de la ciencia, no constituye la razón de la aparición del conductismo<sup>23</sup>. El observacionalismo representaba para el conductismo, más bien, un medio para encontrar nuevos conceptos más adaptados a la tarea que quería llevar a cabo. El reproche que puede formularse hoy en día respecto de los primeros conductistas es justamente el de no haber sido, de hecho, observacionalistas. De haberlo sido, como lo fueron aquellos que pueden ser calificados de

verdaderos observacionistas de la conducta, a saber, los etólogos (que se sitúan en la tradición de los zoólogos naturalistas colectores de hechos sobre el terreno); hubiese podido aparecer una nueva psicología, como apareció la Etología. Uno puede leer, no sin cierta ironía amarga, de la pluma de Lorenz o de Tinbergen que la etología es la ciencia objetiva de las conductas. Y la amargura es tanto más grande cuanto sabemos que Pieron, e incluso Watson (véase Gray, 1971), iniciaron sus carreras realizando observaciones de tipo etológico. De esta forma, el error de los primeros conductistas fue el de intentar resolver (en un lenguaje conductista) problemas mentalistas antes que dedicarse a observar sistemáticamente las conductas en sí mismas y sin prejuicios mentalistas.

3.2.2. Examinemos a continuación la relación entre el conductismo y el positivismo. Se ha afirmado del primero que constituía la manifestación, en el ámbito de la psicología, del segundo. Y pueden invocarse para ello textos de Hull o de Tolman que se refieren a filosofías neo-positivistas. Skinner ha declarado que la lectura de Russell le empujó hacia el conductismo. En consecuencia, a primera vista, el argumento parece exacto.

No obstante, presenta ciertas dificultades. Cronológicamente, el conductismo aparece con anterioridad a la fundación del Círculo de Viena. Así pues, Watson no puede haber sido influido por él. En cambio, Carnap y Neurath, en sus primeros textos sobre psicología, mencionan de manera elogiosa el conductismo americano. Si uno se fiase de la cronología, sería más bien el conductismo quien habría influido sobre el neo-positivismo (cosa que yo no defiende, si por influencia se entiende el que uno sea producto del otro). Podríamos remontarnos más lejos, a Comte o a Mach, para encontrar una influencia positivista sobre el conductismo. Comte es demasiado lejano y parece más bien negar la posibilidad de una psicología científica antes que proponer un conductismo psicológico. Mach tiene el mérito de ser un autor más reciente y, sobre todo, de ser citado por Tolman. Desgraciadamente, el positivismo machiano es mentalista, fenomenalista. De hecho, los verdaderos herederos del positivismo son probablemente Wundt y Titchener, mucho más que los conductistas. Son ellos quienes quisieron construir una ciencia positiva de la mente, separada de la metafísica. Si el positivismo conduce al conductismo psicológico, ¿cómo explicar que tantos positivistas sean mentalistas?

Otra característica atribuida al positivismo es su rechazo a la metafísica. Sin embargo, ciertos conductistas, v.g., Weiss, adoptan una postura metafísica materialista.

El positivismo afirma igualmente que la ciencia constituye la única forma válida de conocimiento. Que ello haya agradado a numerosos conductistas no tiene nada de extraño. Esta afirmación les ha servido para luchar contra el mentalismo y su metodología. Del mismo modo hoy en día el nuevo mentalismo invoca la reciente filosofía antipositivista para combatir al conductismo. Es normal entre contrincantes. Mas no por ello hay que concluir que dichas posturas psicológicas se desprendan de la filosofía de la ciencia que han tomado tácticamente como aliada. Con frecuencia los psicólogos, conductistas o no, no han aprovechado todo lo que les pasaba entre las manos.

Una de las principales características del neo-positivismo es su criterio de verificabilidad. Se ha dejado entender que el conductismo, puesto que aceptaba este criterio, rechazaba ciertos conceptos por considerarlos inadmisibles. Ello me parece, una vez más, celebrar La Pascua antes de Ramos. El conductismo rechaza ciertos conceptos, no por contradecir el criterio de verificabilidad (recordemos que fue formulado después de la aparición del conductismo) sino por ser mentalistas. Aunque dichos conceptos fuesen verificables -no siéndolo en absoluto los tradicionales conceptos mentalistas- el conductismo seguiría rechazándolos por hallarse en contradicción con su postura teórica. La respuesta

fraccionaria anticipatoria de Hull (*rg* de Hull) parece muy poco verificable; sin embargo, los conductistas la han aceptado, puesto que concordaba perfectamente con la tesis. Pero ya hemos abordado suficientemente la posición conductista en relación con las entidades teóricas.

Se ha acusado igualmente a los conductistas de positivistas porque rechazaban los fenómenos inobservables. Pero, ¿han exigido los conductistas que todas las entidades teóricas sean observables? Parece que existe una cierta confusión al respecto. Por un lado, es cierto que los conductistas han rechazado ciertos conceptos mentalistas por ser inobservables, pero también han utilizado conceptos teóricos inobservables (Goss, 1961). Watson utiliza el concepto de "conducta encubierta". Del mismo modo, un número importante de conductistas recurre a la noción de "mediadores".

La dificultad reside en la noción de inobservabilidad. Se puede distinguir entre fenómenos observables y observados y fenómenos observables pero inobservados. Pueden distinguirse, igualmente, diferentes tipos de inobservabilidad. Ciertos fenómenos son técnicamente inobservables; pero el progreso de la técnica puede convertirlos un día en observables (*v.g.*, los microbios respecto al microscopio, la cara oculta de la luna, etc.). Por el contrario, otros fenómenos serían teóricamente inobservables. Por ejemplo, según ciertos filósofos de la ciencia, el átomo y las partículas elementales serían teóricamente inobservables. Podría suponerse que los conductistas aceptarían las entidades técnicamente inobservables y rechazarían las que lo son teóricamente. Sin embargo, Weiss construye su teoría sobre la noción de partículas físicas sub-atómicas, partículas que serían teóricamente inobservables según la opinión de ciertas filosofías de la ciencia. Así pues, algunos conductistas han admitido conceptos físicos teóricamente inobservables mientras que rechazan los conceptos mentalistas (en el sentido estricto) a causa de su "inobservabilidad".

¿No es ello contradictorio? Para entender este rechazo y eliminar la aparente contradicción basta con señalar que la inobservabilidad de ciertas entidades teóricas psicológicas es muy diferente de la de las entidades físicas. Esta diferencia reside en dos factores. El primer factor consiste en la diferencia de estatus ontológico entre la entidad mental y los fenómenos conductuales por ella explicados, diferencia que no existe en física. El segundo factor reside en una particularidad específica y paradójica de la inobservabilidad de los fenómenos mentales: Son inobservables para todos, salvo para su "poseedor". Las nociones de "*privacy*", de acceso privilegiado, etc., expresan esta particularidad, desconocida en el ámbito de las ciencias naturales. No disponemos de un acceso privilegiado a los átomos de nuestro propio cuerpo; acceso que no poseerían los demás, por el simple hecho de que dichos átomos son "nuestros".

Por lo tanto, hay que distinguir dos tipos de inobservabilidad teórica, la de la física y la del mentalismo. Los conductistas rechazan esta última. Y sería sorprendente que los físicos o los biólogos aceptaran tal tipo de inobservabilidad si les fuese propuesto en física o en biología. Reducir el conductismo a una clase de positivismo es, consecuentemente, un error y ello a pesar de la real y evidente simpatía de ciertos teóricos por esta filosofía.

Si el neo-positivismo ha ejercido alguna influencia real y original sobre el conductismo (influencia que no correspondería a nada que estuviese anteriormente implícito en este último) ésta residiría, en todo caso, en la exigencia de formalización teórica (en Hull especialmente). Es la única influencia, dejando aparte los aspectos verbales (*i.e.*, el uso de vocabulario positivista para expresar posturas que existían ya implícitamente), que puede atribuirse al neo-positivismo. Y me parece positiva.

3.2.3. Se considera a menudo el operacionalismo como otra de las causas del conductismo. Skinner y Tolman pueden ser citados como ejemplo. Pero una vez más surge el problema de la discordancia cronológica. Además, ciertos no-conductistas, (v.g., Boring y Stevens, que son fisicalistas), han sido favorables a esta doctrina.

No cabe duda alguna de que los conductistas han considerado favorablemente al operacionalismo. Es fácil de entender por qué: Cuando un conductista pide una definición operativa de conceptos psicológicos, lo que le interesa no es tanto una cierta pureza científica sino las conductas que dichos conceptos se supone que implican. Y son estas conductas, más que el concepto, lo que desea conocer. No se es conductista por ser operacionalista (o positivista), sino más bien lo contrario.

Diferentes reproches han sido dirigidos contra el operacionalismo. La validez de tales reproches no me interesa. Pero uno de ellos es revelador. Un concepto puede ser operacionalizado de distintos modos. Existe, pues, un problema: Si el concepto es la operación, a cada operación diferente corresponde un concepto diferente. Incluso si, al principio, teníamos un sólo concepto. Tomemos el caso de la ansiedad; existen tests marcadamente diferentes para medirla: Pueden ser verbales, gestuales o posturales, de atracción o de evitación, o fisiológicos. ¿A tantos tests, tantos conceptos? ¿Y por qué no? Tal punto de vista sólo resulta chocante si se acepta, *a priori*, la validez del concepto original de ansiedad. Las diferentes medidas de ansiedad no concuerdan entre ellas (cosa muy frecuente para diversos conceptos psicológicos). En vez de suponer que ello podría constituir una demostración de la inadecuación de la operacionalización en psicología, puede igualmente pensarse que ello demuestra la inadecuación del concepto tradicional. El psicólogo cuya teoría se asentase sobre el concepto tradicional preferiría la primera hipótesis (puesto que tal concepción preserva el concepto), mientras que el conductista escogería la segunda (puesto que tal concepción preserva las conductas). De la misma manera, se ha aducido que ciertos conceptos no pueden ser operacionalizados en términos de conductas. ¡Perfecto! Ello no constituye ningún obstáculo, puesto que no se pretende que todos los conceptos puedan ser operacionalizados. Pero, recordémoslo: Lo que interesa al conductista son las conductas. Y si se rechazan ciertos conceptos, no es porque no sean operacionalizables, sino porque no corresponden a conductas<sup>24</sup>.

La operacionalización presenta igualmente un gran mérito a los ojos del conductista, ya que puede forzarnos a interrogarnos respecto a los fundamentos de nuestros conceptos. A este respecto, Peters (1951) formula un comentario revelador. Dice que, si la afirmación "LA INTELIGENCIA ES LO QUE MIDE UN TEST DE INTELIGENCIA" parece tan plausible, es porque los constructores de tests no saben lo que miden, y no porque el operacionalismo sea válido. Hay buena parte de verdad en ello, pero la verdad es literal: Los constructores se han mostrado reticentes a pronunciarse sobre una teoría de la inteligencia, sea cual fuere; y la validación de sus tests ha sido empírica más que teórica. Pero añade esta frase: "¿NO ES, ENTONCES, IGUALMENTE PLAUSIBLE SUGERIR QUE LA CLEPTOMANÍA ES LO QUE EL PSIQUIATRA DIAGNOSTICA O LO QUE EL TRIBUNAL JUZGA Y NADA MAS?"

De hecho, este tipo de afirmación es cada vez más frecuente hoy en día. Constituye incluso la base de una nueva concepción de la enfermedad mental y de la criminalidad, la "*labelling theory*" (Scheff, 1975). Dicha teoría sostiene que muchas de las etiquetas ("*label*") en patología o en criminología no son más que eso: Etiquetas. Ser enfermo mental o criminal no consiste en tener "en el fuero interno" un cierto desorden o déficit, sino en haber recibido una etiqueta social, etiqueta atribuida en función de normas culturales o institucionales arbitrarias. Pero si uno acepta sin reflexión la tradicional "geografía de lo imaginario", dicha

concepción, independientemente de su validez empírica, es impensable y sacrílega, pues podría poner en tela de juicio la propia "geografía" en su totalidad. Y ello es lo que el conductismo aprecia, entre otras cosas, en el operacionalismo.

Me permito insistir sobre este particular, puesto que parece tan fácil para un no-conductista olvidarlo: Lo que interesa al conductista son las conductas. La operacionalización le proporciona un medio para buscarlas detrás de los conceptos que se supone que las implican. La tarea del conductista no consiste en salvar, explicitar, validar o incluso operacionalizar los conceptos psicológicos tradicionales. Si le parecen inadecuados, desde un punto de vista conductual o teórico (pero en el marco de una teoría de la conducta), no debe experimentar ningún remordimiento en abandonarlos.

El operacionalismo ha servido igualmente para otros usos. Un primer uso es el de facilitar la comunicación entre mentalistas y conductistas; pues la conducta es el punto de contacto entre estas dos psicologías (por lo menos si el mentalista pretende ocuparse de conducta; en caso contrario no habría ningún contacto posible). Un segundo uso es de orden polémico, como medio para confrontarse con el contrincante. Y tales confrontaciones pusieron de manifiesto el hecho de que el mentalismo era inapropiado para intentar explicar la conducta. Este punto es importante porque, aunque no refuerza la tesis conductista, disloca la del adversario. Justamente por esto, no es sorprendente ver a tantos conductistas pedir a la psicología mentalista que operacionalice sus conceptos; no porque el operacionalismo sea una necesidad científica, sino porque constituye un punto de contacto y de confrontación.

Los conductistas metodológicos o filosóficos han esgrimido un tercer uso de la operacionalización. Puesto que no rechazan *a priori* la validez de los conceptos tradicionales, han intentado, evidentemente sin dar satisfacción a los mentalistas, operacionalizar sus conceptos y construir con ellos una psicología conductista. En consecuencia, no es de extrañar que Tolman o Skinner, que han realizado una traducción conductual de muchos conceptos tradicionales, hayan insistido tanto respecto a la operacionalización. Y si Tolman es el más "mentalista" de los conductistas, también resulta el más operacionalista. La conjunción de una metodología conductual y de una teoría tradicional supone la operacionalización de los conceptos; es por ello que muchos funcionalistas han visto con simpatía al operacionalismo.

3.2.4. A modo de conclusión de este apartado, puede afirmarse que el conductismo no es el fruto del observacionalismo, del positivismo o del operacionalismo anteriores. Es cierto que, a menudo, los conductistas han acogido calurosamente estas doctrinas. Pero ello se explica por el hecho de que ciertos enunciados de estas últimas concordaban accidentalmente con su lucha contra el mentalismo, o también porque dichos enunciados se hallaban ya implícitamente recogidos por el conductismo. Así, Mischel (1969) subraya cómo Tolman (1932) anticipa la postura de Wittgenstein respecto al estatus público y social del vocabulario mentalista (el problema del "*private language*"). Por otro lado, se hubiera podido remontar hasta 24 años antes para citar a Pieron (1908, retomado por Pieron, 1959), quien aporta el mismo tipo de argumento.

### 3.3. INTERACCIÓN ENTRE LA FILOSOFÍA Y EL CONDUCTISMO

#### 3.3.1. Pragmatismo y neo-realismo americano

Los filósofos de quienes puede verdaderamente decirse que han influido sobre los primeros conductistas americanos son probablemente los pragmáticos y los neo-realistas americanos. Estos últimos han sido los profesores o los colegas de estos psicólogos, v.g.,



James, Perry, Singer, De Laguna. Y algunos de ellos han sido, a la vez, tanto psicólogos como filósofos: Holt, Bode, Bawden. Recordemos que, en aquella época, la enseñanza de la psicología transcurría en los departamentos de filosofía y que gran parte del currículum del estudiante de psicología era filosófico. Watson confiesa haber recibido más clases de filosofía que de psicología.

En esta clase de hechos (con origen en los contactos interpersonales cotidianos) deberían buscarse, probablemente, las raíces filosóficas del conductismo americano; y no en ciertos presupuestos abstractos, materialistas o positivistas.

Es curioso constatar la poca importancia histórica<sup>25</sup> que se atribuye generalmente a estos filósofos. Sin embargo, lanzaron las bases de una filosofía conductista bastante antes que Ryle o Wittgenstein. En efecto, en 1911, antes incluso de la declaración de Watson, publicada en 1913, el filósofo E.A. Singer considera "*Mind as an observable object*"<sup>26</sup>. Y, en 1924, publica su libro *Mind as behavior*. El filósofo realista R.B. Perry, en 1922, pronuncia una conferencia en una sesión de la Sociedad francesa de filosofía sobre "*Aplicaciones filosóficas del conductismo*"; entre los participantes a la discusión subsiguiente, se encuentra el psicólogo francés Henri Pieron, quien, independientemente de Watson y con cierta anterioridad, había preconizado una psicología conductista.

El contacto entre estos filósofos y los conductistas es tan intenso que sus influencias son recíprocas, los unos citando a los otros y viceversa. Así, Campbell (1970), en su bibliografía, coloca el libro precitado de Singer en el capítulo de las discusiones del conductismo cuya inspiración es más científica que filosófica. Recordemos, igualmente, el título del artículo de Perry.

### 3.3.2. Filosofía anglo-sajona de la mente

Bajo la influencia de Moore, de Austin, de Ryle y quizás sobre todo de Wittgenstein (para quien la función de la filosofía consiste en una terapia del lenguaje), numerosos filósofos se han dedicado a lo que se ha llamado "la filosofía del lenguaje ordinario". Siguiendo el camino trazado por *The concept of Mind* y por las *Philosophical Investigations*, una parte de su trabajo fue consagrado a la elucidación conceptual del vocabulario psicológico tradicional. El punto de partida de tales filósofos (cuyas posturas, extremadamente variadas, distan mucho de ser unitarias y coherentes) es el lenguaje ordinario, que se supone el del no-filósofo, el del hombre de la calle, el del sentido común. La validez de dicho lenguaje es, entonces, aceptada sin gran controversia. Y una vez hecho esto, algunos de ellos construyen, juntamente con análisis conceptuales y filosóficos sin más (por contraposición a los empíricos), una nueva "psicología" mentalista<sup>27</sup>. La serie "*Studies in philosophical psychology*", publicada por Routledge & Kegan Paul editores, proporciona una buena ilustración de su enfoque. Este movimiento ha adquirido una gran importancia en los círculos filosóficos anglo-sajones, donde resurge una psicología meramente filosófica.

Dicha escuela ofrece un análisis normativo de la psicología científica y, con la salvedad del psicoanálisis, niega todos sus fundamentos. Recordemos su oposición a la posibilidad de una psicología cognitiva. No expondré aquí las tesis fundamentales de esta filosofía, tesis que se orientan alrededor de temas como la noción de acción, de persona, de intencionalidad, de agente, de racionalidad, etc. Pero teniendo en cuenta su postura extremadamente negativa respecto a la psicología científica, es necesario analizar, aunque sea sucintamente, las bases empíricas y filosóficas de su crítica.

3.3.2.1. Así pues, partiendo de un análisis del vocabulario psicológico tradicional y de argumentos filosóficos, estos filósofos formulan severas críticas a la psicología científica. Por ejemplo, impugnan la noción conductista de conducta y dan un gran valor a la psicología de sentido común, a expensas de la psicología científica. Discutiré únicamente estos aspectos.

3.3.2.1.1. Peters (1973) sólo parece aceptar como válido en la postura skinneriana la distinción entre operante y respondiente. Paralelamente, Hamlyn (1970) formula una distinción entre movimientos reflejos (condicionamiento clásico) y conductas (condicionamiento instrumental u operante). En otro artículo, titulado "*Behaviour*" (1953), se apoya en Aristóteles para diferenciar los movimientos de las conductas, siendo estas últimas inteligibles por ellas mismas, sin necesitar ninguna explicación que implique un acontecimiento causal anterior. Su explicación es teleológica, intencional.

No voy a intentar convencer a Peters y a Hamlyn de la falsedad empírica de su distinción. Me da la impresión de hallarse más allá de toda posibilidad de conversión intelectual. En su marco conceptual, ningún argumento empírico podrá probablemente cambiar jamás sus convicciones. El lector que no se encuentre impregnado de una "geografía de lo imaginario" podrá quizás captar el punto de vista de la postura conductista.

La distinción entre condicionamiento clásico e instrumental<sup>28</sup> es una de las más "viejas" de la psicología del aprendizaje. Ha obsesionado e intrigado a la mayoría de los teóricos. La distinción del procedimiento es aceptada por todos: En el condicionamiento clásico, la respuesta sigue a un estímulo, primero incondicionado (v.g., la comida), luego condicionado (v.g., un sonido); en el condicionalmente instrumental, la relación se halla invertida, el estímulo (v.g., la comida) sigue a la respuesta. Puede afirmarse que, en el primer caso, la respuesta es consecuente al estímulo manipulado por el experimentador mientras que, en el segundo, el estímulo es contingente a la respuesta producida por el animal. Los procedimientos son simples y clásicos, probablemente conocidos por todos. Los teóricos se han preguntado si a la distinción de procedimientos corresponde una distinción teórica, en términos de procesos o de mecanismos por ejemplo. Algunos han supuesto que sí, otros que no. La manipulación experimental de las variables que gobiernan los dos procedimientos arroja básicamente los siguientes resultados: Todas las variables exploradas parecen tener los mismos efectos en ambos procedimientos; la única diferencia reside en lo que se llama "refuerzo intermitente" (en el refuerzo intermitente se espera a que varias respuestas hayan sido producidas antes de reforzar una de ellas, con comida por ejemplo). En el condicionamiento clásico, el refuerzo intermitente (v.g., un refuerzo por siete respuestas) provoca rápidamente la extinción. En el condicionamiento operante, el animal puede emitir docenas o centenas de respuestas para obtener un refuerzo sin que aparezca la extinción. Se ignora la razón de esta diferencia. Por otro lado, las investigaciones recientes sobre el "*auto-shaping*", por ejemplo, muestran que las respuestas condicionadas y operantes se encuentran estrechamente imbricadas.

Una justificación tradicional de la distinción teórica se basa en las nociones de conductas voluntarias (sistema nervioso esquelético) y conductas involuntarias, automáticas, reflejas (sistema nervioso autónomo). Resultados recientes indican la posibilidad de un condicionamiento operante del sistema nervioso autónomo<sup>29</sup>.

Actualmente, después de múltiples investigaciones, suele considerarse que no existe distinción teórica relevante entre las dos formas de conducta. Y la reflexión teórica se orienta hacia otros aspectos que parecen más importantes hoy en día, como la adecuación biológica

de la respuesta a la situación, y ello sin distinción importante entre respuesta "refleja" (condicionamiento clásico) e instrumental.

Por ello, probablemente tenga razón Hamlyn cuando cita a Aristóteles para justificar la distinción teórica, dado que podría muy bien ser el único tipo de argumento posible, al no encontrar los psicólogos argumentos empíricos para sostenerla.

3.2.3.1.2. La psicología tradicional abunda en términos como "agresivo", "generoso", "paciente", "sociable", "caritativo", "puntual", etc. Supuestamente, dichos términos se refieren a características intrínsecas del individuo, a rasgos, a disposiciones. Casi toda la psicología de la personalidad se basa sobre tales conceptos. Es más, constituyen el marco familiar de nuestro lenguaje corriente. ¿Quién no es capaz de distinguir el valiente del cobarde, el generoso del avaro, etc.? Si se nos pide describir psicológicamente a nuestro cónyuge, a nuestros hijos, a nuestros amigos, a nuestro jefe, etc., nuestra descripción se basará sobre tales conceptos. Por desgracia, las investigaciones recientes en psicología de la personalidad tienden a poner en entredicho la validez empírica de tales descripciones. Dichas investigaciones, y las teorías que a menudo las acompañan, constituyen el aspecto más apasionante y más revolucionario de la psicología de la personalidad. Los debates que suscitan se centran en la especificidad situacional de las conductas vs. la generalidad intersituacional de los rasgos, la percepción de sí mismo y de los demás, las teorías implícitas de la personalidad y las teorías de la atribución, entre otras<sup>30</sup> cuestiones.

Estas investigaciones muestran que, en sus interacciones y sus juicios sociales, la gente utiliza una teoría implícita de la personalidad o de la naturaleza humana. Ahora bien, esta teoría, en función de la cual la gente emite sus juicios interpersonales o explica sus propias conductas o aún las de los demás, no se corresponde demasiado con las conductas reales y concretas. Por ejemplo, se proyecta un vídeo de una entrevista a un cierto número de psicólogos y de psiquiatras. Dicha entrevista se presenta bien como una entrevista de selección de personal (el sujeto está buscando un empleo), bien como una primera visita clínica (el sujeto consulta a un psiquiatra). Después de visionar el documento, se pide a los participantes que estimen si el sujeto de la entrevista es "normal" o no. Según el contexto de la presentación (industrial o clínico), el individuo será percibido como una persona normal o enferma. Esta investigación proporciona una demostración del efecto de "halo".

En otros trabajos, se ha reunido brevemente en una misma sala una serie de personas que no se conocían. Permanecieron juntos menos de un cuarto de hora y no pudieron hablarse. Se pidió luego a cada uno de ellos que describiese psicológicamente a los otros. Debían situarlos con respecto a una serie de rasgos (inteligente-estúpido, tranquilo-agitado, prudente-aventurero, etc.). Igualmente, se pidió a un grupo de familiares que evaluaran a estas mismas personas y se compararon los dos grupos de evaluaciones. Las relaciones entre los rasgos que emanaron de los análisis fueron las mismas para ambos grupos, desconocidos y familiares. Parece, pues, que si un individuo es percibido como poseyendo tal rasgo, automáticamente se le atribuye tal otro. Como si existiese en "la mente" de la gente una teoría implícita de la relación entre los rasgos de personalidad. Dicha estructura parece ser de orden cultural (Chomsky diría quizás innata) y varía relativamente poco en función del evaluador. Es más, no varía o varía muy poco, sea cual fuere la persona evaluada, tanto si el evaluador la conoce como si no la conoce. Si se realizan correlaciones entre dichas evaluaciones y las puntuaciones obtenidas en tests de personalidad, surge una correlación netamente positiva entre la evaluación y el test. Si se realizan correlaciones entre las evaluaciones realizadas por otros y las auto-evaluaciones de dicha persona, se obtiene igualmente una correlación positiva. Pero si se correlacionan estas evaluaciones (de otros o de sí mismo) y estos tests con

las conductas sistemáticamente observadas, la correlación es mucho más débil y a menudo estadísticamente no significativa. La conducta real de la gente presenta a menudo muy poca relación con respecto a los rasgos o a las disposiciones que se le atribuye.

Los sujetos de tales experiencias son "profanos"; quizás los "expertos" sean más competentes en el uso de estos conceptos psicológicos. Ciertos filósofos (v.g., Mischel, 1962) suponen que dichos expertos, v.g., los psicoanalistas o los psicólogos existenciales o humanistas, pueden emplear tales conceptos sin cometer errores. ¿Es así? Existe una voluminosa y descorazonante literatura acerca del juicio clínico<sup>31</sup>. Secretarias, estudiantes, enfermeras son tan buenas (o tan malas) jueces como los "expertos", psiquiatras o doctores en psicología clínica. La experiencia parece incluso perjudicar a menudo, puesto que puede ir acompañada de prejuicios sistemáticos. Por otro lado, los jueces están de acuerdo sobre el valor predictivo de ciertos índices a pesar de que dichos índices no tienen ninguna validez empírica. Por ende, muchos de los índices intuitivos parecen provenir de un estereotipo cultural que los expertos comparten con los profanos. Si se intenta corregir los resultados de los jueces, parece ser que las correcciones y "feedbacks" no los mejoran. Proporcionar al juez más amplia información tampoco parece ayudarlo a aumentar la validez de su juicio, tan sólo aumenta la confianza que deposita en dicho juicio.

Cierto es que los juicios clínicos resultan más válidos que una predicción o una interpretación realizada según el azar más absoluto. Pero entre la predicción o la interpretación basada en un test objetivo (i.e., distinto del Roschard, este caballo de batalla del juicio clínico) y el juicio intuitivo del experto clínico, el test resulta ser casi siempre el predictor más válido de la conducta. Y ello, a pesar de que la validez predictiva de los tests objetivos de personalidad sea decepcionante comparada con la de otros tipos de test.

¿Por qué es tan poco válido el juicio clínico? En primer lugar, porque, como todo juicio, se halla sometido a múltiples deformaciones. El estudio de tales errores de juicio se ha convertido en una área autónoma de investigación. Pero la razón principal consiste quizás en el hecho de que los conceptos psicológicos tradicionales, sobre los que se basan dichos juicios, no son conductualmente válidos. Los conceptos no parecen sencillamente referirse a conductas. Ilustremos esta posibilidad recordando el trabajo anteriormente citado sobre el efecto de halo, en el cual psicólogos y psiquiatras visionaban grabaciones de entrevistas presentadas bien como de selección de personal bien como sesiones clínicas. Los jueces se dividían en cuatro grupos (2 x 2: orientación psicológica X etiqueta de la entrevista). Dos de los grupos estaban formados por profesionales de orientación "tradicional"; los otros dos grupos por profesionales de orientación "conductual". Los "tradicionales" juzgaron al entrevistado en función de la etiqueta atribuida a la entrevista: cuando se presentaba como de selección industrial, el sujeto era considerado normal; pero si la etiqueta era clínica, los jueces consideraban al mismo sujeto como enfermo o anormal. Es interesante subrayar que los dos grupos de profesionales "conductuales" juzgaron al entrevistado como normal, fuera cual fuese la etiqueta atribuida a la entrevista (Langer y Abelson, 1974). Estos resultados son reveladores: Si uno basa sus juicios en primer lugar sobre las conductas, cuando éstas son idénticas, uno debería emitir el mismo juicio. Pero si la propia concepción de la psicología no concede una importancia primordial a las conductas, no las considera más que, a lo sumo, índices infieles y a menudo engañosos, la naturaleza de estas últimas no influirá demasiado sobre los juicios. Los conceptos tradicionales presentan quizás otro tipo de validez, hermenéutica por ejemplo, pero no parecen poseer ninguna validez en el ámbito de la conducta<sup>32</sup>.

No se trata de decir aquí que el profesional clínico no debe emitir juicios, o que el juicio clínico, en sí mismo, es inaceptable. Cualquier profesional de la clínica, cualquier

individuo incluso, debe emitir juicios continuamente. Hay que buscar más bien cómo aumentar la validez y la fiabilidad del juicio. Y para el conductista, que se interesa por las conductas, los juicios clínicos deben basarse sobre estas últimas y no sobre los conceptos tradicionales. El carácter vago y ambiguo de tales conceptos aparece también claramente en el llamado "efecto *Barnum*". El efecto *Barnum* consiste en el hecho de que, si se presenta a la gente una descripción psicológica de "su" personalidad, la mayoría de la gente confesará que la descripción en cuestión corresponde muy bien a su caso, a pesar de que todos los sujetos han recibido exactamente la misma descripción.

Los filósofos han rechazado el conductismo filosófico porque la traducción o reducción conductual de los términos psicológicos resulta insatisfactoria. Es verdad que el vocabulario psicológico tradicional no se refiere a conductas. Pero, ¿debe deducirse en consecuencia que el conductismo es imposible, o más bien que este vocabulario, como los párrafos anteriores han puesto de manifiesto, no es válido? Parece, pues, necesario concluir que la psicología propuesta por los filósofos anglo-sajones no es empíricamente válida, al menos no para explicar la conducta.

3.3.2.2. ¿Por qué filósofos como Peters, Mischel o Hamlyn, que parecen ser gente razonable e inteligente y cuya lectura es a menudo cautivante (pero quizás de la misma manera que una obra de ficción es cautivante) han, por un lado, entendido tan mal la naturaleza del conductismo y, por otro lado, aceptado la psicología filosófica? La respuesta me parece depender de, al menos, tres factores por lo menos; factores que caracterizan, desgraciadamente muy a menudo, a la filosofía en general.

3.3.2.2.1. El primer factor se refiere a lo que podría llamarse "fijación en el pasado". El currículum del estudiante de filosofía consiste sobre todo en el estudio de los grandes filósofos de la historia. Mientras que la historia de la disciplina es a menudo descuidada en la formación científica, ésta constituye un elemento capital en los estudios de filosofía.

El estudiante aprende entonces clasificaciones, teorías, conceptos que eran quizás adecuados en función de los conocimientos intelectuales de la época en cuestión, pero que hoy en día no resultan pertinentes y están superados. Si no han olvidado nada, estos filósofos tampoco parecen haber aprendido nada nuevo. Permanecen impregnados de definiciones, de problemas y de soluciones tradicionales, en función de los cuales se reinterpreta cualquier nuevo conocimiento o postura. Además, a causa de su marcada tendencia a realizar análisis conceptuales comparativos y taxonómicos de los sistemas teóricos, dichos autores reúnen en las mismas casillas de siempre posturas bien diferentes bajo otras perspectivas. No conozco a ningún filósofo que no haya asimilado al conductismo con alguna postura filosófica anterior. En sí mismo esto no es malo; y, de hecho, existen similitudes reales entre distintas escuelas de pensamiento a través de los tiempos. Pero debe tenerse en cuenta que, en tal caso, se corre el peligro de olvidar fácilmente las diferencias -igualmente reales-, esto es, en reducir pura y simplemente una escuela a otra.

Un ejemplo típico consiste en la asimilación del conductismo con el asociacionismo clásico, no siendo el primero más que el descendiente del segundo. Se olvida que, si ciertos conductistas pueden identificarse como asociacionistas, el conductismo en tanto que conductismo no implica postura asociacionista alguna, y que muchos de los asociacionistas recientes son funcionalistas más que conductistas (v.g., McGeogh, Robinson, Warren, etc.).

No resulta fácil establecer en qué consiste el asociacionismo, aun cuando se relaciona intuitivamente con el empirismo filosófico. Sea como fuere, estos dos movimientos filosóficos difieren respecto al conductismo en aspectos fundamentales, siendo seguramente

el mentalismo el más importante de ellos. Además, y a causa de esta diferencia, mientras que los problemas epistemológicos tradicionales pueden ser fácilmente formulados en términos asociacionistas o empiristas, éstos no tienen demasiado sentido para una psicología puramente conductista. De hecho, para darles sentido, un conductista como Tolman se ve obligado a adoptar una postura dualista compatible con el conductismo pero que le resulta externa. El "asociacionismo" de la psicología conductista parece tan próximo al de la filosofía como el "atomismo" de la física moderna lo es del atomismo de la antigüedad.

Y si hay similitudes no es tanto porque uno haya adoptado al otro como por el hecho de que ambos se han interesado en problemas comunes, centrados esencialmente sobre la interacción de un individuo y de su entorno concreto, cotidiano. No siendo historiador de la filosofía y conociendo poco los sistemas, quizás me equivoque en la interpretación subsiguiente; sin embargo, voy a arriesgarme a formularla. Me parece que el platonismo y el racionalismo afirman en primer lugar el papel primordial de la mente. La naturaleza y el estatus del mundo exterior son dudosos en tales sistemas, y aún por construir. El hombre de tales filosofías se sitúa, en primer lugar, "fuera del mundo", resulta egocéntrico, mentalmente "*self-contained*". Su interacción con el mundo o el entorno externo, concreto y cotidiano aparece como secundaria respecto a otras preocupaciones. Por contra, Aristóteles, y con él los asociacionistas y empiristas, parecen conceder mayor importancia a la postura concreta del hombre en su entorno. El estatus de este último es tan importante como el del primero. Y el mundo externo, el entorno, no constituye solamente una construcción teórica de la mente; sino que está formado por sucesos concretos, precisos, específicos, independientes del individuo. Y la acción de éste sobre su entorno es igual de concreta, precisa y específica. No sé si tal diferenciación teórica es válida, pero me parece que explica la similitud real entre el conductismo y el asociacionismo. Puesto que, para los conductistas, el individuo no posee un estatus trascendente superior al del entorno; el individuo es parte integrante del entorno. Si uno se interesa por las relaciones y a las interacciones entre el individuo y su entorno, me parece inevitable que, sean cuales fueren las diferencias, por otro lado, se adopte un lenguaje o un enfoque que incluya, a un mismo nivel, las acciones y reacciones del individuo por un lado, y los acontecimientos del entorno por otro. Esta es la razón por la que variables ambientales como la contigüedad temporal, la similitud física o la proximidad espacial deban ser automáticamente tomadas en consideración en dicho enfoque. ¿Son, sin embargo, las únicas o las principales variables? Eso es otro asunto. Pero, de una manera o de otra, deberán ser incluida en la teoría y puestas en relación con las acciones del individuo. En cambio, si uno no concede demasiada importancia al entorno externo, las variables ambientales tampoco tendrán relevancia y puede que la teoría en cuestión ni siquiera las mencione. La importancia relativa otorgada al individuo y al entorno externo me parece explicar por qué los conductistas, al igual que los asociacionistas (pero no porque sean asociacionistas), insisten sobre las relaciones entre variables ambientales y conductuales, mientras que Platón y los racionalistas no lo hacen. Para llegar a considerar como asociacionista la teoría del condicionamiento clásico de Rescorla (1972) por ejemplo, o aún la de Tolman (de quien se ha dicho que es asociacionista porque una de sus variables teóricas importantes era la contigüedad temporal), hay que ensanchar abusivamente el significado de esta palabra.

Los psicólogos que trabajan en el ámbito de la psicología del aprendizaje animal no siempre confunden conductismo y asociacionismo. Vale la pena leer sobre el particular la crítica que Weissman (1975) dirige contra la interpretación asociacionista presentada por Mackintosh (1974), interpretación que el autor opone a una teoría "conductista" basada en la ley empírica del efecto. Ello demuestra la ambigüedad de los términos "asociacionismo" y "conductismo" así como su no-identidad conceptual. Hergenhann (1976) divide las teorías del

aprendizaje en tres tipos: Funcionalistas, asociacionistas y cognitivistas. Y encuentra conductistas en cada uno de ellas.

Si las teorías conductistas son S—R, no es en primer lugar por ser asociacionistas; sino porque colocan al individuo y sus conductas en su entorno. En parte por ello, como hemos señalado con anterioridad, un conductista no puede dejar al individuo "*buried in thoughts*".

Que un filósofo, con marcada formación en el ámbito de la historia de la filosofía, encuentre similitudes entre el asociacionismo y el conductismo, puede explicarse; pero que considere al primero como origen del segundo es simplemente un error. Un error imperdonable, aunque una fijación en el pasado o la historia de la filosofía puedan explicarlo en parte. Y si se tiene en cuenta esta fijación, el hecho de que Hamlyn cite a Aristóteles para justificar su definición de la conducta no resulta más sorprendente que el hecho de que los filósofos anglo-sajones de la mente acepten la validez del vocabulario psicológico tradicional. Los fundamentalistas americanos de los estados del sur tienen un canto; una de sus estrofas afirma más o menos lo siguiente: "*What is good enough for Moses is good enough for me*". Sustituyamos "Moses" por "Aristóteles" y oiremos quizás cantar a Hamlyn, Peters o Mischel.

Pero dicha fijación no constituye el único factor para explicar la confusión y la postura de los filósofos anglo-sajones de la mente.

3.3.2.2.2. Otro factor proviene de su ignorancia con respecto a la ciencia contemporánea y de su creencia en poder hacer filosofía sin tener en cuenta los datos empíricos.

Cuando se lee a ciertos filósofos de la mente, se saca a menudo la impresión de que, en el caso de haber leído algo de psicología científica, han leído contados libros y precisamente los más teóricos, los más especulativos, los más alejados del trabajo cotidiano del psicólogo. Esta ignorancia del quehacer del psicólogo no es exclusiva respecto a la psicología conductista; caracteriza también su enfoque de la psicología gestaltista, piagetiana o de los modelos cognitivos del procesamiento de información. (¿Cuántos filósofos conocen la existencia y la importancia de estos modelos?).

Esta ignorancia se traduce muy claramente en sus discusiones, críticas o recomendaciones respecto a la psicología. Sus textos no son generalmente pertinentes para el psicólogo, y la mayor parte del tiempo resultan incomprensibles. Los filósofos no hablan en absoluto de lo que le interesa al psicólogo o de lo que constituye sus problemas fundamentales. Sus discusiones andan repletas de consideraciones y de distinciones ya superadas y sin relación alguna con los conocimientos actuales. Sólo hay que leer sus trabajos filosóficos sobre la memoria, la percepción o la inteligencia para darse cuenta de su anacronismo. Cuando citan trabajos contemporáneos es principalmente para rechazarlos por ser "filosóficamente ingenuos".

Mitroff (1971) ha consagrado un artículo a las consecuencias, para la filosofía, de la ignorancia respecto a las investigaciones científicas contemporáneas. Al ignorar tales investigaciones, los filósofos adoptan y, al mismo tiempo, postulan para los psicólogos posturas empíricamente insostenibles. Con los neo-positivistas, es fácil pensar que buen número de los problemas filosóficos son falsos problemas; sencillamente porque no presentan, para el investigador científico, ninguna realidad empírica y se fundan sobre argumentos o distinciones superadas por el progreso de nuestros conocimientos. No sabría decir si la filosofía es en principio pertinente para el psicólogo. Pero puedo afirmar que nunca he leído un solo libro de psicología filosófica que me haya sido de la más mínima utilidad para mi trabajo.

Hay filósofos que han sostenido que ciertos trabajos psicológicos conciernen a la filosofía porque exigen un análisis conceptual filosófico. Pero sus análisis no han influido

sobre la psicología, ni van a hacerlo, puesto que ignoran olímpicamente la naturaleza de los conocimientos y de los problemas teóricos y metodológicos de esta última. Ignorando la psicología científica contemporánea, los filósofos no pueden más que permanecer encerrados en la "geografía de lo imaginario" que la historia de la filosofía les ha dejado.

Así pues, no es de extrañar que la influencia actual de la filosofía sobre la psicología sea minúscula en comparación con la de la física, la química, las matemáticas o la biología. Podemos encontrar juntos, en los mismos laboratorios, investigadores de estas ciencias; pero sería inútil buscar filósofos. No los hallaríamos; salvando, claro está, algunas excepciones (por ejemplo, Patrick Suppes con los conductistas, o Jerry Fodor y Jerrold Katz con los mentalistas). Los tiempos de los filósofos-psicólogos del tipo William James, John Dewey o Edwin Holt se han terminado, y puesto que pocos filósofos anglosajones de la mente penetran en los laboratorios de psicología, tales filósofos se ven reducidos a no saber sobre psicología nada más que aquello que sus lecturas meramente teóricas pueden enseñarles; las cuales, dicho sea de paso, proporcionan una imagen muy parcial de la psicología.

El acercamiento que Mischel (1969b), por ejemplo, reclama entre la filosofía y la psicología no está por venir. Y la culpa incumbe en gran parte a estos mismos filósofos que la reclaman, puesto que, para ellos, tal acercamiento significa sobre todo que la psicología es quien debe acercarse a la filosofía de la mente, aceptando sus conceptos y sus imposiciones. Pero no parece ocurrírseles la idea de que los filósofos podrían ir a ver lo que hace el psicólogo en su laboratorio o su clínica, podrían interesarse conjuntamente por los fenómenos empíricos que allí se observan. Por otro lado esto es fundamental, puesto que la imagen que se fabrican de tales fenómenos dista mucho de lo que en realidad son. No. El acercamiento no está por llegar; y, teniendo en cuenta la naturaleza de la filosofía actual de la mente, no consigo lamentar que la psicología haya abandonado el barco de la filosofía antes de que se hunda.

3.3.2.2.3. El tercer factor que explica el apego de los filósofos anglosajones a sus teorías reside en la misma naturaleza de sus métodos: El análisis del lenguaje ordinario y la elucidación verbal del vocabulario psicológico tradicional.

No tengo la intención de efectuar la crítica de esta nueva escolástica. Otros lo han hecho mejor que yo (Chappell, 1964). Wittgenstein ha escrito que el lenguaje enmascara el pensamiento. Si pudiese ver a sus presuntos herederos, diría más bien que el lenguaje enmascara la ausencia de pensamiento. Las palabras de sus filosofías son los males de sus filosofías<sup>33</sup>. Se ha dicho que los que no pueden, enseñan; pensando en estos filósofos, podría añadirse que los que no saben, filosofan. (¡Pobres profesores de filosofía de la mente!).

Interrogarse, como lo hacen ellos, sobre el uso del vocabulario tradicional me parece interesante, aunque peligroso. Ahora bien, dictar seguidamente a la psicología científica cuáles deben ser sus métodos y sus conceptos me parece francamente aberrante. Estos filósofos constituyen un buen ejemplo del proceso natural de selección negativa que puede observarse a veces en filosofía: Demasiado a menudo se quedan como filósofos, en lugar de convertirse en científicos cuando su ámbito ha experimentado este cambio, aquellos que parecen menos aptos o menos interesados en hacer progresar el saber más allá de los conocimientos de los filósofos del pasado.

### 3.3.3. Filosofía de las ciencias

En la medida en que ciertos filósofos de las ciencias se han permitido dar su opinión sobre la psicología, permítanme dar la mía sobre la filosofía de las ciencias.



El problema de la filosofía de las ciencias es el problema tradicional de la filosofía, desde el punto de vista del investigador científico. Se trata del problema de la especulación "armchair", puramente lógica o verbal (estos dos términos no deben ser considerados sinónimos), a partir de concepciones filosóficas tradicionales sin preocuparse en verificar la realidad de manera empírica. Y si Popper afirma, con razón, que no es posible elaborar una "filosofía" de las ciencias a partir de bases tan frágiles como la psicología o la sociología actuales, también debería indicar, para ser coherente, que resulta aún menos justificado construirla sobre las bases mucho más frágiles de la filosofía actual.

La imagen que los filósofos de las ciencias reflejan de la ciencia me parece muy simplista e inexacta. El enfoque científico es muy variado y no tiene necesariamente por meta final y principal la elaboración de teorías. La recolección de datos, con el único objetivo de aumentar tal colección, constituye igualmente una tarea científica. La invención de técnicas de manipulación de los fenómenos también representa, de por sí, un objetivo de la ciencia. Los filósofos manifiestan un olvido extraordinario de la importancia de la tecnología en el quehacer científico. Pero el hombre de la calle no se equivoca cuando atribuye, con razón, este papel a la ciencia. La medicina y la ingeniería también son ciencias, y su importancia es tan grande para la ciencia fundamental o "pura" como puede serlo la de ésta para las ciencias aplicadas. La variedad de investigadores científicos es tan extensa como la de las funciones de la ciencia. Hay colectores empedernidos de datos en astronomía, química, biología y geología. Hay verificadores experimentales de hipótesis formuladas por otros. Hay metodólogos, hay inventores de instrumentos de medida (Parece ser que el físico inglés Wilson empleó la mayor parte de su carrera en mejorar su "cloud chamber"). También hay teóricos. Las relaciones entre estos tipos de investigadores ni siempre resultan fáciles y agradables ni siempre están fundadas sobre la estima recíproca, como ha subrayado Mitroff (1974). Contrariamente a la imagen de la ciencia proporcionada por los científicos "practicantes" (v.g., Beveridge, 1950), la que ofrecen los filósofos de las ciencias parece casi exclusivamente consagrada a la elaboración, la oposición y la secesión de teorías. No es difícil comprender tal estereotipo por parte de los filósofos. Sus propias preocupaciones son exclusivamente teóricas y no empíricas. ¿Qué filósofo de las ciencias se preocupa en verificar empíricamente sus hipótesis? Al igual que los psicoanalistas, su método es retroductivo, histórico, reconstructivo e interpretativo. Así, conciben la ciencia en el contexto de la filosofía, y ven en ella, sobre todo, sus orígenes filosóficos más que tecnológicos (pensemos en la utilidad práctica que la geometría tenía para los egipcios). Como no existe en filosofía ninguna acumulación de datos ni manipulación alguna de fenómenos concretos, olvidan o niegan tales aspectos. Por ende, cuando el científico o el divulgador presenta un ámbito al "profano", tal presentación reviste generalmente una forma "teórica". La imagen transmitida es, así, más simple y más coherente. Una presentación factual, metodológica o incluso teóricamente exacta resultaría demasiado fastidiosa e incomprensible. El prestigio social e histórico favorece igualmente al teórico. No siendo él mismo un científico "practicante", el filósofo de las ciencias tiende a no ver más que la función o el aspecto teórico, a expensas de los demás. Pero privilegiando la función teórica, la representación que efectúa de la ciencia resulta inconsistente con las características de esta última. El debate entre los kuhnianos y los popperianos me parece provocado, fundamentalmente, por el olvido que estos últimos manifiestan de los otros papeles de la ciencia, mientras que Kuhn parece otorgarles implícitamente un espacio en su ciencia normal. Pero incluso Kuhn insiste con demasía sobre la función teórica: La supuesta incomunicabilidad entre paradigmas sólo puede entenderse si se privilegia la teoría.

La ciencia ha progresado, y continuará progresando, independientemente de lo que los filósofos puedan decir de ella o puedan aconsejarle. Y las normas promulgadas por los filósofos de las ciencias no influirán sobre los investigadores. Les servirán, a lo sumo, de instrumentos polémicos empleados en controversias cuyo origen es bien distinto.

### 3.4. CONCLUSIONES

Se ha forzado al conductismo a tomar partido en numerosos problemas filosóficos. Así, las posturas que se le han atribuido (y que incluso ciertos conductistas han adoptado) le son generalmente ajenas. Ajenas, porque el conductismo no es una filosofía. Ajenas, porque la mayor parte de conductistas no se ha interesado nunca por tales posturas ni por las controversias que implican. Ajenas porque, en dichas controversias, se han tomado a menudo posturas incompatibles entre ellas. Ajenas, puesto que las palabras connotadas filosóficamente han sido empleadas por los psicólogos en un sentido distinto del filosófico. Ajenas, finalmente, porque tales posturas han tenido quizás menos influencia de la supuesta; constituyendo su invocación, la mayor parte del tiempo, más una racionalización de la práctica anterior que la razón o el motivo de la misma.

El conductismo es relativamente independiente de pre-supuestos filosóficos. Quizás por ello no apareció sino después de la separación de la psicología y de la filosofía, después de que la psicología quisiese transformarse en una ciencia autónoma. En una psicología filosófica el conductismo no podía tener sentido alguno. Y solamente cuando la psicología intentó ser científica, sintió la necesidad de convertirse en conductual (*i.e.*, estudiar las conductas); solamente entonces, el conductismo pudo aparecer. Fue la creación de psicólogos, no de filósofos. Y, además, algo fundamental a retener especialmente por los filósofos: La psicología nació de las dificultades prácticas, concretas, encontradas en el ejercicio de una nueva ciencia más que de posturas fundamentalmente filosóficas. Muchos filósofos y psicólogos contrarios al conductismo han subrayado, con razón, que la psicología mentalista se transformaba ella misma en conductual antes del nacimiento del conductismo. Ahora bien, esto fue debido a que la psicología mentalista tuvo que transformarse en conductual para poder ser científica. Sin embargo, incluso siendo conductual, la psicología mentalista conservaba sus prejuicios filosóficos que la hacían mentalista. La tensión y las contradicciones entre el aspecto conductual metodológico y el aspecto mentalista teórico no podían más que salir a la luz. A partir de aquel momento, el nacimiento del conductismo resultaba inevitable. Y éste tuvo lugar tan pronto como se abandonaron los prejuicios mentalistas.

Por otro lado, dicho nacimiento no fue nada fácil. El conductismo no poseía soluciones a los problemas psicológicos tradicionales; y, nacido desnudo, no poseía siquiera una explicación propia de la conducta. Vergonzoso de tal desnudez, conservando el peor defecto de su "madre" la filosofía (*i.e.*, la arrogancia intelectual de jamás reconocer su ignorancia); no queriendo, pues, aceptar su ignorancia inicial, ciertos conductistas tomaron prestados los hábitos de posturas filosóficas compatibles o se cubrieron con el manto del condicionamiento clásico. Probablemente hubiese sido preferible aceptar la ignorancia, confesar: "No tenemos respuesta a vuestras preguntas", incluso si obrando así quedaban mal. Y ello porque si la ignorancia parece imperdonable entre los filósofos, constituye el pan cotidiano de los investigadores científicos.

### 4. EXAMEN DE CIERTAS CRÍTICAS AL CONDUCTISMO

Desde su nacimiento, se han dirigido numerosas críticas contra el conductismo. Dichas críticas pueden ser clasificadas en dos grandes categorías: Las críticas puntuales y las críticas sistemáticas. Las críticas puntuales versan sobre un aspecto presuntamente característico del conductismo, por ejemplo, su uso de modelos mecánicos (lo que explica que se confundan a menudo las teorías del procesamiento de información con las teorías conductistas), su hostilidad respecto a la moral o la religión, su esterilidad intelectual y científica, su aceptación del determinismo, etc. Las críticas sistemáticas no constituyen tanto una crítica de uno o varios aspectos del conductismo como su rechazo global en pro de otra concepción de la psicología, v.g., la fenomenología, el psicoanálisis, el mentalismo chomskiano, etc. Éstas pretenden demostrar que el conductismo constituye un enfoque esencialmente insuficiente para dar cuenta de ciertos fenómenos y que debe ser abandonado por un paradigma rival.

Si la refutación de las primeras (cuando resultan falsas) es relativamente fácil, la de las segundas es mucho más compleja, ya que implica la comparación de sistemas opuestos, el examen de sus objetivos, métodos y tesis. Se trata de una batalla entre paradigmas y el recurso a argumentos empíricos resulta inadecuado porque el problema no se halla en un acuerdo sobre los "hechos", sino en su interpretación.

#### 4.1. CRITICAS PUNTUALES

No examinaremos más que un cierto número de críticas puntuales, aquéllas que intentan proporcionar una demostración de la incoherencia lógica o experiencial inherente al conductismo. Tales argumentos revisten cuatro formas principales: El uso, por parte de los conductistas, de un lenguaje mentalista; la demostración, a través de la conducta del conductista, de la presencia en él de procesos mentales; su vacuidad epistemológica y, por último, la evidencia de la conciencia y de los fenómenos mentales.

##### 4.1.1. El empleo del lenguaje mentalista

Los conductistas utilizan a menudo un lenguaje mentalista. Dicen: "pienso", "creo", "tengo la impresión", "mi idea" etc. Locke, analizando las instrucciones que Wolpe facilita a sus pacientes en sus terapias conductistas, encuentra expresiones como: "imagine usted", "piense", "concéntrese" etc. Y Locke se pregunta: "*Is behavior therapy behavioristic?*" ¿No constituye el lenguaje de los conductistas la prueba de la incoherencia del conductismo?

Importa distinguir aquí el uso corriente y el uso técnico, filosófico o científico del lenguaje. El médico puede hablarnos de "ataque de nervios" sin que hoy en día ello implique que los nervios sufran ataque alguno. El lenguaje ordinario es metafórico y analógico. E incluso el lenguaje mentalista ordinario se halla lleno de contradicciones. Si el pensamiento o la mente no tienen ubicación física, ¿cómo puedo decir que una idea ha atravesado mi mente? ¿Iba de norte a sur, de izquierda a derecha o de arriba a abajo? Si nuestros actos nos pesan sobre la conciencia, ¿es su peso inferior o superior a 100 gramos? ¿Nuestra conciencia se aplana o bien soporta su peso sin chafarse? Puede aceptarse que la expresión "del choque de las ideas surge la verdad" es una bonita metáfora; pero, *strictu sensu*, siendo las ideas privadas e inmateriales, no pueden tropezar o chocar unas con otras; y la Verdad, ¿debe también ser representada alegóricamente, cual Venus saliendo de las aguas? Si uno dice a otra persona "mira" señalando un objeto del entorno, dicho gesto constituye un absurdo, puesto que lo que puede verse no es un objeto físico externo sino más bien un "*sense-data*" o

una sensación privada y mental que el dedo no puede señalar. En el lenguaje ordinario puede decirse fácilmente de alguien que se ha desmayado, que "ha perdido el conocimiento". Pero, técnicamente, desde el propio punto de vista filosófico o mentalista, esta expresión no tiene sentido: El conocimiento no es una entidad que pueda perderse. Sin embargo, tales afirmaciones son perfectamente aceptadas en el lenguaje ordinario del hombre de la calle, porque son claras y se refieren a conductas relativamente fáciles de definir.

Por lo tanto, el lenguaje corriente del mentalista se haya también en contradicción con sus propias posturas. Y el mundo mental que ha construido un filósofo como Descartes es una analogía, una paramorfa inmaterial del mundo físico. Y sobre este particular, uno no puede más que estar de acuerdo con el poeta que afirma que el mundo mental miente monumentalmente.

El vocabulario psicológico corriente es variado, a veces mentalistamente connotado, a veces conductualmente. Cuando digo de alguien que es agitado, charlatán, ágil o enérgico, no estoy hablando de sus estados o procesos mentales; estoy designando una característica de su conducta. Ryle (1949) ha realizado análisis parecidos para palabras menos claramente conductuales, como, por ejemplo, "inteligencia". El vocabulario psicológico que usamos para designar o explicar la conducta de otra persona parece implicar a menudo el proceso siguiente: Se observa a Pablo pegar a alguien y se afirma que su gesto es un gesto de agresión; la conducta de Pablo es agresiva. Si dicha conducta se repite a menudo, ya no es solamente la conducta quien resulta agresiva, sino Pablo. Cuando, más adelante, se observa de nuevo el mismo tipo de conducta, es explicada diciendo que Pablo es agresivo. Y si Pablo es agresivo es porque existe en él la agresividad, como los somníferos poseen virtudes somníferas. Tal substantivización de los rasgos o disposiciones resulta frecuente, pero, ¿es válida? ¿Y debe deducirse de ella la imposibilidad del conductismo?

El lenguaje psicológico ordinario contiene también términos "fisiológicos" o de origen "fisiológico", v.g., "ataque de nervios", "mal humor", "histeria". También podrían encontrarse implicaciones religiosas o morales.

La función del lenguaje corriente u ordinario, el que empleamos usted y yo, no es científica o filosófica. Este lenguaje es demasiado metafórico y analógico para resultar satisfactorio a tales fines. Pero son estas mismas características las que, teniendo en cuenta nuestra ignorancia científica o filosófica, nos permiten comunicarnos a pesar de todo, no teniendo por ello que aceptarlas en su sentido literal.

Es peligroso atribuir al lenguaje ordinario presupuestos ontológicos o epistemológicos. Es cierto que, analizándolo, se pueden reconstituir, por capas sucesivas, como en ciertas ciudades antiguas excavadas por los arqueólogos, los restos de filosofías, religiones, reglas morales o conocimientos prácticos o teóricos de épocas anteriores. Como la ciudad moderna, construida sobre las ruinas o las modificaciones de ciudades más antigua, el lenguaje ordinario también guarda reliquias del pasado. Mas resulta un error, y grave, convertirlas en las bases de una filosofía o de una psicología, como lo hacen ciertos filósofos anglosajones de la mente.

Contrariamente a ciertos biólogos materialistas, los primeros conductistas, comenzando por Watson y Pieron, no quisieron rechazar el empleo del lenguaje ordinario para formula uno nuevo a base de neologismos. Aceptaron así una posible ambigüedad, la misma que el mentalista acepta utilizando este lenguaje. Hay que comprender que, cuando el conductista habla de "miedo", no se está refiriendo a ninguna entidad causal, mental, interna al individuo, ni siquiera a una experiencia vivida. Se refiere a una conducta verbal "expresiva", una conducta gestual, postural o "motora", reacciones fisiológicas que aparecen en un contexto. Y ello, como hemos dicho anteriormente, no implica que se haya adoptado el

operacionalismo o el conductismo filosófico. Cuando un conductista habla de sensaciones o de percepciones, se refiere a un conjunto de conductas y de reacciones fisiológicas frente a un estímulo externo. Y tal uso no es menos próximo o menos "respetuoso" con el uso ordinario de lo que pueda serlo el empleo de términos estrictamente mentalista. Si se quiere tomar el lenguaje psicológico ordinario en su sentido literal, resulta entonces tan incompatible con el mentalismo como con el conductismo.

Es verdad que el lenguaje ordinario es inconsistente, no sólo con el conductismo y el mentalismo, sino también consigo mismo. La postura de Watson y de Pieron consistió en no intentar depurarlo inmediatamente; prefirieron más bien esperar que evolucionase de manera natural con el progreso de los conocimientos, como ya ha evolucionado y como continuará haciéndolo.

#### 4.1.2. Demostración a través de la conducta del conductista de la existencia en su fuero interno de estados o procesos mentales

Según Lovejoy (1922), "el conductismo pertenece a este grupo de teorías que resultan absurdas tan pronto como se estructuran", porque contienen una contradicción que las destruye. Dicho argumento reviste distintas formas<sup>34</sup>. No las presentaremos todas ni intentaremos refutarlas todas. Sin embargo, parecen presentar la misma estructura y basarse en pre-supuestos del mismo tipo. Por lo tanto, examinaremos dicha estructura y sus pre-supuestos.

4.1.2.1. Según Lovejoy, el conductista pretende saber o conocer. Por ejemplo, pretende conocer la existencia del animal que está estudiando. Pero entonces, dado que el conocimiento o la idea constituyen entidades mentales, el conductista está implicando la existencia en su fuero interno de tales entidades. Si, por el contrario, las negara, resultaría absurdo puesto que, en tal caso, ya no puede decir en puridad que conoce y, por consiguiente, su postura no presenta ningún valor científico. Resulta imperativo subrayar que el argumento se basa en la asimilación del conocimiento con una entidad o estado mental. Si el conocimiento no constituyera una entidad o estado mental, entonces no se hallaría necesariamente en contradicción con la pretensión del conductista. El problema reside, pues, en la definición de qué sea conocimiento.

Ahora bien, esta noción resulta imprecisa. Podemos decir que conocemos a alguien porque nos lo hemos encontrado antes. Podemos decir que sabemos patinar y demostrarlo patinando. Podemos decir que sabemos las tablas de multiplicar y demostrarlo recitándolas. Podemos decir que conocemos el dolor porque lo hemos experimentado con anterioridad. Podemos decir que conocemos una teoría y demostrarlo explicándola o aplicándola. La palabra conocer reviste, como se ve, significados distintos. Según Ryle, existe "*Knowing how*" y "*Knowing that*". Bertrand Russell habla de "*knowledge by acquaintance*", etc. Los filósofos, al igual que los psicólogos, tampoco se ponen de acuerdo sobre la naturaleza del conocimiento. Y la historia de la filosofía, como la de la psicología, demuestra ampliamente que no se sabe qué es saber y que no se conoce la naturaleza del conocimiento. Ryle explica el conocimiento en términos de disposición; la definición más frecuente entre los filósofos anglo-sajones es que se trata de un "*justified true belief*"; Tomás de Aquino proporciona una definición distinta, como Platón, Kant y otros las han proporcionado a su vez. Para que el argumento resulte válido, hay que demostrar que el conocimiento es mental, en el sentido técnico y filosófico, y dicha demostración nunca ha sido realizada.

4.1.2.2. Si el conocimiento es un estado, un proceso o una entidad mental, yo, y sólo yo, puedo saber si sé; o, por lo menos, mis pretensiones al respecto son necesariamente más válidas que las de cualquier otra persona, ya que mis estados, procesos o entidades mentales resultan inaccesibles a los demás. Si el conocimiento es mental, para saber si sé usted tiene que preguntármelo. Y, además, debe aceptar mi respuesta (puedo mentir sobre mis estados mentales, simular, etc., pero usted no dispone de ningún medio para refutar mi mentira). Mi respuesta, por el simple hecho de ser mía, debe poseer un estatus privilegiado. Por lo menos, así debe ser si el conocimiento es mental. Pero, en realidad, ¿qué ocurre? Frente a las pretensiones de conocimiento de un sujeto, ¿actúa usted como si el conocimiento fuese un estado mental, y, por lo tanto, privilegia usted sus afirmaciones?

Si usted desea saber si sé, puede preguntármelo. Puedo contestarle que sí. Pero usted podrá dudar, a pesar de ello, que yo posea tal conocimiento. Y si contesto que no, usted puede a pesar de todo pensar que miento. En ambos casos, para estar seguro, usted deberá sondearme, hacerme preguntas, pedirme que realice tareas relacionadas con el conocimiento en cuestión. Si fracaso, usted concluirá, a pesar de mi "sí" inicial, que no poseo tal conocimiento. Si salgo triunfante, concluirá, a pesar de mi "no" inicial, que lo poseo. Cuando se dice que alguien sabe, no se le atribuye pues una entidad mental, *i.e.*, idea o pensamiento, que sólo él puede alcanzar; sino la capacidad de emitir las conductas pertinentes. Tal es la argumentación de Ryle (1949). Y parece destruir la crítica de Lovejoy. Cuando el conductista dice "sé", no está implicando la presencia de ideas o de pensamientos, sino la capacidad de emitir las conductas pertinentes (*i.e.*, describir, predecir, manipular o explicar el objeto sobre el que sabe). Si no puede emitir tales conductas, usted se verá obligado a concluir que no sabe. Si puede emitir las, usted deberá reconocer que sabe. La conducta del conductista no constituye ya un indicador de sus "ideas" o "pensamientos", siendo estas últimas el verdadero conocimiento; sino que se trata del "conocimiento" en sí; es su único criterio. Y ello sean cuales fueren, por otro lado, las "ideas" o "pensamientos" que el conductista pueda o no tener.

Puede esgrimirse que, si este razonamiento resulta válido para el conocimiento, no lo es para otros estados mentales, para sentimientos como el miedo, el odio o el amor, por ejemplo, o para sensaciones como el dolor. ¿Es ello cierto? Durante una guerra, usted ve a alguien temblar, acurrucado y paralizado, cada vez que se produce un bombardeo; si dicho sujeto le asegura que no tiene miedo, ¿le creerá usted? Probablemente no; usted dirá que miente. ¿Pero, miente en realidad? Si el miedo es un estado mental y no una serie de conductas, resulta ilógico decir que sus palabras son falsas; habría más bien que suponer que sus reacciones fisiológicas y sus conductas motoras son falsas, simuladas o independientes de su estado mental. Si alguien dice que le quiere, pero no busca nunca su presencia, prefiere estar con otros, etc., ¿resultan creíbles sus afirmaciones de amor? E incluso si fuesen ciertas, incluso si existe en su mente un sentimiento de amor independiente y diferente de sus conductas, ¿qué importancia daría usted a tal "amor"? Lo que nos importa de los demás, ¿no son sus conductas más que sus "estados anímicos"?

No se trata de sostener aquí ningún tipo de conductismo filosófico en el que los estados, entidades o procesos mentales no serían más que conductas. Se trata más bien de demostrar que los mentalistas, en la práctica, actúan mucho más como conductistas que como mentalistas, es decir, reaccionan más en función de las conductas de los otros que en función de sus pensamientos. Es más, un mentalista consecuente, cuyos actos en relación con los demás fuesen coherentes con su teoría, sería probablemente considerado por la gente como ligeramente "perturbado". El argumento de autocontradicción, ¿no resulta más válido cuando se aplica al mentalista que cuando se aplica al conductista?

4.1.2.3. En su forma más general, el argumento supone que, para actuar como actúa o decir lo que dice, el conductista debe pensar. Y por ello se supone la existencia en su fuero interno de entidades como los pensamientos o las ideas, o de procesos mentales como el razonamiento. So pena de acusación de autocontradicción o de autodestrucción, la respuesta del conductista puede revestir distintas formas. La principal consiste en decir que no piensa (en el sentido técnico, filosófico y mental de la palabra "pensar") y pedir a su contrincante que le muestre su "pensamiento". Obviamente, el contrincante no podrá evidenciar más que conductas, pero tales conductas no constituyen el "pensamiento", sino que únicamente representan, se supone, su producto. El "pensamiento" es privado, inaccesible a los demás. (Ahí reside el clásico problema de las "*other's mind*"). Por lo tanto, el conductista puede negar que posee entidades o procesos "mentales". Y el único recurso del mentalista consiste en apelar a las conductas del conductista.

Ahora bien, este recurso resulta inaceptable. Se funda en la confusión continua entre el pensamiento1, como fenómeno que debe ser explicado y que aparece en las conductas o las palabras del individuo, y el pensamiento2, como proceso o estado "mental" explicativo del pensamiento1; en la confusión entre el fenómeno que debe ser explicado y su explicación (recordemos que una teoría establecida desde tiempo inmemorial tiende a confundirse con su ámbito de aplicación). Supone, además, que la única explicación posible del pensamiento1 es el pensamiento2, y que cualquier otra explicación es falsa puesto que no explica el pensamiento, sino que lo niega. Y aquí es donde reside la confusión: Negar el pensamiento2 no implica negar el pensamiento1. Rechazar o negar la explicación no es rechazar o negar el fenómeno que debe ser explicado<sup>35</sup>.

Esta confusión entre el fenómeno y su explicación llega a un punto tal que, si se rechaza la explicación, dicho rechazo es interpretado como la negación misma del fenómeno. Así, numerosos filósofos, moralistas o teólogos han afirmado que la adopción del conductismo, del materialismo, del epifenomenalismo, etc. provocaría cambios radicales en la gente, que se volverían inmorales, abandonarían la Iglesia, ya no podrían escuchar o componer música, efectuar investigaciones científicas, etc. Si hablasen, sus sonidos ya no tendrían significado y, si se les operase no necesitarían anestesia. Todo esto a causa de la conciencia que les sería negada. Tales afirmaciones sólo son posibles si se realiza dicha confusión y se basan, paradójicamente, en la identidad de la conducta y la conciencia. En efecto, se supone que la conciencia2 no es más que estos fenómenos, puesto que sólo en tal caso su negación comporta la desaparición de los fenómenos, (y entonces, evidentemente, toda teoría que niegue la utilidad de la conciencia2 es lógicamente válida puesto que conciencia2 = conciencia1).

Sólo en el caso de que la conciencia1 difiera de la conciencia2, es decir, sea lógicamente independiente de ella, el mentalismo podrá resultar válido.

En ciertas psicologías se ha supuesto que, pensando1, se experimentaban introspectivamente pensamientos2, v.g., imágenes mentales. Sin embargo, los psicólogos de la escuela de Wurzburg pretenden haber demostrado la existencia de pensamiento sin imágenes. Y cuando uno piensa, es generalmente incapaz de decir lo que ocurre en su interior. El pensamiento2 es una construcción teórica cuya validez no ha sido demostrada.

Criticar el enfoque conductista porque no apele al pensamiento2, o porque no muestre su presencia, es como criticar al biólogo porque no muestre la vida, o no apele a ella, cuando habla de fisiología, de anatomía o de mecanismos bioquímicos o celulares. No hay que buscar en el organismo biológico la presencia de una entidad vital, yuxtapuesta a las células y a los órganos y actuando sobre ellos. La vida no es más que el funcionamiento del organismo. Y cuando éste muere, no hay una vida que se separa de él, como puede cortarse un brazo. Un

organismo vivo no posee la vida como posee sus órganos. Asimismo, no hay que buscar en el individuo que piensa<sup>1</sup> un pensamiento<sup>2</sup>. Explicando las conductas se explica el pensamiento<sup>1</sup>, de la misma manera que explicando los mecanismos e interacciones celulares se explica la vida.

Para entender el funcionamiento o la naturaleza de un motor, no se apela a una entidad motora, a la "Motricidad". Cuando se observa un motor de coche, se ve una serie de elementos físicos. El motor es estos elementos, y nada más. Cuando funciona, dichos elementos se hallan en interacción. Y si la interacción, por una razón o por otra, no es posible, entonces el motor no funciona. Usted podrá decir al mecánico o al ingeniero que un motor es algo más que piezas físicas, que es incluso independiente de ellas puesto que, parafraseando a Fodor (1975), diferentes piezas o distintos ensamblajes de las piezas pueden constituir un motor. Existiría pues una Motricidad irreductible a las piezas físicas constituyentes. El peligro de la explicación funcional proviene de la tentación de substancializar las interrelaciones o interacciones entre las piezas. No viendo más que piezas mecánicas en interacción, usted supone entonces que la Motricidad debe existir. Y siendo invisible, usted la sitúa en un nivel distinto del físico; existiría en un plano no físico, no material. Del mismo modo, no constatando más que órganos o células biológicas, ha podido afirmarse que la vida era inmaterial. ¿No estamos haciendo lo mismo con el pensamiento?

Nos parece absurdo invocar la existencia de una motricidad para explicar el funcionamiento de un motor. Hoy en día, se invoca cada vez menos la Vida para explicar el funcionamiento biológico de los organismos. A medida que la biología progresa, que los biólogos, bioquímicos y genéticos reproducen en el laboratorio las "funciones vitales", la vida pierde su misterio. Y a causa de ello, la Vida, con mayúscula, tiende a desaparecer, a desvanecerse.

No se ha postulado nunca la existencia de la Motricidad para explicar el funcionamiento de los motores. ¿Por qué? Porque se comprende perfectamente el funcionamiento de los motores, y pueden ser construidos; su construcción no implica que, en un momento dado, el Mecánico o el Ingeniero, al igual que Dios que infundió el alma al hombre, infunda la Motricidad al motor. Sabiendo en qué consiste un motor no se precisa la Motricidad para nada. Sabiendo cada vez más cómo funciona el organismo biológico, se necesita cada vez menos a la Vida. Pero en psicología, puesto que no se sabe aún cómo explicar las conductas, se continúa invocando a la Mente<sup>2</sup> y al Pensamiento<sup>2</sup>. El interés de teorías como las de Piaget o la del procesamiento de información reside en el hecho de arrojar luz acerca de la naturaleza del pensamiento<sup>1</sup>. En este sentido, los conductistas no se muestran en absoluto refractarios respecto a ellas, antes al contrario. Ahora bien, sí que es verdad que no admiten que se substancialicen las relaciones, interacciones o "procesos" analizados por dichas teorías, esto es, no aceptan que se haga de ellos un pensamiento<sup>2</sup>, como una Motricidad independiente, irreductible al motor<sup>36</sup>.

Reificando el pensamiento (como reificando la motricidad), la tarea de la psicología (o de la mecánica) ya no consiste en explicar la conducta (o el funcionamiento del motor) sino que se transforma en explicar y entender el pensamiento<sup>2</sup> (o la Motricidad) que causa o gobierna la conducta (o el funcionamiento del motor). En consecuencia, el conductismo parece forzosamente inadecuado, parece ocuparse de los efectos más que de las causas, como lo insinúan los mentalistas (y lo mismo es válido para el mecánico). Resulta fácil entonces atribuirle, injustamente, una concepción fenomenalista o positivista de la ciencia.



4.1.2.4. Aceptemos, a pesar de todo, el argumento de autodestrucción tal y como es aplicado al conductismo. Se me antoja que su aplicación pone de relieve la invalidez del mentalismo o, al menos, del que se pretende necesario para la explicación de la conducta.

Cuando el mentalista afirma que el conductista piensa<sup>2</sup>, ello implica que el mentalista puede demostrar la existencia del pensamiento<sup>2</sup> en el interior del conductista. ¿Cómo puede aportar tal prueba?

A- Una primera posibilidad consiste en que el pensamiento<sup>2</sup> sea visible para el público, como lo son la nariz o la conducta. Mostrando directamente la entidad se demuestra su existencia. Pero si el mentalista puede producir este tipo de prueba, entonces destruye su propia posición, puesto que las entidades mentales son, por definición, privadas, de acceso privilegiado.

B- Una segunda posibilidad consiste en que infiera el pensamiento<sup>2</sup> a partir de la conducta o de la biología del conductista. ¿Qué es lo que funda tal inferencia? La inferencia puede justificarse por la existencia de una relación lógica (analítica) entre la conducta y la biología por un lado, y el pensamiento por otro, o por la existencia de una relación empírica.

1) Si la relación es de tipo lógico o analítico, todo el mundo debería reconocer una relación directa entre las conductas y los estados o fenómenos mentales correspondientes, constituyendo las primeras los indicadores válidos, fieles y unívocos de los segundos. Al observar una conducta cualquiera, deberíamos poderse indicar sin dificultad su estado mental correspondiente. Sin embargo, el mentalismo rechaza este tipo de inferencia puesto que las conductas no constituyen, a sus ojos, más que indicadores, a menudo engañosos e infieles, de los estados o procesos mentales. Además, si las conductas fuesen indicadores válidos y fieles, ya que lógicos, de los estados mentales, el conductismo filosófico sería verdad y el mentalismo falso o inútil (y si resulta inútil, es de nuevo falso puesto que debe proporcionar una explicación necesaria de la conducta).

2) Si la relación entre el pensamiento y la conducta o la biología es de tipo empírico, entonces puede y debe ser demostrada científicamente. No ha sido así hasta el momento, resultando poco prometedoras las investigaciones al respecto. Claro que el fracaso de tales investigaciones podría ser debido a las dificultades intrínsecas del estudio de los fenómenos mentales. Cuando el mentalista denuncia la insuficiencia de los métodos de las ciencias naturales para abordar el estudio de los fenómenos mentales, puede que tenga razón. Pero entonces debe proponer otros métodos. El problema metodológico del mentalismo científico es extraordinariamente complejo. Necesita observar directamente los estados mentales, independientemente de las conductas o procesos biológicos. Hasta el momento, tal observación ha resultado difícil. Sin embargo, si podemos conocernos o comprendernos mejor de lo que podemos conocer o comprender a los demás o los fenómenos físicos, la metodología mentalista debería resultar mucho más fácil que la de las ciencias de la naturaleza y, consecuentemente, el conocimiento psicológico debería encontrarse mucho más avanzado que el de dichas ciencias. Se excusa decir que no es así en realidad. Justamente por ello, los primeros psicólogos científicos, que eran mentalistas, se vieron obligados a estudiar la conducta.

Admitamos, sin embargo, la posibilidad de métodos específicamente mentales. Desgraciadamente, si tales métodos pueden resultar adecuados para el estudio de los fenómenos mentales, no lo son necesariamente para el estudio de la conducta. Y si, a pesar de todo, el mentalista logra establecer una correlación entre fenómenos mentales y conducta, no por ello ha establecido una relación de causalidad. Basta con disponer paralelamente de una explicación conductista, o incluso simplemente no mentalista, de la conducta para que el mentalismo resulte inútil una vez más. Es más, esto puede abrir el camino a las teorías de la

identidad; y si éstas se revelan tan plausibles como el mentalismo, éste es de nuevo inútil. Por todo ello, la demostración de la existencia del pensamiento<sup>2</sup>, demostración necesaria para la aceptación del argumento, no resulta fácil, y presenta incluso peligros para el mentalista.

3) Sin embargo, podría esgrimirse una tercera estrategia, recurriendo al argumento tradicional en la discusión del problema de las "*other's mind*", el argumento de analogía. El razonamiento por analogía consiste en decir (es el mentalista quien habla): "Poseo pensamientos, procesos mentales, etc.; la prueba es que los veo, los siento, los experimento. Constituyen la causa de mis conductas. Veo gente a mi alrededor que manifiesta las mismas conductas que yo, que actúan o reaccionan del mismo modo en los mismos contextos. Siendo mis conductas causadas por mis pensamientos, puedo inferir, analógicamente, que las tuyas son igualmente provocadas por sus pensamientos, que poseen pensamientos<sup>2</sup>, procesos o estados mentales<sup>2</sup>."

Pero el conductista podría contraatacar diciendo que él no posee pensamientos<sup>2</sup>, procesos o estados mentales<sup>2</sup>, y que nadie ha logrado demostrarle lo contrario. Le basta entonces con añadir que, los demás, puesto que se comportan como él, tampoco deben poseerlos. Es más, si consigue proporcionar una explicación conductista, científicamente válida de las conductas de un individuo, el razonamiento por analogía le permite extrapolar su explicación al mentalismo a pesar de las protestas de éste. Y, una vez más, el mentalismo se nos aparece o inútil o falso.

El argumento de autodestrucción que el mentalista dirige contra el conductista podría muy bien girarse en contra suyo si intenta demostrar la validez de la premisa que afirma la existencia del pensamiento<sup>2</sup> en el fuero interno del conductista. Tal premisa es, en efecto, necesaria: es preciso que el conductista piense<sup>2</sup> (en vez de piense<sup>1</sup>) para que su posición se autodestruya.

#### 4.1.3. Autocontradicción epistemológica del conductismo

Locke (1966) dirige una tercera crítica de incoherencia contra el conductismo. Dicha crítica no es nueva y se aplica a todos los determinismos<sup>37</sup>. Si el conductismo (como el determinismo) pretende conocer y sostiene al mismo tiempo que su conducta se halla determinada, no tiene ninguna razón para suponer que su teoría es verdadera puesto que su aceptación estaba ya determinada por factores biológicos o situacionales.

Si afirmo la veracidad de un enunciado y mi conducta o mi razonamiento se hallan determinados, basta con modificar los mecanismos que me determinan para que proclame, con igual convicción, la falsedad del mismo enunciado. Puesto que es independiente de mí, la verdad es incompatible con un determinismo interno mío que implicaría su aceptación o su rechazo a ciegas. Si resultase válida la teoría del determinismo implicaría que su aceptación no es válida, puesto que dicha aceptación se halla determinada por otros factores, no por la verdad. No pudiendo una teoría ser verdadera y falsa al mismo tiempo, el determinismo debe ser rechazado por incoherente. Por lo tanto, el determinismo es falso.

Pero consideremos otro argumento. Cualquier enunciado que no se halle determinado resulta aleatorio, es fruto del puro azar; y, como todo enunciado aleatorio, su contrario resulta igualmente aceptable, plausible o posible. Un enunciado verdadero no puede ser tan aceptable o plausible como uno falso. El indeterminismo, al suponer la misma aceptabilidad o plausibilidad del enunciado verdadero que de su opuesto falso, es incompatible con la verdad, que no es aleatoria. Por consiguiente, el indeterminismo es falso. Sólo el determinismo es compatible con la verdad.

Otro más: La veracidad de un enunciado no es arbitraria, la falsedad no puede resultar tan aceptable como la veracidad, el rechazo de un enunciado verdadero no puede resultar tan válido como su aceptación. Sin embargo, el libre arbitrio supone que uno puede arbitrariamente aceptar un enunciado como verdadero o como falso, que uno puede arbitrariamente rechazar o aceptar un enunciado verdadero; en el caso contrario, la decisión no sería libre sino determinada. Por lo tanto, el acto de escoger libremente un enunciado no tiene nada que ver con su veracidad. La aceptación de la verdad es incompatible con el libre arbitrio.

Por lo dicho, disponemos de argumentos, aparentemente tan válidos los unos como los otros, que demuestran la incompatibilidad de la verdad con el determinismo y con el libre arbitrio. Pero la validez del argumento contra el determinismo no es más que aparente. Cuando decimos de un enunciado que es verdadero o falso, no lo hacemos arbitrariamente, al azar, nos basamos en criterios de veracidad. Empleando dichos criterios, nuestra decisión ya no es libre: Todo enunciado que no los respete será considerado como falso o no verdadero, y todo enunciado que los respete deberá ser considerado como verdadero. La aplicación de los criterios imposibilita cualquier libertad final de decisión, determina qué vamos a considerar verdadero o falso. En consecuencia, nuestra conducta se halla determinada por estos criterios.

Podría argüirse que dichos criterios no son materiales, que se hallan en la mente de la gente. El conductismo seguiría siendo, pues, incompatible con la verdad puesto que rechaza la mente. Sin embargo, recordémoslo, la mente rechazada por el conductismo es la mente<sup>2</sup>. Y si los criterios no son materiales (en la acepción filosófica de material), no por ello debe concluirse que son mentales<sup>2</sup>. Son lógicos. Podemos, con la ayuda de transistores, construir circuitos electrónicos que funcionen de acuerdo con los criterios de la lógica (es por ello que se les denomina circuitos lógicos). El ordenador es un ensamblaje de circuitos lógicos. Y si se admite que la verdad proviene del acuerdo con criterios lógicos o empíricos (y no de la correspondencia con una entidad inmaterial, la Verdad, escondida detrás de las engañosas apariencias), debe admitirse que un ordenador que funciona según tales criterios puede distinguir lo verdadero de lo falso. ¿Debe, en consecuencia, atribuírse un Espíritu o Mente al ordenador? ¿Una Mente inmaterial unida al ordenador y regentando su funcionamiento? Por lo tanto, no debe tampoco concluirse que el conductismo es necesariamente incompatible con la verdad por el hecho de que niegue la existencia de la mente<sup>2</sup>.

#### 4.1.4. Argumento de la evidencia de la conciencia

El último argumento esgrimido para demostrar el carácter absurdo del conductismo se basa en lo que podría llamarse “el argumento de la evidencia de la conciencia”.

Según este argumento, todo individuo es consciente de que hay en él procesos o estados mentales y que, al menos a veces, tales estados o procesos son la causa de su conducta. Existen, pues, sensaciones, pensamientos, ideas, emociones, imágenes mentales, etc. Las experimentamos de manera innegable. Su existencia es evidente; y entre todas las evidencias y certezas, es seguramente la más potente<sup>38</sup>. Negarla resulta absurdo, intelectualmente poco honrado, psicológicamente imposible. Ningún sofisma puede hacernos aceptar su inexistencia. Como mínimo -afirma aquél que esgrime este argumento- yo poseo esta conciencia y, en consecuencia, el conductismo no resulta válido, por lo menos en mi caso.

¿Qué puedo responder a tal convicción? Desde luego, no intentaré convencerle de su carácter ilusorio. No le recordaré que tantas y tantas evidencias o certezas históricas, basadas

sobre una inmensa ignorancia o un inmenso conformismo cultural, han resultado falsas con el tiempo.

Estoy dispuesto a aceptar que el argumento parece plausible, aunque suscita ciertos problemas. En primer lugar, ¿qué es la conciencia? Las respuestas que nos ofrecen los filósofos y los psicólogos no son demasiado alentadoras: Es descrita de maneras tan diversas y opuestas, se le atribuyen funciones tan diferentes, naturalezas y orígenes tan distintos, que la única conclusión posible es que aún resulta un misterio. Pero el hecho de no comprenderla no implica su inexistencia. Recordemos, sin embargo, que la conciencia constituye un descubrimiento (o un invento) relativamente reciente: Parece que los Griegos la ignoraban (Peters, 1973).

Pero, para el caso, postulemos, como lo hace el mentalista, la existencia de un segundo mundo habitado por la conciencia<sup>2</sup>, las imágenes mentales<sup>2</sup>, las sensaciones<sup>2</sup>, los deseos<sup>2</sup>, las intenciones<sup>2</sup>, etc. Este mundo mental<sup>2</sup> corresponde a los supuestos a), b), c) y d) de la tesis mentalista y se le pueden asignar las características de "inmediatez", de acceso privilegiado, de inmaterialidad, etc., que se le atribuyen tradicionalmente. Este mundo<sup>2</sup> se sitúa "al lado" de un primer mundo "físico", el de las reacciones bioquímicas, de las células biológicas y de las conductas.

Nótese que el conductismo, en sí, no se pronuncia sobre tal mundo (salvo que rechaza la tesis e) del mentalismo). Los fenómenos que se encuentran en dicho mundo, tanto si existen como si no, no le conciernen. Tampoco niega, *a priori*, que puedan interesar a otro tipo de psicología y que ésta pueda hacer algo con ellos. Y precisamente porque el conductismo, en sí, no se pronuncia al respecto, las posturas personales que los conductistas tomarán, a nivel individual, frente a tal mundo serán muy variadas. Algunos negarán su existencia y afirmarán que no es más que una ilusión, que se cree en él como se creyó en las brujas o en los hombres-lobos. Otros lo reducirán a estados o procesos neurofisiológicos. Tolman identifica la conciencia con interacciones o relaciones de conductas. Bawden (1918) la presenta como una relación (teoría relacional de la conciencia). Watson oscila entre su negación y su aceptación. La existencia de dicho mundo<sup>2</sup> puede ser aceptada, pero será impotente, sin efecto sobre la conducta, como en el paralelismo o el epifenomenalismo.

Para entender la postura conductista, y puesto que la dificultad parece surgir del rechazo de negar la importancia de su propia conciencia<sup>2</sup>, de considerar que el yo pensante no constituye el centro de todo, admitamos, al menos provisionalmente, esta conciencia<sup>2</sup> en nuestro interior (puesto que es en nuestro interior donde la constatamos). Pero rechacémosla para los demás (no disponemos, de todos modos, de ningún medio para alcanzarla).

Consideremos la conducta de los demás como la de animales o máquinas, situados exclusivamente en un mundo<sup>1</sup>. E intentemos forjar una teoría explicativa de tal conducta en el marco de la tesis conductista. Supongamos que lo logramos; la tesis conductista sería pues válida para la conducta de los demás. Tomemos ahora esta teoría (con sus conceptos, sus leyes, sus predicciones y las manipulaciones que permite) y apliquémosla a nosotros mismos, pidiendo a los demás que la "verifiquen" en nuestro propio caso. Si la teoría consigue predecir y controlar mis conductas, entonces la meta del conductismo habrá sido alcanzada.

¿Y mi conciencia? ¿Se revela ilusoria o innecesaria para la explicación de mis conductas? Puedo clamar que soy más que lo que de mí dice la teoría, que existe en mí algo esencial, central, trascendente, que ha sido olvidado; y quizás tenga razón. Pero si la teoría puede predecir y controlar la presencia o la ausencia de este "grito del corazón", como mínimo en tanto que grito físico, me veré obligado a admitir que el conductismo ha triunfado

en su propósito, incluso si queda algo esencial en mí (la conciencia<sup>2</sup>) que se le escapa<sup>39</sup>. Y esto porque lo que interesa a la teoría no es este algo -si es que existe-, sino mi conducta.

## 4.2. CRITICAS SISTEMÁTICAS

Existen varias críticas sistemáticas al conductismo. La más reciente, y una de las más influyentes, es la de Chomsky (1957, 1959, 1965, 1975). Chomsky pretende aportar una demostración formal<sup>40</sup> de la insuficiencia del conductismo. El argumento se basa en su teoría de la gramática. Otros han intentado demostraciones de este género. Ya hemos mencionado el postulado meta-terminal (véase nota 17) de Bever, Fodor y Garret (1968). Martin (1971) funda la suya en la noción de equivalencia funcional. Nelson (1969, 1975) supone que los animales son autómatas.

Tales argumentos se basan sobre dos postulados o premisas:

a) Que la explicación de una clase de fenómenos (v.g., la gramática, la equivalencia funcional, la conducta animal) exige el uso de ciertos mecanismos, procesos o formalizaciones, sin los cuales los fenómenos permanecen inexplicables.

b) Que una teoría conductista no puede utilizar tales mecanismos, procesos o formalizaciones. Debe concluirse, por lo tanto, que el conductismo presenta una insuficiencia formal.

Chomsky realiza distinciones entre varios lenguajes formales. Son, por orden creciente de potencia formal, las gramáticas regulares, las gramáticas "*context-free*" y las gramáticas "*context-sensitive*". Las gramáticas regulares, que son las menos potentes, corresponden a la estructura formal de los autómatas a estados finitos ("*finite-state automata*"). Chomsky pretende demostrar que esta gramática regular, como la "*context-free*", que es aún más potente, no puede explicar la gramática del inglés. Ello constituye la base de su primer postulado. El segundo postulado consiste en afirmar que los modelos conductistas son insuficientes para explicar la conducta de autómatas a estados finitos.

Desgraciadamente para Chomsky, la validez del primer postulado es impugnable e impugnada. En primer lugar, hay que recordar que la teoría chomskyana cuenta con rivales, que pretenden, con o sin razón, proporcionar una explicación más adecuada del lenguaje, y que su teoría encuentra dificultades empíricas. A causa de estas dificultades, Chomsky (1975) parece haber establecido ahora una tercera versión de su teoría y abandonado la calificada como "*standard*" (formulada en 1965). En segundo lugar, y sobre todo, Reich (1969) y Daly (1972) han demostrado que una gramática basada sobre un autómata a estados finitos podría proporcionar una explicación adecuada de la gramática inglesa.

Por ende, Suppes (1969a, 1969b) ha mostrado que su teoría S-R proporciona un modelo isomorfo de un autómata finito. Nelson (1975) y Kieras (1976) aceptan esta demostración pero afirman que la teoría S-R de Suppes sólo resulta isomorfa respecto a ciertas clases de autómatas. Si embargo, Kieras (1976) reconoce la posibilidad de que otras teorías S-R pudieran corresponder a cualquier clase de autómata a estado finido. Este punto es importante porque la teoría de Suppes (1969a)<sup>41</sup> se basa en la formalización matemática que Estes ha realizado de la teoría de Guthrie, que es la más simple, la más elemental de todas las teorías conductistas del aprendizaje. Como subraya Nelson (1975), en dicha teoría un estímulo no es condicionable más que con respecto a una sola respuesta externa. En las demás teorías S-R, un estímulo puede ser condicionado simultáneamente respecto a varias respuestas, y una respuesta respecto a varios estímulos. Hull desarrolla esta idea en su noción

de “familia jerárquica de hábitos”. Esta familia constituye uno de los principales conceptos teóricos empleados por Berlyne (1965; Berline y Piaget, 1960) para formular una traducción hullaiana de la teoría de Piaget. Así pues, puede concluirse que, en cierto sentido, el modelo de Suppes es el menos potente de todos los modelos S–R, aunque es el único que ha sido rigurosamente formalizado en un lenguaje matemático.

La reacción de Chomsky (1975, p.158 y 247, nota 13) consiste en proclamar que Suppes no ha entendido nada. Y para demostrar la falta de pertinencia de la demostración de Suppes, remite al lector a Pylyshyn (1973). En este artículo, el autor afirma que el objetivo del enfoque mentalista chomskyano es de carácter epistemológico. Lo que interesa al teórico no es la ejecución, sino la competencia. El hecho de que las predicciones de una teoría concuerden con la conducta de los sujetos no implica que dicha teoría refleje una imagen adecuada de la competencia de los sujetos. No analizaremos aquí la distinción entre ejecución y competencia, ni su extraordinaria ambigüedad. Pero sí señalaremos, una vez más, que el objetivo del enfoque conductista no consiste en explicar o describir una eventual competencia mental, tanto si existe como si no existe; sino en explicar, predecir y manipular las conductas. No es Suppes quien resulta “no pertinente” al mostrar que su modelo puede aportar una explicación de la conducta; sino Chomsky -al refugiarse detrás de la noción de competencia para escapar al argumento de Suppes-, puesto que fue precisamente Chomsky<sup>42</sup> quien afirmó que las teorías conductistas no podían proporcionar una explicación adecuada de la conducta. Su retirada detrás de la noción de competencia pone en evidencia simplemente que su crítica contra el conductismo -sobre este particular por lo menos- es inadecuada. Chomsky (1975), en tanto que típico mentalista racionalista, considera las conductas poco importantes. El hombre que describe se halla encerrado en su mente. El lenguaje constituye una de sus más bellas facultades, pero su valor parece puramente intrínseco. Que lo utilice o no para comunicar, y cómo lo utilice, no tiene demasiada importancia. La mente parece condenada a permanecer siempre "fuera del mundo", a actuar sólo en su propio interior.

Pero volvamos a las otras críticas formales contra el conductismo. Martin (1971) afirma que el conductismo no es capaz de desarrollar la noción de equivalencia funcional. Por ello, propone su rechazo en favor del lenguaje teórico TOTE desarrollado por Miller, Galanter y Pribram (1960). Indiquemos solamente que Millenson (1967) ofrece una traducción S–R del concepto de TOTE y que Suppes (1969b), dos años antes que Martin (1971), ha mostrado que su modelo constituye un equivalente del TOTE.

La primera crítica de Nelson (1969) fue refutada por Suppes (1979a). La segunda crítica (1975) parece haberlo sido por Kieras (1976). Así, las demostraciones formales de insuficiencia del conductismo parecen falsas. Y no es de sorprender, puesto que la validez de un silogismo se basa igualmente en la validez empírica de sus premisas. Y en estas demostraciones, las premisas no son empíricamente válidas.

4.3. Consecuentemente no ha conseguido demostrarse, hasta ahora, la incoherencia del conductismo. Y cada vez que se ha intentado hacerlo, el argumento se basa en prejuicios cuya validez no ha sido demostrada, prejuicios que implican la aceptación *a priori* de una teoría rival. Nos encontramos siempre frente al mismo argumento: El conductismo es falso porque no corresponde a mi teoría de los fenómenos.

## 5. CONCLUSIÓN

Este escrito ha intentado aclarar la naturaleza del conductismo. Intentando corregir las imágenes erróneas que la gente tiene de él, se ha alargado desconsideradamente. Sin

embargo, al releerlo, me doy cuenta de que he olvidado muchas cosas, que ciertos argumentos no se encuentran suficientemente desarrollados, que la reacción a ciertas críticas resulta a veces, por lo menos en el tono, demasiado agresiva. También me temo que muestre más lo que no es el conductismo que aquello que es; y si tal es el caso, pienso que será un fracaso relativo: El lector se verá entonces obligado a buscar en otra parte<sup>43</sup>. Sin embargo, espero haber conseguido hacerle entender que, aunque el conductismo no proporcione una teoría de la mente, de la competencia, de la experiencia vivida, etc., o incluso no corresponda a la propia "geografía de lo imaginario" del lector, no por ello es absurdo. Su éxito o su fracaso provendrán de su capacidad para explicar, predecir y manipular las conductas. ¿Puede hacerlo? Aún no lo sabemos. La respuesta, en todo caso, será empírica. Se abren las apuestas.

Departamento de Psicología,  
Universidad de Quebec en Montreal





## 6. NOTAS.

1. Véase Esper (1968); Fraise (1970); Littman (1971). Para una lista de las variedades, véase Roback (1964), pp.535–538, y Sullivan (1973).
2. Vexliard (1968), p.171.
3. Olvidando entonces que muchos conductistas no son americanos, ni trabajan sobre el aprendizaje o con animales.
4. Quizás el lector no esté convencido de la exactitud de estas afirmaciones. Un análisis histórico y crítico de la postura de los diferentes conductistas demostraría fácilmente su validez. Por desgracia, tal análisis, que desborda ampliamente los límites de este trabajo, no ha sido realizado nunca. Ésta es una de las curiosidades de la historiografía de la psicología. Tilquin (1950) parece ser el único que lo ha intentado. Su obra, de excelente calidad y sin equivalente en lengua inglesa, padece sin embargo dos defectos: En primer lugar, es antigua; por otro lado, constituye una visión exterior del movimiento, realizada por un filósofo dentro de un marco de interpretación filosófico. No es que el autor no tenga simpatía por el conductismo, que lo entienda mal o que cometa un error interpretándolo en un marco filosófico, pero el conductismo no es esencialmente una filosofía. El conductismo es una creación de psicólogos, creación que se comprende, en primer lugar, en el marco de sus trabajos e investigaciones cotidianos.
5. Véase Le Ny (1969), quien, a pesar de no ser conductista, presenta un punto de vista similar acerca del carácter "*a posteriori* de las actividades centrales".
6. No nos vamos a ocupar de la definición de la palabra "científico". Una definición satisfactoria parece difícil, por no decir imposible. Y la palabra, en tanto que calificativo, se usa más bien para indicar la aprobación o la desaprobación, o para otorgar un prestigio social. De todas formas, su definición no es necesaria en el contexto de este trabajo.
7. "*When we are trying to understand the mental processes of a child or a dog or an insect as shown by conduct, an action, the outward signs of mental processes... we must always find back upon experimental introspection... Experimental introspection is thus our one reliable method of knowing ourselves; it is the sole gateway to psychology.*" E.B.Titchener (1914). *A Primer of Psychology*, MacMillan, p.32. "*Introspective observation is what we have to rely on first, foremost and always.*" W.James (1890), *Principles of Psychology*, Vol.1, p.185.
8. Blumenthal (1977) discute esta descripción de la postura de Wundt. Según Blumenthal, la psicología desarrollada por Wundt no se basa en la introspección sino en una metodología conductual (véase, empero, Mischel, 1969a).

Tal afirmación de Blumenthal (tanto si es correcta como si no, ahora no viene al caso) demuestra lo peligroso que resulta interpretar a un autor. Las particularidades del lenguaje, la cultura intelectual y científica de la época, las controversias en las que el autor puede haber tomado parte, su evolución histórica, todos estos factores se combinan para dar a su obra un sello que una época diferente o diferentes rivales podrían cambiar sin influir quizás sobre ciertas posturas.

Así, cuando Watson se opone a la importancia del instinto, parece más bien que es porque su época usa y abusa de dicho concepto y no a causa de un pretendido rechazo, en tanto que conductista, de todo determinismo genético. En efecto, en su primer libro *Behavior, an introduction to comparative psychology* (1914), consagra dos capítulos a los instintos (que acepta) y trata (muy sucintamente) del condicionamiento como de una técnica menor. Sin embargo, en un artículo de 1916, propone esta misma "técnica" como técnica favorita. Pero, en aquel momento, Watson parece haber caído en la trampa de la "crítica constructiva". Si se rechaza la introspección y la mente, ¿qué puede proponerse en su lugar?, ¿a través de qué método podrá ser estudiado el funcionamiento psicológico de los sujetos? y ¿qué explicación

se dará en vez de la de la mente? Watson parece responder entonces: "el condicionamiento". Más vale esto que aceptar que la existencia de la psicología no supone la existencia de un método particular y reconocer que, personalmente, no dispone aún de una explicación adecuada. La faceta polemista y propagandista de Watson irá en detrimento de su faceta científica; y su respuesta, *ad hoc*, "arbitraria", lanzada bajo la inspiración del momento, coloreará de forma definitiva la interpretación que se desarrollará posteriormente del conductismo. Esta opción de Watson no es, sin embargo, fruto del azar; puesto que, en el momento en que Watson intenta precisar el contenido teórico del conductismo, la única teoría aparentemente compatible es la postura pavloviana. (Watson rechaza la teoría de Thorndike porque, según él, es mentalista: Utiliza los conceptos de satisfacción y de insatisfacción —"*satisfaying or annoying states of affairs*"—). La postura de un teórico no constituye necesariamente un todo (en el sentido gestaltista) sino que, a menudo, constituye más bien una serie de elementos yuxtapuestos, en los cuales la presencia de uno de ellos puede ser explicable por factores situacionales específicos que tienen poca o ninguna relación con los factores que explican la presencia de otros elementos.

En una postura como el conductismo, que no hace más que trazar un marco, lo que se coloca dentro del marco puede variar considerablemente y ser debido a factores ajenos al conductismo del autor en cuestión. Así, Tilquin habla del polimorfismo watsoniano. Cuando se estudia a un autor, se puede incurrir en el peligro de prejuzgar la naturaleza de su teoría y la naturaleza del conductismo. Un método para reducir dicho riesgo consiste en comparar a los autores o teóricos, sobre todo aquéllos que se hallan expuestos a entornos intelectuales diferentes. Los conductistas americanos, aquellos que trabajan sobre lo que podría llamarse la "teoría del aprendizaje animal", presentan características que les resultan comunes y que no aparecen entre los conductistas que trabajan en otros ámbitos de investigación (v.g., Meyer y Weiss en percepción auditiva, Gibson en percepción visual, Allport en psicología social, Berlyne y Bourne en psicología cognitiva, etc.), o en otros países (Pieron en Francia, Broadbent en Gran Bretaña). Lo que hay que buscar, entonces, son los elementos comunes o similares entre estos diferentes teóricos. Desgraciadamente, cuando se ha presentado al conductismo, siempre ha sido refiriéndose a un solo autor o a unos pocos, ignorando a los demás. Y ello desemboca en evidentes paradojas. Un conductista como Hunter rechaza en ciertos momentos la etiqueta de conductista que colocan a su teoría, prefiriendo en su lugar el nombre de antropomía. Pieron se mostrará bastante despreciativo respecto a la teoría watsoniana. Por otro lado, cuando se critica al conductismo, buen número de conductistas (v.g., Spence, 1948) permanecerán indiferentes, puesto que, a menudo, la crítica no se aplica a su postura. Ello explica igualmente que se haya anunciado por lo menos dos veces la muerte del conductismo. La primera vez, al final de los años treinta (Roback, 1937; Harrel y Harrison, 1938), justamente en el momento en que la segunda generación de conductistas americanos (Hull, Skinner, Tolman) comenzaba a producir sus obras. La segunda nota necrológica, mucho más reciente (Koch, 1964; Segal y Lachman, 1972), era formulada en el momento en que el conductismo se convertía en una postura importante en psicología de la personalidad, en psicopatología y en terapia, en el momento también en que un conductista (D. Broadbent) era uno de los primeros en introducir en psicología la noción de "procesamiento de información", enfoque que según algunos debe suplantar al conductismo.

Esta identificación del conductismo con otras doctrinas es fácil. No se sabe las respuestas que un teórico, si viviese en la actualidad, proporcionaría a las preguntas que se formulan respecto a su obra en función de los conocimientos contemporáneos. Así, se tiende a ridiculizar la analogía pavloviana del cerebro como central telefónico (switchboard). Se considera tal modelo como débil, superado; se prefiere el del ordenador, más potente. Pero los mismos que ridiculizan a Pavlov parecen ignorar que, en aquel entonces, su modelo era el

más "potente", y que, mañana, el modelo del ordenador podría ser tan superado como lo es el de la centralita telefónica hoy en día. De idéntica forma, ignoran que los conductistas han buscado y construido modelos mecánicos, eléctricos y químicos del cerebro y de la conducta (Gray, 1936).

9. Una analogía fructífera consiste en imaginar que la tesis afirma un programa por cumplir, como el juramento de Helmholtz, de Bois-Reymond, Brucke y Ludwig constituía el enunciado de otro programa, en oposición al vitalismo biológico de aquella época: "Juramos solemnemente establecer esta verdad: No existen en el organismo otras fuerzas distintas de las fuerzas fisico-químicas ordinarias. En aquellos casos que no pueden de momento ser explicados por estas fuerzas, deberemos descubrir su mecanismo oculto gracias al método fisico-matemático o postular nuevas fuerzas del mismo tipo que las fuerzas fisico-químicas inherentes a la materia y reductibles a la fuerza de atracción y de repulsión." (Amacher, P. –sin fecha–, "Freud's neurological education and its influence on psychoanalytic theory", *Psychological issues* 4 (4) 16, pp.15-16, New York, International Universities Press.).

10. Probablemente, la predominancia del conductismo metodológico era inevitable. El psicólogo, como cualquier individuo, ha sido criado y vive en una cultura impregnada de concepciones psicológicas tradicionales. En parte, dicha cultura define la naturaleza de la psicología, sus problemas, sus tareas y los tipos de soluciones esperados. Los primeros conceptos que adquiere cualquier psicólogo son los de su cultura; y su manejo se convierte en algo socialmente natural. El investigador en psicología debe comunicarse con investigadores en disciplinas vecinas, los cuales están igualmente impregnados, con respecto a la psicología, de los mismos condicionamientos culturales. Por ende, el psicólogo debe justificar socialmente su existencia, suscitar su aceptación por parte de la sociedad en la que vive y que le paga su sueldo, le confiere o le niega prestigio, etc. Y el psicólogo no puede realizar esto de otro modo más que respondiendo a los deseos del grupo social en el que se inscribe.

Además, contrariamente al etólogo, por ejemplo, el psicólogo conductista ha sido formado en un departamento universitario inicialmente centrado en cuestiones y problemas de la filosofía mentalista y en su reformulación, a cargo de Wundt, en el marco de un enfoque científico, experimental y de laboratorio. El etólogo, en su formación de biología y de zoología, es sometido a un condicionamiento menor respecto a la naturaleza y a la metodología de la psicología. Cabe añadir que, en los departamentos de psicología, el principal locutor y contrincante es el psicólogo mentalista. Ello explica la impresión de sombras chinas de la psicología mentalista que ofrecen muchas de las teorías conductistas.

11. A primera vista, el hecho de explicar la conducta por la conducta puede parecer circular, pero hay que entender que la explicación de una conducta X puede invocar una conducta Y anterior o ulterior, una historia de conducta, una jerarquía de conductas, una estructura de conductas, etc.

12. Los filósofos teóricos de la acción (White, 1968) u otros filósofos como Hamlyn (1953), han buscado condiciones necesarias y suficientes para distinguir una acción o una conducta de un movimiento, o para diferenciar acciones fundamentales ("*basic*") de acciones "*non basic*". Dada la ambigüedad de la literatura filosófica y sus divergencias con respecto a la noción conductista de conducta, es preciso ilustrar con ejemplos la noción de conducta.

Imaginémonos a un individuo completamente paralizado en una silla de ruedas con un enfermero que empuja la silla. El individuo no se desplaza, es desplazado por el enfermero. El desplazamiento no es debido a una conducta del individuo sino a la del enfermero. Supongamos ahora que el mismo individuo posee electrodos implantados en el cortex. Los electrodos se hallan conectados, gracias a un sistema electrónico, con un motor que propulsa la silla. Los cambios electrónicos del cortex del individuo controlan el motor, hacen avanzar,

retroceder o girar la silla. El desplazamiento del individuo puede ser ahora considerado como una conducta de este individuo.

Supongamos otro individuo bajo anestesia. Un neurólogo estimula el cortex motor de este individuo. La estimulación le hace levantar el brazo. Este movimiento constituye una conducta del individuo (y no del neurólogo). Supongamos que el neurólogo levanta el brazo del individuo, una vez despierto de la anestesia, tomando el brazo con su propia mano y levantándolo. Desde el punto de vista espacio-temporal, el movimiento del brazo que se levanta bajo el efecto de la estimulación del cortex motor puede resultar idéntico al del brazo que se levanta porque el neurólogo lo ha tomado con su mano y lo ha levantado. Pero sólo el primer movimiento constituye una conducta del individuo (anestesiado). El segundo movimiento, que le es espacio-temporalmente idéntico, no constituye una conducta del individuo (despierto); sino que es la consecuencia de la conducta del neurólogo. Para que un movimiento constituya una conducta, es necesario que se trate de un fenómeno biológico (en este caso, neuromuscular). Todo fenómeno biológico puede, bajo ciertas condiciones, constituir una conducta. En las experiencias de *biofeed-back*, el aumento de las ondas alfa y la disminución del ritmo cardíaco consecutivos al *feed-back* pueden constituir conductas. La principal condición para que un cambio biológico sea considerado como una conducta es que dicho cambio tenga una relación con el entorno del organismo, o, más exactamente, que exista una interacción entre el cambio biológico y el entorno.

La noción de conducta no supone intención o voluntad anterior por parte del individuo, y la conducta puede perfectamente ser automática o refleja. Lo que hace que un movimiento constituya una conducta es el hecho de tener un origen biológico y un contexto situacional. Hay que señalar que no existe una frontera clara, precisa, entre la psicología y la biología de la conducta, sino una amplia zona de transición en la que las dos disciplinas se codean. Ello explica por qué muchos conductistas consideran la psicología como una rama de la biología.

Esta noción de conducta es importante. En la psicología y psiquiatría tradicionales, existe una especialidad que se llama la "psicosomática". Esta disciplina estudia supuestamente la influencia de las actividades de la mente sobre el funcionamiento fisiológico del organismo. Para la psicología tradicional, tal influencia provoca un problema, el del dualismo interaccionista: ¿cómo pueden las actividades mentales, *i.e.*, espirituales y no materiales, influir sobre los estados fisiológicos, *i.e.*, meramente materiales? El problema existe porque la causa es de naturaleza radicalmente distinta al efecto. Puede admitirse sin dificultad (es justamente lo que tal psicología supone) que los estados mentales influyan sobre otros estados mentales, que procesos fisiológicos influyan sobre otros procesos fisiológicos, pero resulta "anormal" que los estados mentales influyan sobre los procesos fisiológicos.

¿Cómo se presentan, para el conductista, estos fenómenos llamados "psicosomáticos"? No existe una teoría verdaderamente psicosomática, y ello por dos razones. En primer lugar, porque sólo la oposición entre estados mentales y procesos fisiológicos hace necesaria la noción misma de psicosomático (sin uno u otro de estos dos términos, tal noción no tiene sentido). En segundo lugar, puesto que la conducta es ante todo un fenómeno biológico, la noción misma de fenómeno "psicosomático" es superflua. En la historia de la psicología conductista del aprendizaje, se habla muy pronto de condicionamiento clásico interoceptivo, en el que la respuesta condicionada es interna, *v.g.*, digestiva o glandular. En condicionamiento operante, como consecuencia de los trabajos de N.E. Miller sobre el *biofeed-back*, se han conseguido modificaciones de respuestas cardio-vasculares, de secreciones renales, etc. Parece ser que un investigador americano está incluso actualmente intentando desarrollar una nueva técnica contraceptiva, enseñando a sus

sujetos, por medio del *biofeed-back*, a provocar una hipotermia del escroto. Por otro lado, las investigaciones en psicofarmacología conductual han puesto en evidencia la existencia de disociación farmacológica en el aprendizaje: Si se hace aprender una tarea a un animal mientras se encuentra bajo el efecto de una droga, tal aprendizaje parece completamente olvidado cuando el efecto de la droga se ha disipado; pero si ésta es inyectada de nuevo, la respuesta aprendida reaparece sin dificultad.

Existe en la literatura una multitud de investigaciones de este tipo. Nunca se les ha considerado como investigaciones psicosomáticas, sino más bien como puras investigaciones sobre aprendizaje. Y las respuestas fisiológicas estudiadas no son consideradas como "especiales", sino como conductas cualesquiera. Es por ello por lo que no hay conceptos "psicosomáticos" propiamente dichos en psicología conductista; no se necesitan, puesto que cualquier cambio biológico que puede ser relacionado con el entorno externo puede constituir, *de facto*, una conducta.

Ciertamente, para los filósofos de la acción, esta concepción de la conducta puede parecer impensable. Pero es quizás su propia noción de acción o de conducta la que resulta inaceptable. En primer lugar, porque intentan separar radicalmente la acción o la conducta de los sucesos fisiológicos; en segundo lugar, porque olvidan a menudo que existen diferentes sistemas de respuestas fisiológicas y otros tipos de conducta además de aquéllos que la psicología tradicional ha admitido hasta la fecha. Y ello porque la psicología tradicional, así como la filosofía, ha privilegiado ciertos tipos de conductas frente a otras. Paradójicamente estas conductas privilegiadas son aquellas visibles para los demás o que presentan efectos manifiestos sobre el entorno externo (como si lo que es "interno" no pudiese ser más que puramente mental o puramente biológico). Pero, probablemente, este privilegio sea más bien el fruto de la ignorancia de la existencia de las otras respuestas o conductas y de la incapacidad técnica que existe al observarlas directamente, antes que la consecuencia de un estatus intrínsecamente superior de las respuestas externas observables.

13. Se habla igualmente de situación en un contexto no experimental para referirse a un conjunto distal y estable de estímulos, siendo dicho conjunto, la mayor parte del tiempo, estructurado e informacional.

14. Chihara y Fodor (1966), Putnam (1967), Fodor (1975) han formulado un enfoque mentalista de este tipo. Fodor parte sin embargo de una base pública: El lenguaje. Putnam se basa en la psicología mentalista tradicional de las sensaciones, de las emociones, de las ideas, etc. Esta concepción, por otro lado, se parece parcialmente a la interpretación "conductista" que Sellars (1963) ha realizado de los fenómenos o procesos mentales.

15. Los libros siguientes ofrecerán a sus lectores una buena exposición de estas teorías: Chappell, 1962; White, 1967, 1968; Shaffer, 1968; Campbell, 1970; Cornman, 1971; Langford, 1971; Rosenthal, 1971; Taylor, 1974. Estas obras, todas en *paperback* excepto la de Cornman, proporcionan una excelente introducción al tema e incluyen a menudo una bibliografía selecta. Las referencias más recientes se hallan en "*The Philosopher's Index*".

16. No se trata de las únicas. Véase Cornman (1971), Rosenthal (1971), Lycan y Papas (1972, 1976). No obstante, estas otras posturas han resultado, tal vez equivocadamente, menos influyentes en psicología.

17. Una postura vecina es la del "postulado meta-terminal", formulada por Bever, Fodor y Garret (1968) y ampliada por Anderson y Bower (1973). El postulado se lee como sigue: Los principios asociativos son reglas definidas a partir del vocabulario "terminal" de la teoría, *i.e.*, del vocabulario en el que la conducta es descrita. Cada descripción de una multiplicidad de elementos que pueden ser asociados debe constituir una descripción posible de una conducta actual. Según los primeros autores citados, este postulado es inherente a las teorías S-R. Y

por culpa suya, tales teorías son formalmente incapaces de proporcionar una explicación adecuada del lenguaje y de la conducta.

El argumento se halla dirigido a la vez contra el asociacionismo y contra el conductismo. Y es utilizada a la vez para defender una forma de mentalismo y la necesidad de "elementos" abstractos en la teoría. Este argumento presenta varios problemas. En primer lugar, su validez es dudosa (Suppes, 1969b). Por otro lado, confunde asociacionismo y conductismo (a pesar de que los asociacionistas han sido tan funcionalistas como conductistas), y confunde explicación mental con explicación utilizando términos abstractos. Si es verdad que, en cierto modo, las entidades mentales son abstractas (puesto que no son simplemente entidades materiales concretas, discretas), no por ello hay que confundir mental y abstracto, so pena de transformar en mental todo lo que es abstracto. El conductismo no rechaza los conceptos abstractos. Los operadores matemáticos son abstractos, y, no obstante, se hallan incluidos en las teorías conductistas. Lo que el conductismo rechaza es la reificación mentalista de los operadores o términos abstractos. En este sentido, la reacción de los conductistas frente a la teoría de Piaget es significativa. De entrada, no la han rechazado aunque hayan criticado ciertos aspectos de la misma. Han aceptado la descripción empírica del desarrollo cognitivo, pero mostrándose altamente reticentes respecto al estatus ontológico de los procesos cognitivos. Sobre este particular, el propio Piaget es ambiguo, pareciendo oscilar entre interpretaciones conductuales (juntamente con Inhelder, se ha autocalificado ya de "conductista subjetivo") y biológicas por un lado, y una interpretación mentalista (se autodefine igualmente como un paralelista) por otro lado. Es esta ambigüedad la que indisponde a muchos conductistas (véase Beilin, 1971, p.86-87 y Wartofsky, 1971, p.139-141). Esta aceptación (en la que existe a veces una buena dosis de fascinación) y este malestar concomitante parecen converger en la interpretación hullaiana que Berlyne (1965) realiza de la teoría de Piaget.

18. No hay que inferir de esta afirmación el hecho que implique la "Unidad de la Ciencia" tal y como la proponen Carnap o Neurath, la naturaleza de esta unidad permaneciendo demasiado obscura.

19. En el séptimo capítulo de su libro, irónicamente titulado *"Don't shoot the behaviorist; he is doing his best"*, Eysenck (1972) ofrece una descripción muy cercana a la nuestra. Discute igualmente varios temas examinados en este trabajo. Y la orientación de Eysenck, a pesar de lo que haya podido afirmar Kaufmann en un coloquio, es indiscutiblemente conductista. De hecho, Eysenck es uno de los más influyentes teóricos conductistas de la personalidad. Ha sido, y continúa siendo, uno de los grandes promotores de las terapias conductuales. Y presenta las mismas tendencias polémicas y "evangelizadoras" que caracterizaron a Watson.

20. Así, el método chomskiano se basa esencialmente en la validez de la intuición de gramaticalidad. Cualquier otro criterio será válido solamente si es conforme con la intuición.

21. Es imperativo leer el texto fundamental de Moroz (1972) respecto a la noción de "cognición" y de "cognitivo".

22. Recordemos que el mentalismo, si no incluye el punto 5) de la tesis, puede resultar compatible. Véase también la nota 34.

23. Peters, aunque afirma que no es la única razón; considera, equivocadamente, que constituye una razón o una causa de ello.

24. Recordemos que pueden admitirse conceptos teóricos que no sean reductibles a conductas. Mas ello no implica que deban admitirse todos los conceptos que no son reductibles.

25. La postura de Donagan (1971), p.113, parece prototípica de esta ignorancia de los filósofos contemporáneos.

26. Este artículo fue publicado en una revista cuyo título *The Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods* es altamente evocador; esta revista se transformará luego en *The Journal of Philosophy*.

27. No hay que pensar que toda la filosofía psicológica anglosajona es mentalista. De hecho, dos de sus creadores, Ryle y Wittgenstein, desarrollan cada uno por su lado una variedad de conductismo filosófico. Pero, en general, los filósofos anglosajones de la mente, como Geach, Peters, Kenny, Mischel, etc., son abiertamente mentalistas.

28. A propósito de las relaciones entre condicionamiento clásico e instrumental, véase Rescorla et Solomon (1967); Seward (1970); Catania (1971); Terrace (1973); MacKintosh (1974). *The Pavlovian Journal of Biological science* (1976, II, (1), 1-66) ha publicado un *simposium* al respecto.

29. Tales resultados han sido luego muy controvertidos. (Nota del traductor).

30. Sobre estos nuevos desarrollos de la psicología de la personalidad el lector puede consultar: Hastorf, Schneider y Polefka (1970); Bem (1972); Kelley (1973); Fiske (1974); Schweder (1975); Shaver (1975); Amabile y Hastorf (1976); Harvey, Ickes y Kidd (1976).

31. La literatura sobre el juicio clínico: Dunnette (1957); Bieri et al. (1966); Mischel (1968); Rosenthal (1969); Chapman y Chapman (1971); Thorne (1972); Rosenham (1973); Wiggins (1973); Frank (1974); Langer y Abelson (1974); Tversky y Kahneman (1974); Wade-Offir (1975); Carroll y Payne (1976); Ross (1977).

32. Esta investigación constituye una réplica parcial de la de Temerlin (1968). (El artículo de Temerlin se encuentra reproducido en Scheff, 1975). Temerlin observa un indiscutible efecto de sugestión sobre el diagnóstico. El autor escribe:

“La dificultad en obtener un acuerdo interobservador consistente constituye uno de los más viejos y más difíciles problemas de la investigación en psicología. Esta dificultad crónica se ha visto probablemente agravada por la prestigiosa influencia y la naturaleza misma del concepto de enfermedad mental. La enfermedad mental es un concepto mentalista; las neurosis y las psicosis nunca son observadas directamente, sino que deben ser inferidas a partir de síntomas conductuales. Esta característica del concepto ha podido empujar a los sujetos a realizar más inferencias que descripciones. Un psiquiatra muestra esta posibilidad cuando defiende su diagnóstico con el siguiente comentario: "Es evidente que parece sano, pero, al fin y al cabo, la mayoría de la gente es un poco neurótica; y, de todos modos, ¿quién se fiaría de las meras apariencias?" (Traducción libre).

33. Juego de palabras intraducible entre "*mots*" (palabras) y "*maux*" (males), que en francés se pronuncian igual. (Nota del traductor).

34. Véase, por ejemplo, Lovejoy (1922); Santayana (1922); Heidbreder (1933); Sprague (1960), p.72; Price (1960), p.80; Wolman (1960), pp.83-84.

35. El razonamiento utilizado, típico del argumento por la geografía de lo imaginario, consiste en presentar como verdadera, o como la mejor disponible, una teoría de la mente, de la conciencia, y reforzar luego la afirmación de su validez con ejemplos que concuerdan con ella. Una vez aceptada esta premisa, la teoría rival puede ser presentada y demostrarse que se halla en contradicción con la concepción de la mente o de la conciencia anteriormente aceptada. Nótese que no se trata aquí de rechazar una teoría porque no concuerda con los datos. En ningún momento se ha tomado una teoría y se ha confrontado con datos empíricos para saber si algunos de ellos estaban en contradicción con la dicha teoría. El único recurso a datos empíricos reside en la selección de los ejemplos que sostienen la posición teórica que quiere defenderse. Para refutar la teoría concurrente tampoco se apela a ningún dato empírico (y, a menudo, su interpretación se halla en tela de juicio por parte de las teorías rivales), sino

que se dice: "¿Ven? esta teoría es absurda puesto que no coincide con lo que sabemos", *i.e.*, con nuestra teoría inicial.

36. Pretender que la analogía del ordenador y del procesamiento de información (Segal y Lachman, 1972) debe substituir al conductismo, no es sólo no entender en qué consiste el conductismo, constituye igualmente una falta de perspectiva histórica. Los lenguajes formales de los ordenadores actuales harían probablemente saltar de alegría a personajes como Hull o Tolman, pero no los interpretarían, como se hace a menudo hoy en día, en un marco mentalista.

Cuando Hull, por ejemplo, describe un modelo electromecánico de conducta, dicho modelo presenta dos funciones: la primera y principal es de orden polémico; se trata de demostrar que puede proporcionarse una explicación de la conducta que no se base en el uso de conceptos mentalistas. Basta, en efecto, con crear "máquinas" capaces de reproducir conductas análogas a las de los animales o a las de los humanos para demostrar que el mentalismo no constituye *a priori* una necesidad teórica para la explicación de la conducta. La segunda función es de orden teórico: La conducta del modelo debe reproducir las mismas leyes empíricas que han sido descubiertas en la conducta animal y humana. En este sentido constituye una explicación de la conducta, explicación analógica quizás, pero explicación al fin y al cabo. Ahora bien, tal explicación no es únicamente analógica: Hull no supone que pueda encontrarse en el organismo biológico procesos estrictamente idénticos a los del modelo. La naturaleza de los procesos biológicos podría ser totalmente distinta; en cierto modo, esto no tiene demasiada importancia, puesto que el modelo desempeña fundamentalmente un papel teórico integrador más que causal reductor.

El conductismo adopta la misma postura con relación a los modelos que implican el uso de ordenadores (*i.e.*, los modelos del procesamiento de información ). Constituyen en efecto, por un lado, una refutación del mentalismo tradicional, no porque puedan pretender, con o sin razón, demostrar que los procesos "mentales" son idénticos o reductibles a los que se observan en el ordenador; sino porque pueden pretender reproducir las leyes empíricas que se observan en la conducta animal o humana. La primera de estas pretensiones deja al conductista relativamente indiferente; es por ello que no le molesta que ciertos mentalistas rechacen la identificación de los procesos mentales con los del ordenador. Puede incluso aceptar fácilmente que existe en la noción de procesos mentales elementos o aspectos irreducibles a los procesos del ordenador. Recordemos que el conductista no intenta explicar o reducir los procesos mentales, sino explicar las conductas. Y la existencia de procesos mentales es para él, si no ilusoria, por lo menos inútil para la explicación de la conducta.

La segunda función de los modelos que implican el uso de ordenadores es integrativa más que causal-reductiva. El conductista puede aceptarlos si, y solamente si, proporcionan una descripción formal y sistemática de las leyes de la conducta. Pero sólo los acepta por desempeñar este papel; no supone que los procesos biológicos en el organismo sean idénticos a los del ordenador. Esto es un problema distinto, que incumbe más a la biología (o a la psicobiología) que a la psicología. Puede incluso aceptar la gramática formal de Chomsky, como parece hacerlo Broadbent, siempre y cuando sea empíricamente válida (?) para las conductas verbales, sin suponer por ello que representa o describe los procesos internos del organismo y que "producen" tales conductas.

Para el conductista, los lenguajes de programación del ordenador, la teoría de los autómatas, la noción de gramática formal de Chomsky, etc. se sitúan en el mismo plano que los lenguajes matemáticos y lógicos: Son instrumentos de formalización teórica; y la teoría es, en este caso, integrativa. En este sentido, puede reconocer sin dificultad que el invento de estos nuevos lenguajes formales podría representar un importante progreso teórico para la



psicología, tan importante quizás como el invento del cálculo diferencial e integral lo fue para la física newtoniana.

Pero, hay que precisar, estos lenguajes sólo resultan interesantes para el conductista si consiguen describir o predecir las relaciones S-Op-R. Y, en este caso, su aceptación no supone en modo alguno el reconocimiento implícito de una validez cualquiera del mentalismo. Una psicología que utilice estos nuevos lenguajes no es de por sí mentalista ni conductista, al igual que la "psicología matemática" actual: Tales lenguajes son puramente instrumentos formales y lo que resulta conductista o mentalista es su interpretación.

37. O'Connor (1971, capítulo 5) presenta un interesante análisis de esta controversia.

38. Es imperativo leer la formulación que Feigl (1967, p.23, último párrafo) ofrece de este argumento.

39. No es seguro que el conductismo resulte incompatible con el dualismo interaccionista. Si las "respuestas" de la mente<sup>2</sup> en interacción con el organismo son previsibles en función del estado orgánico, de la situación, de la historia conductual anterior del individuo, el programa conductista podría triunfar en la práctica a pesar de la validez del dualismo interactivo. En ello consiste el argumento de Hull y de Skinner en lo que Hempel denomina el dilema del teórico. El éxito práctico del programa resulta en cambio imposible si las "respuestas" de la mente<sup>2</sup> son totalmente aleatorias (v.g., ¿libre arbitrio?), o si son función de otros sucesos mentales<sup>2</sup> irregulares, imprevisibles. No olvidemos el importante papel que se otorga a la constancia, a la regularidad, a la influencia de las experiencias del pasado en la formación de la identidad de sí<sup>2</sup>. Así pues, si los actos (u órdenes al organismo de la mente<sup>2</sup>) son previsibles en función de sus actos anteriores, de la situación, etc., el programa podría triunfar y sería quizás empíricamente irrefutable a pesar de ser "falso", puesto que la mente<sup>2</sup> constituiría una causa de las conductas. Pero este tipo de "falsedad" no molesta en absoluto a ciertos conductistas, ya que se seguiría pudiendo predecir y controlar las conductas por medio de una teoría integrativa.

40. Una buena parte de los artículos en los que Chomsky expone formalmente su argumento se halla publicada en Luce, Bush y Galanter (1963, 1965).

41. Véase Suppes (1969c y 1975) para conocer su concepción del conductismo, de los fundamentos de la psicología, de la naturaleza de los procesos cognitivos y del aprendizaje de las matemáticas.

42. Habría mucho que decir respecto a la oposición de Chomsky al conductismo. Está relacionada también con su concepción de la ciencia, de la psicología y con su activismo social y político.

43. Existen muchos textos excelentes sobre el conductismo. No puedo citarlos todos. Pero a mí me gustan particularmente los de Watson (1913); Spence (1948); Tilquin (1950); Pieron (1959); Bourne (1969); Rozeboom (1970); Broadbent (1973). Berlyne (1968) presenta un breve resumen de la evolución americana de las teorías conductistas y, en un artículo publicado en 1975, manifiesta su reacción a la impugnación actual del conductismo. Turner (1967, 1971) ofrece una interpretación positivista del conductismo. El lector filósofo podrá igualmente leer con provecho la excelente revista americana *Behaviorism*, consagrada esencialmente a los conductismos filosófico y skinneriano. Mackenzie (1977) acaba de publicar una interesante monografía sobre el conductismo.

## 7. REFERENCIAS

- AMABILE, T. HASTORF, A.H. (1976), <<Person perception>> in B. Seidenberg, A. Snadowsky (Eds), *Social Psychology*, Free Press.
- ANDERSON, J.R., BOWER, G.H. (1973), *Human associative memory*, Winston.
- BAWDEN, H.H. (1918), << The presuppositions of a behaviorist psychology>> *Psychological Review*, 25, 171-190.
- BECKNER, M. (1968), *The biological way of thought*, University of California Press.
- BEILIN, H. (1971), <<The development of physical concepts>>, in T. Mischel (Ed), *Cognitive development and Epistemology*, Academic Press.
- BELOFF, L. (1973), *Psychological Sciences*, Crosby Lockwood Staples.
- BEM, D.L. ( 1972), <<Self-perception theory>> in L. Berkowitz (Ed), *Advances in experimental social psychology*, Academic Press.
- BERLYNE, D.E., (1965), *Structure and direction in thinking*, Wiley.
- BERLYNE, D.E., (1968), <<Behavior theory as a personality theory,>> in E.F. Borgotta, W.W. Lambert (Eds), *Handbook of personality theory and research*.
- BERLYNE, D.E. (1975), <<Behaviorism? Cognitive theory? Humanistic psychology? To Hull with them all?>>, *Canadian Psychological Review*, 16, 69-80.
- BERLYNE, D.E., PIAGET, J. (1960), *Théorie du comportement et operations*, Presses Universitaires de France.
- BEVER, T.G., FODOR, L.A. GARRETT, M.A. (1968), <<A formal limitation of associationism>>, in T.R. Dixon (Ed), *Verbal behavior and general behavior theory*, Prentice-Hall.
- BEVERIDGE, W.I.B. (1950) *The art of scientific investigation*, W.W. Norton & Co.
- BIERI, L. et al. (1966), *Clinical and social judgment*, Wiley.
- BLUMENTHAL, A.L. (1977), <<Wundt and american psychology>>, in R.W. Rieber, K. Salzinger (Eds), *The roots of american psychology*, Annals of the New York Academy of Science, vol. 291, April 18.
- BOURNE, L.E. (1969), <<Concept learning and thought: behavior not process>>, in J.F. Voss (Ed), *Approaches to thought*, C.E. Merrill.
- BRANNON, R. (1976), <<Attitudes and the prediction of behavior>>, in B. Seidenberg, A. Snadowsky (Eds), *Social Psychology*, The Free Press.
- BROADBENT, D.E. (1973), *In defense of empirical psychology*, Methuen.

- BURST, E.A. (1954), *The metaphysical foundations of modern science*, Anchor Book.
- CAMPSELL, K. (1970), *Body and mind*, Anchor Book.
- CANFIELD, J. (1963), <<Teleological explanation in biology>>, *British Journal for the Philosophy of Science*, 14, 285-295.
- CARROL, J.S., PAYNE, L.W. (1976), *Cognition and social behavior*, Lawrence Erlbaum Associates.
- CATANIA, A.C. (1971), <<Elicitation, reinforcement and stimulus control>>, in R. Glaser (Ed), *The nature of reinforcement*, Academic Press.
- CHAPMAN, J., CHAPMAN, L.J. (1971), <<Studies of psychodiagnostic errors of observation as a contribution toward a non dynamic psychopathology of every day life>>, in H.E. Adams, W.K. Williams (Eds), *Advances in experimental clinical psychology*, Pergamon.
- CHAPMAN, L.J., CHAPMAN, J. (1971), <<Test results are what you think they are>>, *Psychology Today*, April, 66-68.
- CHAPPELL, V.C. (1962), *The philosophy of mind*, Prentice-Hall.
- CHAPPELL, V.C. (1964), *Ordinary language*, Prentice-Hall.
- CHIHARA, C. FODOR, J. (1965), <<Operationalism and ordinary language>>, *American Philosophical Quarterly*, 2, 281-295.
- CHOMSKY, N. (1957), *Syntactic structures*, Mouton.
- CHOMSKY, N. (1959), Review of Skinner (1957) « Verbal Behavior », *Language*, 35, 26-58.
- CHOMSKY, N. (1965), *Aspects of the theory of syntax*, MIT Press,
- CHOMSKY, N. (1975), *Reflections on language*, Pantheon.
- CORNMAN, J.W. (1971), *Materialism and sensation*, Yale University Press.
- DALY, R. (197 2), <<On arguments against the empirical adequacy of finitestate grammar>>, *Philosophy of Science* 39, 461-475.
- DONAGAN, A. (1971), Book review of the <<Encyclopedia of Philosophy>>, *The Philosophical Review*, 79, 83-138.
- DONEY, W. (1967), *Descartes: a collection of critical essays*, Anchor Book.
- DUNNETTE, M.D. (1957), <<Use of the sugar pill by industrial psychologist>>, *American Psychologist*, 12, 223-225.
- ESPER, E.A. (1968), *Mentalism and objectivism in linguistics*, American Elsevier.
- EYSENCK, H.J. (1972), *Psychology is about people*, Allen Lane, The Penguin Press.
- FEIGL, H. (1967), *The <<mental>> and the <<physical>>*, *The essay and a postscript*, University of Minnesota Press.

- FISKE, D.W. (1974), <<The limits for the conventional science a personality>>, *Journal of Personality*, 42, 1 - 10.
- FODOR, J.A. (1968), *Psychological explanation*, Random House,
- FODOR, J.A. (1975), *The language of Mind*, Crowell.
- FRAISSE, P. (1970), <<French origin of the psychology behavior: the contributions of Heori Piéron >>, *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 16, 111-119.
- FRANK, G. (1974), *Psychiatric diagnosis: a review of research*, Pergamon.
- GIBSON, J.J. (1960), <<The concept of stimulus in psychology>> *American Psychologist*, 15, 694-703.
- GOSS, A.E. (1961), <<Early behaviorism and verbal mediating response>> *American Psychologist*, 16, 285-298.
- GRAY, G.W. (1936), <<Thinking machine>>, *Harper's Magazine*, March, n°. 1030, p. 416-425.
- GRAY, P.H. (1971), <<J.B. Watson, ethologist>>, *Acte du XIIe congrès international de l'histoire des sciences (1968)*, 12, 31-33.
- GUNDERSON, K. (1971), *Mentality and machine*, Anchor Book.
- HAMLYN, D.W. (1953), <<Behaviour>> , in V.C. Chappel (Ed) (1962), *The Philosophy of Mind*, Prentice-Hall.
- HAMLYN, D.W. (1970), <<Conditioning and behaviour>>, in R. Borger, F. Cioff' (Eds), *Explanation in the behavioural sciences*, Cambridge University Press.
- HANSON, N.R. (1962), <<The dematerialization of Matter>> *Philosophy of Science*, 29, 27-38.
- HARRELL, W., HARRISON, R. (1938), <<The rise and fall of behaviorism>>, *The Journal of General Psychology*, 18.
- HARVEY, J.H., ICKES, W.J., KIDD, R.F. (1976), *New directions in attributions research*, vol. I, Lawrence Silbaurn Assoc..
- HASTORE, A.H., SCHNELDER, DJ., POLEFKA, J. (1970), *Person perception*, Addison-Wesley.
- HEIDBREDER, E. (1933), *Seven psychologies*, Appleton-Century Crofts.
- HEMPEL, C.G. (1958), <<The theoritician's dilemma: a study in the logic of theory construction>> , in C.G. Hempel, *Aspects of scientific explanation*, The Free-Press, Collier-MacMillan.
- HERGENHAHN, B.R. (1976), *An introduction to theories of Learning*, Prentice-Hall.
- JOYNSON, R.B. (1974), *Psychology and common sense*, Routledge and Kegan Paul.
- KANTOR, J.R. (1947), *Problems of physiological psychology*, Principia Press.
- KANTOR, J.R. (1971), *The aims and progress of psychology and other sciences*, Principia Press.

- KELLEY, H.H. (1973), <<The process of causal attribution>>, *American Psychologist*, 28, 107-128.
- KIERAS, D.E. (1976), <<Finite automata and S-R models>>, *Journal of Mathematical Psychology*, 13, 127-147.
- KOCH, S. (1964), .<< Psychology and emerging conceptions of knowledge as unitary>>, in T.W. Wann (Ed), *Behaviorism and phenomenology*, University of Chicago Press.
- LANCER, E.T., ABELSON, R.P. (1974), <<A patient by any other name: clinician group differences in labelling bias>>, *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 42, 4-9.
- LANGFORD, G. (1971), *Human Action*, Anchor Books.
- LENY, J.F. (1969), <<La psychologie expérimentale et les activités centrales>>, *Bulletin de Psychologie*, 276, tome XXII, 9-13.
- LITTMAN, R.A. (1971) <<Henri Piéron and trench psychology: a comment on professor Fraisse's note>>, *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 7, 261-268.
- LOCKE, E.A. (1966), <<The contradiction of epiphenomenalism>>, *British Journal of Psychology*, 57, 203-204.
- LOCKE, E.A. (1971), <<Is, «behavior therapy» behavioristic ?>>. *Psychological Bulletin*, 76, 318-327.
- LOUCH, A.R. (1969), *Explanation and human behavior*, University of California Press.
- LOVEJOY, A.D. (1922), <<The paradox of the thinking behaviorist>>, *Philosophical Review*, 31, 135-147.
- LUCE, R.D., BUSH, R., GALANTER, E. (Eds) (1963), *Handbook of mathematical psychology*, 3 vols., Wiley.
- LUCE, R.D., BUSH, R., GALANTER, E. (Eds), (1965), *Readings in mathematical psychology*, 2 vols., Wiley.
- LYCAN, W.C., PAPPAS, G.S. (1972), <<What Is eliminative materialism ?>> , *Australasian Journal of Philosophy*, 50, 149-159.
- LYCAN, W.C., PAPPAS, G.S. (1976), <<Quine's materialism>>, *Philosophia*, 6, 101-130.
- MACKENZIE, B.D. (1977), *Behaviorism and the limits of scientific method*, Routledge & Kegan Paul.
- MACKINTOSH, N.J. (1974), *The psychology of animal learning*, Academic Press.
- MALCOLM, N. (1971), <<The myth of cognitive processes and structures>>, in T. Mischel (Ed), *Cognitive development and epistemology*, Academic Press.
- MARTIN, J.E. (1971), <<Theoretical languages in psychology>> *Philosophy of Science*, 38, 344-352.
- MILLENSON, J.R. (1967), « An isomorphism between stimulus--response notations and information processing flowdiagram », *The Psychological Record*, 17, 305-319.

- MILLER, G.A., GALANTER, E., PRISRAM, K.H. (1960), *Plans and the structure of behavior*, Holt.
- MISCHEL, T. (1962), <<Psychology and explanation of human behavior>>, *Philosophy and Phenomenological Research*, 23, 578-594.
- MISCHEL, T. (1969a), <<Wundt and the conceptual foundations of psychology>>, *Philosophy and Phenomenological Research*, 23, 578-594.
- MISCHEL, T. (1969b), <<Scientific and philosophical psychology: a historical introduction>>, in T. Mischel (Ed), *Human action*, Academic Press.
- MISCHEL, W. (1968), *Personality and assessment*, Wiley.
- MITROFF, L.L. (1971), <<Solipsism: an essay in psychological philosophy>>, *Philosophy of Science*, 38, 376-396.
- MITROFF, L.L. (1974), <<On doing empirical philosophy of science: a case study in the social psychology of research>>, *Philosophy of the Social Sciences*, 4, 183-196.
- MOROZ, M. (1972), <<The concept of cognition in contemporary psychology>>, in J.R. Royce, W.W. Rozeboom (Eds), (1972), *The psychology of Knowing*, Gordon & Breach Science Pubs.
- NAGEL, E. (1961), *The structure of science*, Routledge & Kegan Paul.
- NELSON, R.J. (1969), <<Behaviorism is false>>, *The Journal of Philosophy*, 66, 417-452.
- NELSON, R.J. (1975), <<Behaviorism, finite automata, and stimulus-response theory>>, *Theory and Decision*, 6, 249-267.
- NISBETT, R.E., WILSON, T.D. (1977), <<Telling more than we can know: verbal reports on mental processes>> , *Psychological Review*, 84, 230-259.
- PERRY, R.B. (1922), <<Des applications philosophiques du behaviorism >> , *Bulletin de la Société française de philosophie*, 42, séance du 26 janvier, 1-28.
- PETERS, R.S. (1951), <<Observationalism in psychology>>, *Mind*, 60, 46-61.
- PETERS, R.S. (1973), <<Behaviorism>>, in P. Wiener (Ed), *Dictionary of the History of Ideas*, vol. I, Charles Scribner's sons.
- PIAGET, J. (1963), <<L'explication en psychologie et le parallélisme psychophysologique>>, in P. Fraisse, J. Piaget, (Eds) *Traité de psychologie expérimentale*, vol. I, *Histoire e' méthodes*, Presses Universitaires de France.
- PIÈRON, H. (1959), *De l'actinie à l'homme*, vol. I, Presses Universitaires de France.
- PRICE, H.H. (1961), <<Some objections to behaviorism>>, in S. Hook (Ed) (1961), *Dimensions of Mind*, Collier Books.

- PUTNAM, H. (1967), <<The nature of mental states>> , in D.M. Rosenthal (Ed) (1971), *Materialism and the mind-body problem*, Prentice-Hall.
- PUTNAM, H. (1973), <<Reductionism and the nature of psychology>>, *Cognition*, 2, 131-146.
- PYLYSHYN, Z.W. (1973), <<The role of competence theories in cognitive psychology>>, *Journal of Psycholinguistic Research*, 2, 21-50.
- REICH, P.A. (1969), <<The finiteness of natural language>>, *Language*, 45, 831-843.
- RESCORLA, R.A. (1972), <<Informational variables in Pavlovian conditioning>>, in G.H. Bower (Ed) *Psychology of learning and motivation*, vol. 6.
- RESCORLA, R.A., SOLOMON R.L. (1967), <<Two-process learning theory: relationship between Pavlovian conditioning and instrumental learning>>, *Psychological Review*, 55, 151-182.
- ROSACK, A.A. (1937), *Behaviorism at twenty-five*, Cambridge, Mass., Sci-Art Publishers.
- ROBACK, A.A. (1964), *An history of american psychology*, 2e éd., Collier Books.
- ROSENHAM, D.L. (1971), <<On being sane in insane places>>, *Science*, 179, 250-258; réimprimé dans Scheff (1975).
- ROSENTHAL, D.M. (1971), *Materialism and the mind-body problem*, Prentice-Hall.
- ROSENTHAL, R. (1969), <<Unintended effects of the clinician in clinical interaction: a taxonomy and a review of clinician expectancy effects>>, *Australian Journal of Psychology*, 21, 120.
- ROZEBOOM, W.W. (1970), <<The art of metascience or What should a psychological theory be>> , in J.R. Royce (Ed), *Toward unification in psychology*, University of Toronto Press.
- KYLE, G. (1949), *The Concept of Mind*, Penguin.
- SANTAYANA, G. (1922), <<Living without thinking: a criticism of the theory of J.B. Watson>> , *Forum*, 68, 731-735.
- SCHEFF, T.J. (1975), *Labeling madness*, Prentice-Hall.
- SCHWARTZ R. (1968), <<Review of J. Bruner et al.: *Studies in cognitive growth*>>, *Journal of Philosophy*, 65, 172- 179.
- SEGAL, E.M., LACHMAN, R. (1972), <<Complex behavior or higher mental process: is there a paradigm shift ?>>, *American Psychologist*, 27, 46-55.
- SELLARS. W. (1963), <<Empiricism and the philosophy of mind>> in H. Feigl, M. Scriven (Eds), *Minnesota Studies in the Philosophy of Science*, vol. I, University of Minnesota Press.
- SEWARD. J.P. (1970), <<Conditioning theory>>, in M.H. Marx (Ed), *Learning: theories*, MacMillan.
- SHAFFER, J.A. (1968), *Philosophy of Mind*, Prentice-Hall.
- SHAVER, K.G. (1975), *An introduction to attribution processes*, Winthrop.

- SHWEDER, R.A. (1975), <<How relevant is an individual difference theory of personality>>, *Journal of Personality*, 43, 455-489.
- SINGER, E.A. (1911), <<Mind as an observable object>>, *Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods*, 8, 180-186.
- SINGER, E.A. (1929), *Mind as behavior and studies in empirical idealism*, Adams.
- SKINNER, B.F. (1974), *About behaviourism*, Random House.
- SPENSE, K.W. (1948), <<The postulates and methods of behaviorism >> *Psychological Review*, 55, 67-78.
- SPRAGUE, E. (1961), <<The mind-brain problem>>, in S. Hock (Ed), *Dimensions of Mind*, Collier Books.
- SULLIVAN, J. (1973), <<Prolegomena to a textbook>> , in J. Sullivan (Ed) *Historical conceptions of Psychology*, Springer.
- SUPPES, P. (1969 a), <<Stimulus-response theory of automata>>, *Journal of Mathematical Psychology*, 6, 327-355.
- SUPPES, P. (1969 b), <<Stimulus-response theory of automata and tote hierarchies: a reply to Arbib>> , *Psychological Review*, 76, 511-514.
- SUPPES, P. (1969 c), *Studies in the methodology and foundations of science, Selected papers from 1951 to 1969*, D. Reidel.
- SUPPES, P. (1975), <<From behaviorism to neobehaviorism>>, *Theory and Decision*, 6, 269-285.
- SUSSMAN, A.N. (1975), <<Mental entities as theoretical entities>>, *American Philosophical Quarterly*, 12, 277-288.
- TAYLOR, R. (1974), *Metaphysics*, Prentice-Hall.
- TEMERLIN, M.K, (1968) <<Sugestion effects in psiquiatric diagnosis>>, *Journal of Nervous and Mental disease*, 147, 300-458
- TERRACE, H.S. (1973), <<Classical conditioning >>, in J.A. Nevin (Ed.), *The Study of behavior*, Scott-Foresman.
- THORNE, F.C. (1972), <<Clinical judgment>>, in R.H. Woody, J.D. Woody (Eds) *Clinical assessment in counselling and psychotherapy*, Prentice-Hall.
- TILQUIN, A. (1950), *Le Behaviorisme*, Vrin.
- TOLMAN, E.C. (1932), *Purposive behavior in animals and men*, Appleton-Century Crofts.
- TOUMELA, R. (1973), *Theoretical concepts*, Springer-Verlag.
- TURNER, M.B. (1967), *Philosophy and the science of behavior*, Appleton-Century Crofts.
- TURNER, M.B. (1971), *Realism and the explanation of behavior*, Appleton-Century Crofts.



- TVERSKY, A., KAHNEMAN, D. (1974), <<Judgment under uncertainty: heuristics and biases>>, *Science*, 185, 1124-1131.
- VEXLARD. M.A. (1968), <<Discussion générale>>, in Canestrelli, L., et al., *Le comportement*, Presses Universitaires de France.
- WADE-OFFIR, C. (1975), <<Seven quick ways to kid yourself>>, *Psychology Today*, April, 66-68.
- ARTOFSKY, M.W. (1971), <<From praxis to logos>>, in T. Mischel (Ed), *Cognitive development and epistemology*, Academic Press.
- WATSON, J.B. (1913), << Psychology as the behaviorist view it>>, *Psychological Review*, 20, 158 - 177.
- WATSON, J.B. (1914), *Behavior, an introduction to comparative psychology*, Holt.
- WATSON, J.B. (1916), <<The place of conditioned reflex in Psychology>> *Psychological Review*, 23, 89-116.
- WEISSMAN, R.G. (1975), <<The compleat associationist: a review of N.J. Mackintosh's The psychology of animal learning>>, *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 24, 383-389.
- WHITE, A.R. (1967), *The philosophy of mind*, Random House.
- WHITE, A.R. (1968), *The philosophy of action*, Oxford University Press.
- WIGGINS, J.S. (1973), *Personality and prediction*, Addison-Wesley.
- WOLMAN, B. B. (1960), *Contemporary theories and systems in psychology*. Harper & Brothers.